

EL COJO ILUSTRADO

Año X

15 DE NOVIEMBRE DE 1901

Nº 238

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



« CUENTOS DE CRISTAL »



un tiempo delicadeza y fuerza, dulzuras inefables de expresión y dejos amargos del pensamiento; historias hechas a leerse bajo frescos empa-

rrados, á través de un rayo de luna, entre vírgenes de dorado cabello cuyas gudejas déjanse besar por brisas y por labios... y todo ello encerrado en primoroso libro, como devocionario de pasión salpicado con lágrimas del alma. Tales son «Cuentos de Cristal».

Reflejos de un temperamento afianzado al idealismo en una época que reclama el contingente de las virilidades efectivas, aparecen iluminando el azul de una nubecilla única en el tormentoso cielo de nuestras controversias. Y dignos son de que, aquellos que profesamos la misma religión, que bebemos en la misma castalia y de continuo sentimos nuestro pecho cargado de suspiros por algo que constituiría nuestra felicidad, y que tal vez no nos lo reserva el misterioso porvenir, tengamos por ellos amor de artistas, porque ellos inundan en nueva luz la visión que se entenebrecía en nuestro cerebro: visión que no tomará nunca el dorado tinte de la realidad, visión de poeta: concentración de todo lo que el alma posee de más efímero y hermoso: esperanza, ilusión, vida, felicidad perdurable.

¿Que todo ello no sea nada? pues todo ello contribuye á satisfacer la sed de nuestro corazón, y es alimento extra-humano, que vigoriza el temple de nuestro espíritu.

El romanticismo de «Cuentos de Cristal» oculta discretamente todo un abismo de dolores del alma, y aunque en el libro nada hay bastardo, aunque las relaciones llevan el gallardo atractivo de un lenguaje de poesía genuina, el molde de cada una de esas historias está bañado en sangre, y cada una de esas historias, bellas así, y saturadas de propio encanto, como rosas de distintas especies, oculta en su seno la abeja del desengaño infausto, que liba la miel de las esperanzas eternas.

Digo de mí que muchas veces he leído el libro; plácenme sus expresiones limpias, sus lucidos párrafos, sus concepciones tan de acuerdo con el estado moral de nuestro ser... «Cuentos de Cristal» no tiene trascendencia filosófica ninguna: trascendencia artística sí.

Yo he sabido de dolores apócrifos y de charlatanías pseudo-literarias, errantes de sangre artificial ó ensartes de piedras falsas, no engañan con su lujo gitano la sinceridad de los criterios. Reputaciones incipientes que en hombros del escándalo van á violentar las puertas del templo de la Fama, llevan á la práctica, descaradamente, aquel pensamiento de un ilustre francés: *En matière d'art, la méchanceté tient lieu de talent*.

Rafael Silva, el autor de «Cuentos de

Cristal» no va por ese camino. Como poeta verdadero, su gran pecado es el de la ingenuidad: de ahí que sus producciones sean la expresión gráfica del estado de su ánimo, ó la impresión descrita de algún hecho íntimo de su vida sentimental.

Aprecio el libro porque conozco demasiado al autor, porque sé que aquel es el reflejo de los sentimientos nobilísimos de éste: sentimientos no de acuerdo con el prosaísmo de esta época que reclama el contingente de las virilidades efectivas, sentimientos que en la suprema beatitud de la Esperanza, las alas tienden al azul del cielo.

FRANCISCO MARIN.

Valencia: 1901.

¡ EN ESTE PAÍS. !

CAPÍTULO III

De que si eran puros aquellos aires, y saludables las aguas del Tócome, no cabía duda: con sólo ver á Josefina se patentizaba el prodigio. De enteca y macilenta se iba rellenando de carnes nuevas y sonrosándosele la piel.

Josefina, rosa tempranica del jardín caraqueño, aunque enferma, era una preciosa niña. Menudita, frágil, cual un juguete de aparador: de esbello y gracioso talle, cual alta vara de sebadilla, con sus diez y seis años, era una flor de granado, delicado panal de rubitas.

Josefina, merced á las gotas de sangre nueva que iba recuperando, alejaba de sí, aquel encojimiento de nieva que se doblega dulcemente á la caricia solar: y tornaba á su ánimo aquella locuacidad y travesura propias de las muchachas que aun juegan á la muñeca, y alborozadas, rien, cantan, aturullan y saltan al más leve motivo, como jóvenes cabras asustadizas. Dichosa edad, en que las almas novecitas, ajenas al dolor, abiertas á todas las sensaciones, se esparcen como un perfume. Bella edad, en que poca cosa nos parece los lomos de la tierra para albergue de la dicha que soñamos.

Los Macapos, con tales mejoras, no cabían de contento. Para ellos la niña había resucitado y en su paternal regocijo, habían llegado á ofrecer toda una fiesta á Nuestra Señora del Carmen, en la aldehuela de los Dos Caminos; aldehuela que en el encuentro de dos carreteras, desparraza sus techumbres rojas y levanta su gloriosa Ermita: delicioso lugarejo, que si bien puede caber en un canasto, en el clásico día de su patrona, es ejambre de ericas que jabaardea.

Para obtener tan pronto restablecimiento, nada de régimen: sino zabullirse, cuantas veces se le ocurría á Josefina, en las claras linfas del Tócome; tragar todo el día por los reventaderos de sol; atapuzarse de guayabas pintonas y guayabitas arrayán, de pomarrosas y jojotos chamuscados en el fogón, libre el cuerpo de ligaduras, como el ánimo de anciedades, viviendo como viven las florecitas del campo bajo el inmenso cielo azul.

Cuando el sol comenzaba á calentar la tierra, ó cuando declinaba con la tarde tibía, olorosa á renuevos virginales, Paulo Guarimba, venía por Josefina. En el viejo burro cano de la Estancia, fañado de una oreja á causa del tabardillo, la llevaba de paseo, al través de los campos, á los

caseríos cercanos ó á las estancias vecinas, donde amos complacientes agasajaban á la niña, presentándola la fruta más hermosa de sus frutales ó la flor más preciosa de sus rústicos jardines.

¿A dónde vamos hoy?, decían las morochas á Josefina, comiéndosela á caricias, mientras Paulo enjalmaba al cano y con su saco de cobija preparaba mullido asiento á la niña.

Hasta casa de los Pichirres, pues, ya está muy adelantada la tarde para ir más lejos, dijolas Josefina, anudando bajo su menuda barba las rojas cintas de su sombrero de cogollo de amplias alas.

¿Y si nós sale el loco?, observaron las morochas.

¡Si allá no hay loco!

Si... aquel....!

Magalo....!

Así llamaban al menor de los Pichirres, Magdaleno, un hombrazo fornido, ágil como un mono, estráxico de ambos ojos, algo fallo de entendederas y dado á repentinos emberrenchinamientos, quien con su azadón al hombro, su camisola de lonilla hasta las rodillas, era el mejor perro de presa de la Estancia, pues allí vivía, como un báquiro en su madriguera, enconado y huraño; llegándose cuando le caían algunos centavos en la faltriquera, hasta la pulperia más cercana donde se atragantaba de aguardiente y rellenaba la boca de puro tabaco de mascar.

Con su triple carga salió el cano aquella tarde, camino de la Estancia de los Pichirres, pues las morochas que nunca se quedaban atrás se hicieron sitio: la una, en la grupa, la otra, en la delantera.

—¿Quién lo iba á creer, Paulo, que volviéramos á andar por estos sitios!, dijo Josefina en tono cariñoso y con semblante regocijado, contemplando el agreste paisaje de la travesía, puesto que dejando la carretera se habían aventurado por unos terrones de sequero, siguiendo un deshecho que acortaba la caminata.

—De verdaita verdaita Josefina. ¿Recuerdas? Detrás de aquellos guaratarones, fue donde te picaron los lambiojos, huyéndole á don Toribio, cuando le robamos las moras.

—¡Nunca las he vuelto á comer más dulces! ¡Qué sabrosas! ¡Y qué cuerizal!, cuando ahogándose de rabia nos acusó el viejo Pichirre!

—¡Si tú quieres Josefita....!

Y no hubo tiempo para más, que ya estaban en el tranquero del corral, á donde llevaba el deshecho. Y con doña Epifania de frente, quien á fuer de ciego tenía los oídos finos.

Hasta un centenar de gallinas rodeaba á la ciega, en el abierto corral, cercado por el poniente con estacones y alambrado; hacia el sur, cerrado á espaldas de doña Epifania, por la cocina á todo el ancho de la casa, prolongándose la enramada hacia el naciente, donde se hallaba el pesebre y la corraleja, con cuatro becerros tísicos. Separados de éstos y de las vacas por tranqueros, había una mula carretera maneta, una burra y su pollino, y una potranca corneta desmadrada, de luengo mechón sobre los ojos, ligera en alimbrar con los cascos y gran raboteadora. Al norte, y á ambos lados del tranquero que daba entrada por aquella parte, había una tropa de totumos, de desparramado folla-



PORT DE FRANCE

je, retorcido tronco, lozanos, aunque con amputaciones de brazos y hondas cicatrices, causadas por el enclavado alambre, que cuando más engrosaba el tronco, más se embutía. Bajo el más frondoso de estos totumos, se hallaba el chiquero con su pestilente lodazal; más allá, en un estacón pegado á una cadena, el voluminoso herraco, de parada cerda, colmillo ahumado, tragón y de pocas pulgas.

De su mapire arrojaba doña Epifania, puñados de maíz á las gallinas; introducían el desorden en las compactas filas, los marranos de la última cría, no sin recibir sus buenos picotazos en los húmedos hocicos. Guardando equilibrio en los alambres de la cerca, batía el gallo sus alas y á todo pulmón, lanzaba su agudo y penetrante grito; y una que otra gallina satisfecha, andaba por el ramaje de los totumos cacareando en busca de su habitual dormidero.

Andábase, pues, todo aquel corral revuelto, con estrépito de alas, gruñir de marranos, asnales sinfonías y lamentos de becerros; cuando los de la cabalgata se detuvieron en el tranquero, á dos pasos de la ciega. Y el burrico cano, que todo había sido pujos en la travesía, comenzó, aunque cargado de años, oyendo la sinfonía de sus congéneres, en alto la cabeza, recogido el labio superior, hecha la nariz un puño, anhelando meter la cabeza por entre las varas, hacer el tercio á sus compañeros de sabana y de idílicas querellas.

—¿Toribio, traes el burro hechor? exclamó la ciega al solfeo asnal.

—No es don Toribio, contestó Paulo, sino la niña Josefina y las morochitas que vienen á hacerle una visitita.

—¿Josefita, la de don Modesto? inquirió la ciega.

—Ella mismita.

—Pues corra las varas y amarra tu burro, que por ahí anda el hechor, haciendo de las suyas desde esta mañanita que reventó la sogá.

Tranquero adentro, los de la cabalgata, la ciega los guió al corredor delantero, donde se dejó caer en su silletón de vaqueta, llamando de nuevo á don Toribio. Pero el viejo Pichirre, no dando oído á sus voces, continuaba impertérrito su quehacer.

Allá en la arboleda se divisaba á el Pichirre, en mangas de camisa, con un «pelo de guama», cuyo pelambre color de fuego había sustituido el mugre, metido hasta los ojos. Con una caña-brava en la una mano pasaba de un naranjo á otro recontando, quien sabe si por la centésima vez en aquel día, el aureo fruto de los naranjales. De poder el vejete, hubiera contado todos los terrones, las yerbecitas de los campos, las gotitas de agua y puesto á ración á los tordos reales y á las paraulatas ajiceras. Nada de lo que producían sus tierras dejaba de ser contado no una, sino mil veces, y de todos aquellos numerosos recuentos, dejaba constancia á modo de ñapas, en las paredes del caserón.

—¿Y qué me cuentan? manifestó la ciega viendo que don Toribio no hacía caso á sus voces, y prosiguió: ya están infestando el pueblo las gentes de Caracas, corotos y más corotos solo se ven por todas partes; no sería nada, si fuera gente buena, pero ¡ay mi hija! es gentusa, gentusa. Ahora si que de sope-

lón comienzan á meterse en las casas ajenas; pero lo que es á Toribio no se la hacen. Ya esta mañana le salió al encuentro á una pandilla y de la mitad del callejón la devolvió con su guitarrita.

—Todos los años vienen de temperamento algunas familias, observó dulcemente Josefina al sermón de doña Epifania.

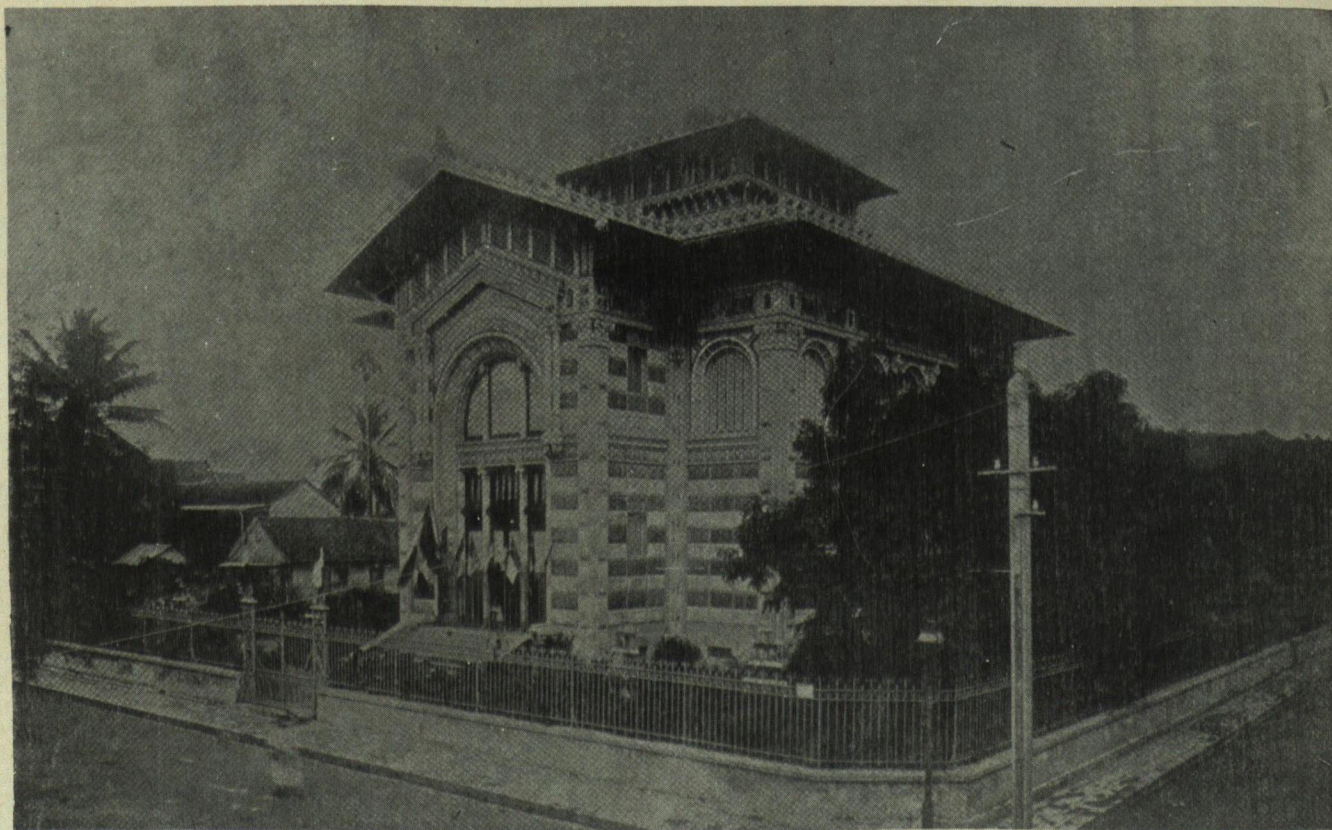
—Lo que es en esta casa, continuó la ciega, no se le alquila á nadie. Que acaben con el pueblo!

Y ya doña Epifania, suelta la lengua dió comienzo á la murmuración. Historias tras historias, vida y milagros, de cuantos desde sus mocedades á la fecha, habían morado en sus contornos. Lejos del pueblo, aislado en aquel caserón húmedo, con las puertas siempre cerradas por temor á los ladrones, sabía cuanto pasaba tanto á puertas adentro como a puertas fuera. Llegábanle hasta las historias de la ciudad, por boca de la gente rústica, deformes, atrasadas, y ella se complacía en redondearlas, comentándolas. Era un viejo cronicón, donde entraba no lo noble sino lo negro, y triste de la vida. Hablaba; hablaba hasta que se le apagaba la voz.

Cuando menos lo esperaban, se presentó don Toribio en el corredor, sudando á chorros, y plantándose delante de la ciega, dijola hecho una furia.

—Dos mil quinientas naranjas. Epifania, y ayer dos mil quinientas cincuenta, ¿qué te parece?

Y cuando así se expresaba, veía á todos los allí presentes, con un mirar inquisidor, descortés é insolente como di-



BIBLIOTECA DE FORT DE FRANCE

ciendo: ¿quién de vosotros ha sido el que se ha atrevido á tanto?

Mas la ciega con su hablar calmoso repuso:

—Ese debe de ser Magalo, quien se las ha comido ó malbarato como acostumbra. Aquí no ha venido nadie en todo el día, pues estas niñas acaban de llegar, terminó diciendo apresuradamente.

—¡Ah, Magalo! ¡Magalo! que no sirves para nada, se lamentaba el Pichirre, lo que es ésta si que no te la dejaré pasar; ¡yo desvelándome y tú acabando con todo! ¡hasta cuando! ¡hasta cuando!

Entre refunfuños y amenazas, salió el Pichirre en busca de Magalo, dando con él en un tablón cercano donde araba con dos bueyes magros que de puro viejos soltaban los pelos, y tan llenos de achaques como sus dueños y tan escasos de fuerza, que Magalo las más de las veces los ayudaba á sacar el arado tirando junto con ellos del yugo.

En mal hora se toparon los hermanos en aquella ocasión, bramaba Magalo, que no era otra cosa su hablar sino bramidos, pues ni palos, ni pica, ni quebradura de rabo, movían á levantar á uno de los bueyes, que se había echado rendido á la fatiga.

Ahogaba la indignación á don Toribio, amenazaba con los puños, zapateaba, y enronquecido gritaba: «¡Animal, que me matas los bueyes!» Y vociferando, vituperaba la conducta de Magalo, con cuantos peros, vulgares y groseros se le venían á las mientes, pero de lejos, retrocediendo cada vez que su hermano hacía algún brutal ademán.

Cuando á Magalo se le revolvían las bilis, no era prudente acercársele: el hércules, el embrutecido, más de una vez se había vuelto contra el hermano, ciego, inconciente, temblándole las carnes como una bestia feroz, ora con el azadón, ora con la pica, resquebrajando los bejucos que encontraba al paso, lanzando gritos agudos, penetrantes, salvajes. En ese estado de violencia, menester era dejarle calmar, desahogar toda su rabia en los animales, en los troncos, en cuanto estuviera á su alcance, so pena de ser vuelto añicos entre aquellas manazas hechas á derribar samanes y apamates.

Pero como en todos los seres inconscientes, aquellos impetus desaparecían con la misma prontitud conque estallaban, tornando á ser dócil, calmado, manejable y hasta bonachón con asomos de sonrisas juguetonas en la bocasa, que ponían miedos á los chiquillos y hacían santiguar á las mujeres.

Si aquellas tierras de lebrantía eran un manchón de verdura, si bajo los yerbazales del Pará desaparecían los bordes de las aseQUIAS, si en el fogón la leña nunca dejaba de chisporrotear alegremente cuando era menester; solo se debía á los vigorosos brazos de Magalo, que no conocían el reposo bajo el aguijón constante del Pichirre, quien sabía insinuar-se en aquel cazarro ánimo.

Mas la inquina lugareña, so capa de compasión y humanidad, deseosa siempre de hacer rabiar por lo menos al viejo Pichirre, no muy bien quisto en el lugarejo á causa de su pichirrada, tomaba de su cuenta á Magalo, é insidiosa, encendía el recelo en el fondo de aquella

alma, que en su estado normal, era blanca y transparente como un pedazo de cristal; y dale que dale, mete la mano allá en lo hondo, revuelve, estruja, muele, esprime, no abandonaba la víctima, sino cuando las bilis se rebotaban y rofante las entrañas, como el sumo cáustico de la cocuiza.

Cuando los insidiosos del lugar, tropezaban con Magalo en algún solitario callejón, soplabanle al oído sigilosamente, con mucho amor, parrafadas como la que va de muestra:

—No seas tonto, Magalo, déjate de virotadas, ¿hasta cuándo te estás moliendo los huesos para que ellos aparezcan como los únicos dueños? Ni por pascua una ropita te compran, andas como un espulga perro, y trabajas más que un burro de trilla. ¡Ah hombre bien zoquete! ¡Fuera yo para que tú vieras!

Y con esos y otros discursos, y un cuarto de aguardiente requemándole las entrañas, Magalo andaba por aquellos campos, con un genio de todos los demonios, encolerizándose: ó porque le picaban las hormigas, ó alguna traviesa mosca se posaba en la roma punta de su nariz.

En verdad, el Pichirre empleaba á su hermano, como una fuerza bruta en los trabajos más rudos, engañándolo con baratijas: un pañuelo de seda, unas alpargatas de color, simplesas que él le había ganado mil veces y que para obtenerlas, se le obligaba á estar días tras días, encorbado sobre la tierra, con el sol reverberante á las espaldas. La superchería del Pichirre consistía en no llevarlas á cabo si eran de más valor, siendo aun más grande su maña para embaucarle de nue-

vo. El simplecillo Magalo, viendo desvanecerse aquellas promesas, daba calor á las nuevas alucinaciones, alimentábalas hasta el momento de abandonarlas como á las otras, pero mientras tanto, el Pichirre le chupaba los jugos y él seguía sin sentir siquiera el sollamársele los lomos bajo el dardeo solar, abriendo surcos y soñando.....!

Los Pichirris, como para escudar su avaricia y acallar la maledicencia de las gentes, hacían aparecer más falto de sentido de lo que era Magalo; y cuando irónicamente algún vecino se refería á éste, doña Epifania, á modo de aclaratoria se manifestaba de la siguiente manera:

«Para lo que él hace, y para la vida que él lleva. Por que él no hace sino locuras, y lleva una vida de flores viviendo de sus rentas, como que si el pan bajara del cielo, sin preocuparse de los compromisos en que nos vivimos ahogando, con las malas cosechas y los picaros que nos han dejado en cueros. ¡Usted verá que no puede ser mejor! Además, él no necesita de nada; come hasta reventar y de ropa, no se diga, le basta con la de Toribio, para la vida que se hace en estos montes.» Así se expresaba la ciega, aunque los calzones del viejo Pichirre no le llegaban á Magalo ni á las rodillas, ni las camisas le cerraban en el pecho, y para evitar esos y otros inconvenientes, llevaba siempre encima su camisola de lonilla, que le tapaba hasta donde no le alcanzaban los calzones de rebote.

En desfogándose Magalo, no tenía ni baruntos de mal genio sino asomos de remordimientos. En el fondo de aquella alma sin luz, había yacimientos de amor, que el cariño de los suyos, nunca se había preocupado en trabajar; dulcificando aquel ánimo, haciéndole menos áspera y más llevadera la vida aquel hombrazo recio de entendederas pero blando de entrañas. Desahacíanse, pues, las rabieta de Magalo en caricias, y á los golpes, sucedíanse un resobar de verdugones y frases halagüeñas.

Como se vió en el trifulcón de aquella tarde, luego que se hubo convencido de sus inútiles esfuerzos por poner en pie al magro buey. Hecha la cara un puchero, saliéndosele las lágrimas, que caían sobre los mismos verdugones que había dejado en aquellos enflaquecidos lomos, tornaba á enfurecerse como acusándose de su brutalidad. Compungido, y llenos de piedad aquellos ojos, que parecían mirar hacia dentro, hacia el abismo del alma, ese pequeño mundo tan lleno de misterios como el otro.

De ese como reblandecimiento de su sér, se valía el Pichirre para dominarle, y con frase melosa decíale:

—¡Hermano, tienes manos de hierro! Mira, con otra zumba se mueren. Vamos Magalo, no te aflijas y terminemos el trabajo á ver si esos bichos comen algo.

Reconciliados los hermanos, á su mutuo esfuerzo se enderezó el debilitado buy; pero con trazas de quedarse ahora como pegado á los terrones, ó de volverse á desplomar si se le esforzaba en demasia. Viendo lo cual el Pichirre, que no era hombre para dejar las cosas á medio hacer, después de muchos tanteos, convencido de que Magalo, no podía esta vez, como en otros anteriores hacer de buey y de gañán á un mismo tiempo, por no tratarse de tropiezos del momento, si



Tipo de lavandera de Fort de France

no de tirar largos surcos y á cordel, busca la ayuda de Paulo en estos términos:

—Paulo, Paulito, ven acá muchacho, mete la mano en esto, á ver si es verdad que eres la flor de los gañanes. En mi tiempo, con cuatro rempujones quedaba un tablón con más surcos, que cancelones la cabeza de una novia.

Remolón se acercó Paulo, con una cara de majador de hierro. Bien conocido se tenía él al Pichirre y su maña; y no sólo él, sino todo el peonaje del lugar, pues si pagaba un jornal, quería sacar tras de ñapa. Mientras le trabajaban se estaba él ahí, lamentándose sin cesar de los vicios de la época. Variaba de medianeros para cada cosecha, porque no había quien le aguantase ni desenredase sus cuentas, por lo cual, gran parte de sus tierras yacían en el abandono.

A las excusas de Paulo, contestaba el

Pichirre, entregándole la garrocha y diciéndole: «Anda, anda, coge el arado, que Magalo tirará del yugo junto con los bueyes. Anda, que voy á llevarles unas moritas á las niñas.» Y así diciendo, á blandos empujoncitos le fué llevando hasta dar con Magalo, y los magros bueyes.

Para obsequiar á las morochas, se acercó don Toribio á un moral de bejuco que tendido en una troje maduraba al sol su centenar de racimos. Después de mirarlos, contarlos y espulgarlos, salió al fin del recuento y repulgo con doce moras de las más aguadas, de las que ya estaban para caer de por sí, y entregándoselas á las morochas, hecho unas pascuas, díjolas:

«Aquí tenéis seis moritas dulces para cada una, muy escasas por estas tierras.» Y al dejárselas en las manos, las cerraba el puño apresuradamente, como temiendo

que algún pajaraco le jugara alguna mala partida. Y volviéndose a Josefina, sentenciosamente añadió: «Usted, niña, bueno es que ni las pruebe: su salud es muy delicada y no quiero que se diga que usted salió con un empacho de mi casa».

—Gracias por su cuidado, le contestó Josefina, sazonando su dicho, con una sonreilla, en la que se traslucía: «Usted señor Pichirre, si que es la mismísima madre de la pichirrada».

—Ya está puesta la comida, Toribio, dijo en esto la ciega, añadiendo: ¿no gustas, Josefina? es comida de pobre.

—¡Gracias, doña Epifania!

—¿Y qué es eso, mujer? no dejes caer la loza, como que no sabes lo que estás haciendo? exclamó doña Epifania al oír el ruido de un pocillo, que a la sirviente, una vieja reumática se le había caído de las manos y prosiguió:

—Mira, Josefita, no lo vas á creer, aquí no hay un pocillo ni una taza presentable, los unos sin asa, las otras desportilladas. ¿Y qué se va hacer? entre Magalo que todo lo sumba, Toribio, que yo no sé qué tiene en esas manos que no agarra, y para más desgracia yo ciega y esta mujer descuidada, toda la buena loza de la casa, de las cuarenta y ocho piezas que heredó mi madre de su abuela, no hay una que no se haya hecho añicos.

—Lo mismo sucede en casa, doña Epifania, tienen que estar reponiendo todos los días, manifestó Josefina.

—Eso no es razón, así no puede haber ahorro. Yo que tuve la dicha de gozar de los buenos tiempos de mi madre, recuerdo que los corotos pasaban nuevecitos de padres á hijos; la buena loza no se veía afuera sino en los días de solemnidad. Ésa si que era gente cuidadosa, metódica, ahorrativa, por lo cual, una familia se sustentaba con cualquier cosa, pero en cambio no había tanto perendengue ni monerías como hoy. Mi madre, con ser quien era, no tenía á menos decirle á un negrito manumiso que tenía: «Bartolo, coge el gallo y la gallina y llévalos á la puerta del almacén de don Fulano, que están descargando maíz para que aprovechen los granos que se caen. Pero hoy... se roban la gallina, niña.

Unas tras otras iba engarzando la Pichirre, las pichirradas de su parentela, cuando se presentó Paulo Guaumba, con el burrico de diestro diciendo á Josefina: «Nos vamos, que ya está el sereno encima: échate mi saco de cobija sobre los hombros para que no te haga daño».

—¿Y qué hubo, Paulito? inquirió don Toribio, con la boca llena, pues se atapusaba un plato de caraotas, negras, lustradas y blanditas y más gustosas que almendras.

—Ya está todo, contestó Paulo, ayudando á montar á Josefina en el asno.

—¡Adios! decían las morochas.

—Que Dios las lleve con bien, contestaba la ciega pasándose el dorso de la mano por la boca, hecha un espejo de luciente grasa.

A todas esas decía el Pichirre: «¿no te pierdas, Paulo!»

—¿Que te lleve el demonio! contestó el otro entre dientes, largándole un astazo al cano, que sumió la barriga y se fué de lado con riesgo de dejar la carga en el camino.

Se reía Josefina: apludían las morochas y Paulo se desfogaba en estos términos:

«Yo no sé lo que se habrán pensado estos viejos, pero no pierden la ocasión de ponerme a sudar. No tienen reparo de que uno tiene encima la ropita limpia; pero lo que es esta vez se las he hecho á esos viejos pichirres». Y cuando así se expresaba presentaba á Josefina tres racimos de moras y la decía: «¡Miralas! qué hermosas y qué maduras! me las he robado como aquellas otras, por las que nos dieron meremere con pan caliente. Mañana es día en que se muere el viejo, la ciega le echa la culpa á Magalo y Magalo desloma á los bueyes.

Seguían las risas, Josefina se hartaba de moras, como cuando chiquilla, Paulo echaba pestes y el viejo burro cano se iba como quejando con la carga.

LUIS M. URBANEJA ACHELPOHL.

HISTORIA DE UN AMOR

—

Y fue en el Norte, y del gentil verano

En la dulce estación,

Cuando mi mano se enlazó á tu mano,

Y á su contacto ardiente y soberano

Se vino á estremecer mi corazón.

El cielo de la tarde se cubría

De opalino color:

El viento melancólico gemía,

Y en tu mirada vagarosa había

Lápidos rayos de escondido amor.

Yo te hablaba de Cuba y sus guerreros

Con triste vaguedad:

De aquellos esforzados caballeros

Que al rudo golpe de los botes fieros

Saben morir gritando libertad....!

Y en tanto que tu vista distraída

La fijabas en mí,

Entre el recuerdo y el amor perdida,

Olvidaste de Cuba la ancha herida,

Y yo de Cuba me olvidé por tí.

Tus labios palpitaban, y tu mente

Vagaba en lo ideal,

Y yo doblaba sin querer la frente;

Que en esa tarde de verano ardiente

Principió nuestro idilio espiritual.

II

Mas llegan del otoño las ráfagas primeras

Trayendo entre sus pliegues la niebla boreal;

Las aves emigrantes se van á otras riberas

Buscando los ardores del cielo tropical.

Del bosque desprendidas las hojas y las flores

Ya vuelan como aristas en rauda confusión;

El cielo se matiza de pálidos colores....

¡Tan sólo está de fiesta mi ardiente corazón!

¿Recuerdas?... una noche, la lumbre se extinguía,

La media luz apenas bañaba nuestro aduar,

Tu mano entre mi mano... radiante de alegría,

Me hablabas de otro mundo, me hablabas de otro hogar.

Los éxtasis brillantes, los blandos devaneos,

Imágenes y sueños sin forma ni color!

Las mismas esperanzas, idénticos deseos

Llevaron nuestras almas al cielo del amor.

Pasaban los momentos!... enjambre de ilusiones

Llenaba nuestra estancia de vaga languidez:

Yo estaba enamorado; latientes pulsaciones

De mi alma revelaban la incógnita embriaguez.

Qué escena tan hermosa! la te que sonreía,
De un seno de alabastro la suave ondulación,
Los besos que volaban, la luz que se extinguía
Y aquel lenguaje mudo que hablaba al corazón!

Y luego?... del invierno las ráfagas primeras
Trajeron en sus alas la nieve boreal:
Yo tuve que dejarte, marchéme á otras riberas
En pos de los ardores del sol meridional.

III

Vino la ausencia!... las alegres horas
Que amor velaba de apacible calma,
Se trocaron en noches sin auroras
Donde en sollozos se deshace el alma.

Desde entonces comulga mi existencia
Con el absintio que la angustia vierte;
Pues la virgen oscura de la ausencia
Es la hermana del ángel de la muerte.

—¡La vida es el dolor!...—con triste anhelo,
Una vez me dijiste suspirando:
Yo alcé los ojos pensativo al cielo:
—La vida es el dolor!—dije llorando.

Y fue que nuestras almas presentían
Desde el éter flotante en que nadaban,
Las sombras de la ausencia que venían,
Las rosas del placer que se inclinaban.

A un templo y á un altar nos consagramos;
Fuimos de dichas envidiable ejemplo:
Vino luego la ausencia!... y contemplamos
Roto el altar, despedazado el templo.

Del seno de sus ruinas, vaporosas
Y henchidas de los besos que bebieron,
Cual bandadas de blancas mariposas
Las ilusiones en tropel huyeron....

De aquellas noches de amorosa calma,
¿Qué le ha quedado al infeliz ausente?
¡Esperanzas de menos en el alma,
Y algunas canas más sobre la frente!

J. J. PALMA.

MI NOTARIO Y MI RELOJERO

¡Todos se han ido! Los que no han podido llegar hasta Suiza ó hasta el mar, se han marchado por aquí cerca, por Asnières ó Bougival; pero el caso es que el mismo Satán no podría descubrir debajo de los altos techos más que cuartos vacíos, y los blancos paños de los muebles envueltos.

Los parisienses y las parisienses, como brillante bandada de pájaros, se han descolgado sobre las playas normandas y bretonas. Ondulan por donde quiera las muselinas azules y rosas de los vestidos; por aquí y por allí se abren los sombrillas blancas y amapolas, y vese á lo lejos el mar, que podríamos comparar á una flor extraña y maravillosa, desplegada entre rocas y ensenadas, sobre la fina arena.

Entre tanto, la gran ciudad dormita bajo el soplo cálido y la ardiente atmósfera de la estación estival, como si el aire viniera lleno de somnolencia y modorra.

Los postigos de las ventanas están cerrados, como párpados de pesado sueño. Cállase el tumulto; las grandes avenidas están solas; y al lucir el sol en el oriente, aparecen como el seco lecho de un río. Por aquí, por allá, corre uno que otro coche de alquiler con su cochero adormitado; y en los asientos, bajo la fresca sombra de los castaños, se quedan adormecidos los paseadores.

Peró, cuanto á mí, confieso que me gusta

mucho París, y que vivo en él con positivo placer, aun después de pasado el Gran Premio, lo que, según parece, no es de tono aristocrático, ni de buen gusto. Me place mucho París, no sólo por lo que tiene de amable y bello, sino también por sus rarezas, sus fealdades, y como decía Montaigne, por sus verrugas.

Entre las verrugas de París, están los mendigos; y declaro que los mendigos de París me distraen, y que tengo placer de encontrar algunos en el ángulo de una hermosa avenida, ó en las inmediaciones de los Campos Elíseos. No tienen los mendigos de París, con seguridad, la clásica majestad de los mendigos de provincia. Tienen éstos, bajo su barba, blanca y larga; tienen éstos en sus harapos cubiertos con el polvo de los caminos, que les da como el matiz de la eterna miseria humana; tienen los tales, digo, un aspecto heroico, y muy semejante al viejo Edipo sobre el Citerón, ó al rey Lear. ¡Que bellos modelos serían para el taller de un escultor, si no fueran aventureros vagabundos que han tomado para sí la mejor parte de las cosas de la vida, que es la de no hacer nada!

Los mendigos de París tienen menos carácter típico; y no es por su modo de ser, por lo que atraen las miradas ó la curiosidad. No les está permitido tomar un aspecto especial y caracterizar el gremio; y prohibida la mendicidad,—como lo está,—en el departamento del Sena, vense obligados á hacerse poco visibles; á renunciar á todo lo que sea propio, y á tomar sencillamente el aspecto de particular pobretón. Sobre todo, son estupendos en eso de matices y gradaciones; y es para verlos, cómo se sostienen en una gama de colores, oscura; con unas levitas perdurables, que tienen por toda poesía, el *pasado* de los tonos, y que expresan con melancolía extrañísima, lo que se vuelve el paño, bajo la lenta acción del sol y de la luna, de la escarcha y de la lluvia.

En París, el verano es de los pobres!



EN LA FUENTE. — Por G. Seignac

*
* *

Los ricos se han ido, allá, á la tierra de las frescas brisas; al país de los verdaderos lagos, de las verdaderas cascadas, dejándoles á los indigentes y miserables, estos paseos que obstruían no há mucho los lujosísimos coches y en que había que ver la insolencia de las libreas. Pero en cambio, los desgraciados hacen como suyos, los parques, las alamedas podadas á la francesa, y la soledad profunda de nuestros bosquecillos misteriosos. Ellos pueden ver retratarse en el cristal puro de ficticios arroyos, sus escuálidos rostros; pueden soñar bajo los altos plátanos; embriagarse con el olor de las verbenas y las rosas, mientras que al derredor ostentan su opulencia los floridos jardines, y empuñan las estatuas, pálidas y esbeltas sobre el césped lozano.

¡Cuántas veces he visto yo á uno de esos

humildes, de esos desheredados, sumergido en contemplaciones; sentado en alguno de los bancos de los jardines ó de las plazas; de aspecto triste, distraído el pensamiento, y tan lejos y tan vaga la mirada, que sólo al verlo, puede creerse que es un alma que vive en el país de las quimeras, ó que corre hace ya mucho tiempo, tras los sueños y vanas esperanzas. En las horas más fuertes, en el silencio sofocante del peso del día, ó en la tarde, también, en la gloria del sol poniente, ¡á cuántos de estos desconocidos he encontrado, tristísimos, pero resignados! ¡Y cuántas tribulaciones del ánimo he creído adivinar detrás de esta ociosidad tan dolorosa; ociosidad que me ha parecido estrellarse contra la frescura del césped lozano y de los floridos jardines!

Sin embargo, ¿quién sabe? La resignación es, acaso, la suprema sabiduría; la palabra de esta esfinge perversa que llamamos la vida. Despreocuparse de ella; seguirla en sus instables situaciones pero sin interés mayor, así, como quien no

quiere la cosa, y sin ponerle más amor del que experimenta por las ninfas de mármol, el señorón que pasa; sí, tal me parece ser la positiva sabiduría. Pero entonces me reprocho condolerme de estos soñadores, que, tendidos sobre los bancos del paseo, cree uno que dicen á las cosas:

“Veo vuestra belleza; pero no me conmueve. Es vana y perturbadora, y yo no quiero más que un soplo de este aire que corre al través de las hojas para gozar y dormir.”

Dormid en paz, visitantes de nuestros jardines; dormid bajo las altas cúpulas verdes, de donde se desprende el sopor que os encanta y os hace olvidar las realidades de la vida.

*
* *

Vosotros todos los que sois dichosos, os habéis marchado, cuidándoos tanto como de una guinda, ó si se quiere, como de cosa

perdida, de los que quedaron en esta inmensa ciudad desierta, que duerme, como necrópolis hermosa, bajo los ardientes rayos del sol de julio y las asperezas del molesto polvo.

Los compadecéis por un momento, y eso, de modo superficial y con la ligereza propia del que goza de alguna felicidad y no quiere interrumpirla. Los recordáis por un momento, y en seguida los olvidáis, desde luego que por sabido se calla, "que para el ausente no hay disculpa."

Mas, no creáis que lo que aquí digo, sea, de ninguna manera, para despertar ni vuestro dolor, ni vuestra piedad, porque, los que aquí dejasteis, no son acreedores, ni remotamente, á lo uno ni á lo otro. Es cierto, como verdad de á puño, que os habéis marchado; y con toda el alma os deseo los mayores gozes del mundo; pero de cierto, os aseguro, que no encendéis en nuestro pecho pequenísima chispa de envidia.

En otro tiempo eran los viajes asunto tentador. Nos ausentábamos por muchos años, é íbamos marchando en medio de leyendas maravillosas y de pueblos desconocidos y extranjeros. Marco Polo penetraba en el misterioso país del Cathay donde se cosechaban las aromáticas especias; y J. Máundwiler encontraba en sus lejisimas expediciones, mujeres con una sola pierna y hasta hombres sin cabeza. Para aquellas épocas eran los viajes, novedad constante, sorpresas diarias; y mucho faltaba para que el acucioso Bædeker hubiera consignado en su precioso volumen, la indicación de los mejores hoteles y la tarifa de los coches. Nos íbamos, como á la ventura, al través de continentes desconocidos; y decíamos día por día, que luégo, más tarde, mañana, llegábamos á las extremidades de la tierra; á esas barreras que impiden franquear los Genios del porvenir. Nos íbamos, sí, con toda tranquilidad y sencillez; pero al regresar, traíamos relaciones, historietas y fábulas, como para que se divirtiera por muchos siglos la humanidad. Encontrábase en estos viajes mucha analogía con lo heroico, lo sobre-natural y mitológico; y de ahí, que, las cosas extraordinarias que se habían visto ó creídas ver, (al recordar las tradiciones del mundo primitivo, la expedición de los Argonautas, los viajes de Hércules, etc.) animaran á echarse á cuestras una de estas empresas de tanta consideración.

Y ahora, ¿cómo ha cambiado todo! Emilio Augier preguntaba en días pasados si debería llamarse este siglo el siglo de Napoleón, ó el siglo de Víctor Hugo, y yo opino que más bien debería llamarse el siglo de Julio Verne, puesto que ha hecho este escritor, como ordinarios, los viajes mas extraordinarios, y como fáciles, los más difíciles. Hemos puesto la vuelta del mundo al alcance de todos; y no tiene para nosotros la figura de la tierra, ni oscuridades ni misterios. Hoy por hoy la conocemos como la palma de la mano.

* *

Ante la desesperación por cambiar de aires, pienso sin querer en las vacaciones de un viejo relojero que me regalaba almendritas cuando yo era niño. Y no vaya nadie á creer que es tan sólo por agradecimiento por lo que consigno que era un relojero notable; nó: es también por respeto á la verdad. Relojero.....!Creo que lo fue antes de haber nacido. Relojes de sobre-mesa hizo su abuelo para Luis XVI, su padre para Napoleón, y él, muchos compuso para Luis-Felipe, motivo por el cual le conocí en la tarde de sus años, al bello caer de un día de primavera. Mi viejo amigo no sabía más que una his-

toria; pero, ¿qué bien la refería! Era la de los combatientes de Julio, que habían quedado botarle su cama por la ventana para levantar una trinchera en el *faubourg* San-Dionisio, y cómo había hecho él que desistieran de ese *carnicidío*, convenciéndolos que era un objeto destinado á un uso mucho más muelle. No carece de fundamento que hable de éste mi relojero, porque él también tomaba las de Villadiego, y se iba á veranear, no sin que fuese cuestión muy ardua dicho viaje. Su mujer, sus hijas, él mismo, se ocupaban durante un mes, día por día, en preparar y arreglar los lios y bultos, y cerrar y remachar baúles. En fin; cuando ya todo estaba listo, entraba mi relojero-amigo en un coche-simón, con su familia y sus maletas, y una hora después estaban en Vaugirard. ¡Pero una hora de coche! ¡¡Habría martirio!! La casa-quinta de Vaugirard era de lo mejor y más bonita. Catorce hermosos cuartos que «siempre están desiertos,» decíale su mujer. Y la mayor parte del tiempo se la llevaban, viendo si debajo de las camas se habían escondido los ladrones ó los pilletes del lugar.

Ahora, la materia es muy distinta. Encontré la semana pasada á mi notario, con su calma habitual, con su carita de siempre, es decir, con aquella que nada muestra de grande ni de insólito; todavía más, con la que nada expresa. Nos dijimos lo que nada dice uno aun cuando habla; y apretándome la mano suavemente, me dijo:

Adiós. Aprovecho las vacaciones y me voy.

¿Váis lejos?, le pregunté.

En verdad; que se fuera al interior ó al exterior, á beber vino ó á bañarse en el mar, era para mí del todo indiferente. No abrigo para él ninguna mala voluntad; más bien, deseóle que sea feliz, y es para mí lo mismo, que lo sea en este ó en aquel punto. Sin embargo, díjeme para mis adentros:

Va á Dieppe!

Me parecía que tenía el porte de un hombre que debería ir á Dieppe. Se me ocurrió esa idea como otra cualquiera, y ya veréis si fue acertada. Encendió un cigarro para no contestar nada; pero yo repetí la pregunta:

¿Váis lejos?

No mucho, me dijo. Este año voy á la Meca. Habría preferido ir al Sudán, pero es muy corto el tiempo de que puedo disponer. Me contentaré con ir á la Meca, en una caravana, habiéndome vestido previamente de turco. Yo hago todos los años un viaje á los países musulmanes, porque el oriente me atrae. Eso lo aprendí desde que estaba chiquito, en las *Mil y Una Noches*, y así he seguido. ¿Qué queréis? Es preciso divertirse.

Por de contado que nada contesté, al ver que había errado por entero suponiendo que era un señor que iba á Dieppe.

Mi Notario movía la cabeza y suspiraba:

Es al Sudán á donde yo quisiera ir. Ah! El Sudán. Pero el tiempo es limitado. Yo he ensayado..... he calculado..... y es imposible. Solo que.....pero esto sería magnífico, y yo no me atrevo á esperarlo.

Suspiró otra vez y díjome con tristeza:

Adiós; voy á darle un repaso á mi gramática árabe.

Y al decir esto, se separó de mí.

* *

Pero Señoras y Señores, ¿no comprendéis la tontada, la enorme tontada que cometéis con vuestras mudanzas anuales? ¿No tenéis, antes de enjaularos en esos wagones en que cae el polvo de carbón como aguacero,—

no tenéis náuseas, digo, de esos trayectos uniformes cortados por estaciones siempre las mismas; de esos empleados incíviles, medio locos y estúpidos; de esos botiquines que ofrecen platos indigeribles; de ese humo, ese ruido, esos fardos, esos tickets, y toda esa organización del espantoso mundo moderno? ¿No os sentís ofendidos de viajar encerrados, ó mejor dicho, apriscados como carneros, vigilados como malhechores, reglamentados como galeotes? ¿No os avergonzáis de veros compelidos á enseñar por instantes ese billete que sospechan no habéis tomado; de ser como un cortejo que dirigen hacia la Caledonia, juguete de todas las voluntades y de todos los caprichos de la administración? ¿Cómo no pensáis que, para un pueblo libre y que ha hecho una revolución sangrienta para establecer esa libertad, es intolerable y odioso estar á la merced de unos empleados de cachuchita blanca galoneada con hilos de plata?

Lo que voy á deciros os sorprenderá en gran manera; pero es muy cierto. París, en el abandono en que lo habéis dejado, París es encantador. Todo cuanto habéis ido á buscar lejos de aquí; todo cuanto soñabais encontrar en esas playas henchidas de gente, en esos hoteles insoportables; esa poesía, ese encanto, esa frescura, ese imprevisto que tanto agrada, todo eso, y más, está en París.

Lo que hay, es que, yo me atrevo á apostar lo que queráis, que nunca habéis visto esta ciudad en que corre vuestra vida en medio de placeres, de agitación, de negocios, en fin, que no os dan tiempo de ver; mientras que en los viajes, vuestra curiosidad está siempre alerta; y además, el guía, el fondista, el cochero de punto, todo el mundo está pronto á mostraros las bellezas locales, á pasear en vuestra compañía, (aburridos y resignados), cuan largas son, aquellas calles polvorientas, y que, no obstante, ellos quisieran prolongar más todavía.

Pero yo quiero que se me diga, ¿qué hay más precioso sobre el Globo, que nuestro Sena que se desliza con sus aguas azulosas, bajo la blanca arcada de sus puentes; nuestro Sena que va, en dulce y tranquilo correr,—reflejando en el ligero *espejar* de sus aguas transparentes, la gracia de sus muelles de elegante arquitectura, y allá, completamente en el fondo, bajo este cielo tan lindo, tan variado y tan suave, la fina silueta de la Santa Capilla, y las torres del Palacio de Justicia? ¿No hay con eso, sobrado, para encantar el gusto, y creéis que sea posible, cansarse nunca de admirar tal perspectiva? Os lo diré muy quedo para no atraer la multitud: París está lleno de sitios encantadores, misteriosos, perfumados; de lugarcitos de sombra donde gorjean los pájaros á garganta desplegada. París es en el verano un inmenso jardín florido, atiborrado de ramilletes de flores y de chorros y surtidores de agua. Extiéndose al rededor, el gracioso cinturón de sus colinas pobladas de árboles, con estaciones de nombres pintorescos, escalonadas en medio de la verdura y de los racimos de árboles, y todo es admirable y sin igual.

Y no queda todo en esto, sino que cuando vengan los instantes del recogimiento y la abstracción; cuando estéis cansados de las fiestas de la Naturaleza y de los esplendores que el sol ostenta, podéis vagar en el gran Louvre, en medio de estas augustas soledades, repietas de obras-maestras. Os lo digo con entera franqueza y la verdad más pura, oh! bañistas, hombres y mujeres, turistas y ascensionistas: París es un precioso rincón del mundo!

ANATOLE FRANCE.

De la Academia francesa.



LA PESTE EN ROMA. — Cuadro de Hirsch

GONZALO PICON FEBRES



STE distinguido colaborador de El Cojo Ilustrado nos exige la publicación de la «Carta Abierta» que se verá a continuación de estas líneas.

No obstante que las réplicas de este género suelen ser enojosas, no hemos tenido dificultad en complacerle, porque hallamos que la carta del señor Picón Febres, además de estar escrita en forma cultísima, la creemos de interés por los puntos filológicos á que se contrae.

CARTA ABIERTA

Mérida (Venezuela): 15 de septiembre de 1901.

Señor don Julio Calcaño, Secretario Perpetuo de la Academia Venezolana.

Caracas.

Mi querido amigo y colega:

No me pregunte usted ahora por qué le dirijo la presente carta. Cuando termine su lectura, hallará usted la explicación muy á la mano; y mientras tanto, dignese imponerse de los particulares que contiene.

Don Isidoro Laverde Amaya, nuestro común amigo, ha tenido la fineza de enviarme un ejemplar del número 251 de *La Opinión* de Bogotá, en el cual corre publicado un artículo del escritor colombiano Don Ricardo Sánchez, acerca de mi novela *El Sargento Felipe*, firmado con el seudónimo de Luis Trigueros.

El artículo de Sánchez, reproducido en *El Tiempo* de Caracas, se compone de dos partes completamente definidas: encomiástica la una, crítica la otra. Es claro, por supuesto, que yo agradezco mucho al señor Sánchez la primera, tanto más, cuanto que él se ha dignado descender de las alturas de su talento y de su competencia literaria á ocuparse de un escritor tan humilde y tan oscuro como yo. Respecto á la segunda, créame usted que se la agradecería también—se lo digo con franqueza—si me enseñase algo razonable, y si no estuviese llena de afirmaciones que andan muy fuera de camino.

La parte crítica encuentra que los diálogos de mi novela «pecan de forzados, á veces faltos de naturalidad y elegancia»; nota «cierta contradicción, cierta ausencia de lógica en los caracteres»; da á entender que yo usé en la narración el diminutivo *pininos*, lo cual no es verdad, y me aconseja que no vuelva á escribir *butaque* ni *alpargate*.

Con referencia á los diálogos forzados, «á veces faltos de naturalidad y elegancia», cuando el señor Sánchez lo dice, así será; pero mejor que yo sabe usted que *naturalidad* y *elegancia*, en tratándose de diálogos de novela per-

teneciente á lo que por ahí llaman *realismo* y expresados por gentes como las de mi muy modesto libro, son términos contradictorios que se van á las manos de buenas á primeras por la más insignificante pequeñez. En la realidad vivida y conversada, las metafísicas y los refinamientos artísticos de Pepita Jiménez y del inocente colegial don Luis de Vargas, no están como en su centro sino en la ática y serenísima pluma de don Juan Valera.

Cuanto á la «contradicción y ausencia de lógica en los caracteres», el señor Sánchez puede pensar lo que á bien tenga, porque la libertad del pensamiento es para eso, y no seré yo el que se ponga á refutar sus opiniones.

Pero se dicen tales y tan extrañas sutilezas en esa parte de la crítica, que no puedo vencer la tentación de transcribir á usted la siguiente, no sólo porque me resulta verdaderamente original, sino también porque comprendo la ignorancia en que he vivido hasta la fecha: el señor Sánchez asegura que llorar, divagar, enternecerse, cavilar, sufrir y exhalar suspiros dolorosos, son cosas más propias de las mujeres neuróticas y aliborradas de lecturas románticas, que de las pobres muchachas de los campos.

Al señor Sánchez le parece inverosímil y contradictorio el tipo de Matías; pero es porque no sabe que en una de las cárceles de Venezuela está cumpliendo ahora su condena—de ocho años de presidio—un individuo que se atrevió á cometer el mismo crimen que Matías, y porque ignora que yo no he inventado ni invento nunca nada en mis novelas, no sólo porque inventar me cuesta mucho, sino también porque creo que, fuera de la realidad vista y sentida, no hay camino cierto en el arte, ni se anda sino á oscuras. *Fidelia* es tan verdad como cualquiera historia; ¡*Ya es hora!* sucedió tal así como aparece; *El Sargento Felipe* es un episodio exacto de la revolución *morada* que acaudilló el General Matías Salazar en Venezuela. Y aquí se me viene un recuerdo oportuno á la memoria. Laís, famosa cortesana griega, dijo una tarde al filósofo Xenócrates: «Yo creo que aun la más rígida filosofía debe convenir en que puede rectificarse y hermosearse la naturaleza, y en que los prestigios del arte sirven, á lo menos, para disimular sus defectos». Y el filósofo le contestó: «Si, Laís; pero el arte debe siempre tomarla por modelo, é imitar, en muchos casos, hasta sus imperfecciones».

El crítico de Bogotá da á entender también que ha tomado á Encarnación por una campesinota ruda, selvática y bravia, á pesar de que ella, hasta en la manera de peinarse, de vestirse y de engalanarse, esté diciéndolo en tono de protesta:

—¡Sea todo por Dios, y no me deje él fuera del manto de su misericordia!

Por último, el señor Sánchez cree que es inaceptable que en mi novela haya tres muertes en perfectísima armonía con el tono general de los acontecimientos que en sus páginas se narran: la muerte de Gertrudis, de hon-

da pesadumbre; la de Sandoval, por la venganza de Felipe; y el suicidio de éste, á fuerza de desesperación y de amargura. ¿Que no hay tantas muertes en un drama de Echegaray? Pues en la magistral novela *Pequeñeces* del padre Luis Coloma, la cual no es drama, ni menos de Echegaray, matan á Juanito Velarde, matan á Jacobo Téllez-Ponce, se muere Diógenes de una tremenda borrachera, se muere el padre Mateu, y se ahogan Paco Luján y Alfonso Téllez.

Y el señor Sánchez, luego que termina su crítica profundamente *psicológica*, ó como deba llamarse, me aconseja que en otra ocasión no escriba *pininos*, *butaque* ni *alpargate*.

Con relación á *pininos*, abrí en el acto mi pobre noveluca, y en la página 159 encontré la frase «comenzó á hacer *pinicos*», y no *pininos*; *pinicos*, que es diminutivo autorizado por la Academia Española, por el colombiano don Rufino José Cuervo, por el chileno don Miguel Luis Amunátegui Reyes y por usted en *El Castellano en Venezuela*.

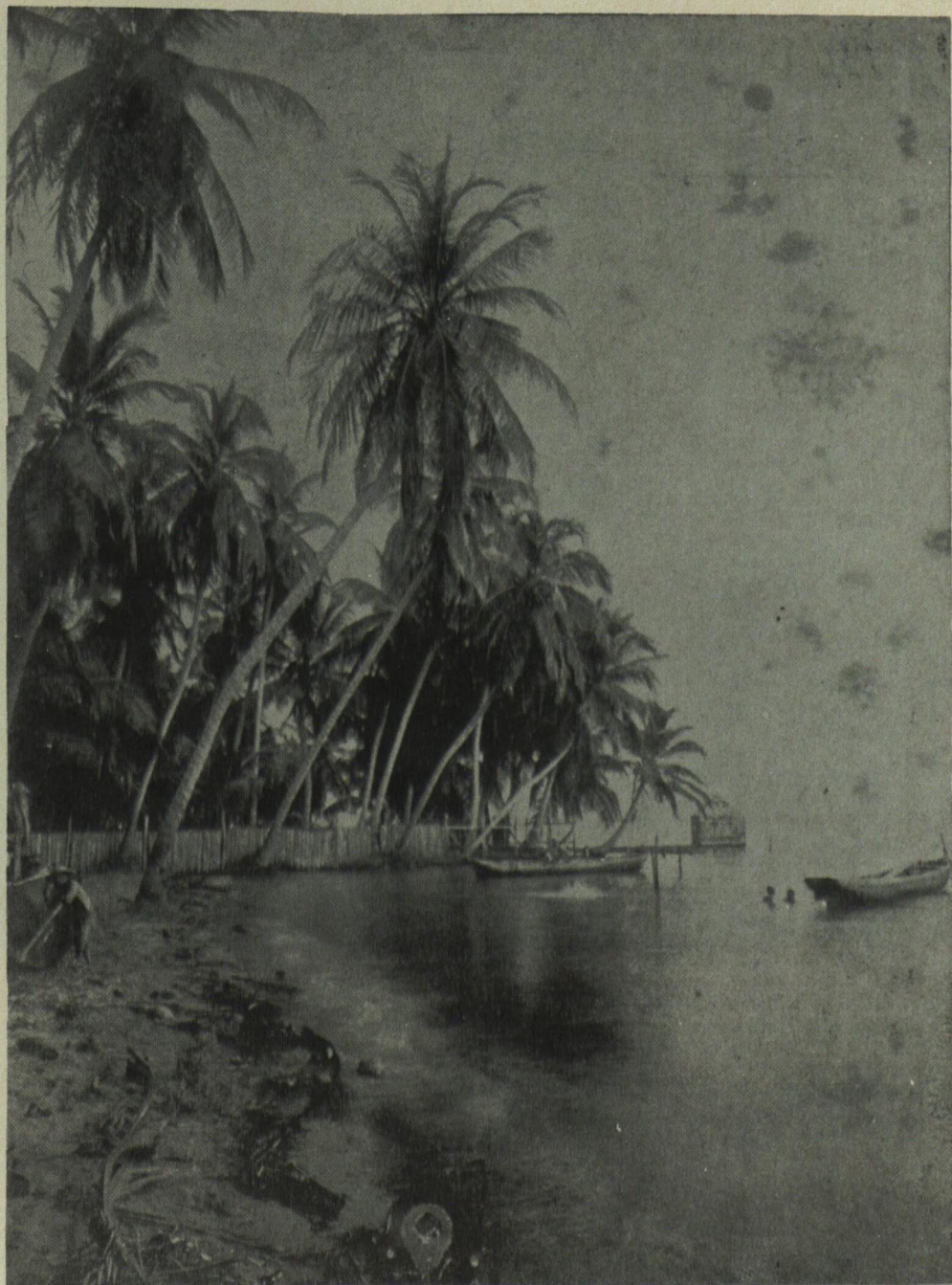
Cuanto á *alpargate*, usted sabe muy bien que la Academia Española me da pleno permiso para usar tanto *alpargate*, masculino, como *alpargata*, femenino.

Y por lo que se refiere á *butaque*, no sé por qué no deba emplearse con perfectísimo derecho, ni dársele cabida en el diccionario de la lengua. Don Rufino José Cuervo, en su notable libro acerca del lenguaje bogotano, asienta que no debe decirse *butaque* sino *butaca*; y como no trae más ejemplo que el tomado de don Carlos Frontaura, se comprende que el señor Cuervo no entiende por *butaca* sino la luneta que se usa en los teatros. Pero *butaca*, según el diccionario de la Academia Española, es «sillón de brazos, almohadillado, entapizado, cómodo y comunemente con el respaldo echado hacia atrás». Ahora bien, en Venezuela nadie llama á eso *butaque*, ni tampoco á la *butaca* de los teatros, sino á un asiento pequeño, de vaqueta ó de cuero sin curtir, con brazos ó sin ellos, adornado de tachuelas de cobre en las orillas, echado de respaldo hacia atrás, de mucho uso en la primera mitad del siglo XIX, demasiado raro hoy y muy nombrado por escritores como Bolel Peraza en sus artículos de costumbres. *Butaque* no es la *butaca* que se usa en los salones, ni en las Cámaras Legislativas, ni en el recinto de las Academias, ni en la sala del Cabildo, ni bajo la cúpula de los presbiterios, ni en el coro de las catedrales. Por *butaque* no se entiende sino el asiento dicho arriba, y usted mismo me servirá de autoridad, puesto que de la misma manera, poco más ó menos, lo describe en *El Castellano en Venezuela*, colocándolo afrentosamente en el capítulo de *Barbarismos*. En el comienzo del párrafo 1090 dice usted: «*Butaque*, si es diminutivo de *butaca*, está mal formado»; y en el término del párrafo: *Butaque* tiene aspecto de despectivo de *butaca*, más bien que de diminutivo; y así podría pasar». Pero como usted no concede otra razón que ésta para que *butaque* pueda pasar, y don Rufino José Cuervo no alega nin-

guna para que no pase, y la costumbre, que hace ley, ha autorizado a *butaque* para que no se le desdeñe, y además para que entre por las puertas de la Academia Española, y por contera para que se coloque muy dueño de sí propio en el puesto que en el diccionario le corresponde de derecho, no acierto á comprender por qué no sea posible recibirlo con su carácter de sustantivo masculino, se le insulte ignominiosamente llamándolo *barbarismo*, y se le arroje á puntapiés al medio de la calle. (*)

La circunstancia de tener que averiguar de un modo cierto si se podía decir *butaque*, me obligó á consultar, entre otros libros, *El Castellano en Venezuela*; y después de haber leído con atención el párrafo citado, se me ocurrió leer también, no sé por qué motivo, todo el capítulo de *Barbarismos*, aun cuando ya lo hubiese leído y consultado varias veces, tanto cuanto las *Apuntes críticas* de don Rufino José Cuervo, los *Borrones gramaticales* de don Miguel Luis Amunátegui Reyes, *Al través del Diccionario y la gramática* del mismo autor chileno, y los *Neologismos y americanismos* de don Ricardo Palma. Y es el caso que, en la página 570 de la interesante obra de usted, me encontré con lo siguiente: «La *percha* tiene *colgaderos* y no *colgadores*. *Colgador* es un utensilio de imprenta. No se dice, pues, el *colgador* sino la *percha*, el *colgadero*. A Picón Febres se le ha deslizado el barbarismo (Capítulo II de ¡*Ya es hora!*) de decir *colgador* por *colgadero* ó *percha*».

Con el respeto que me cumple en la ocasión, porque soy un ignorante y me dirijo á un sabio hablista y hombre docto en letras humanas como usted, tan celebrado por la crítica dentro y fuera de las fronteras de la Patria, me atrevo á contradecir su formidable afirmación, asegurándole, en nombre de la lógica, que *colgador* no es barbarismo. ¿Que en qué me fundo para asegurarlo? Pasemos al párrafo siguiente, y verá usted. Pero antes debo decirle que, puesto que usted lo critica, es claro que *colgador* está generalizado en Venezuela, porque una golon-



Laguna de Simanaca — Boca del Cuño

drina no hace verano; y si lo he usado yo, es por lo mismo, desde luego que á las palabras no se les da carta de naturaleza en la literatura, sino cuando se han generalizado en los pueblos.

¿Qué significa *tocador*? Según el Diccionario de la Academia Española (véase la tercera acepción de la palabra), «*mesa con espejo y otros utensilios para el peinado y adorno de las señoras*». ¿Qué significa *colgador*? Según el uso general, pieza larga de hierro ó de madera, con escarpas también de hierro ó de madera, que se clava horizontal ó verticalmente en la pared y sirve para colocar en ella ropa, sombreros y otras cosas. También se entiende por *colgador* un mueble de madera, muchas veces lujoso, con dos piés para que descanse en el suelo, que tiene

en la parte superior una cornisa y se compone de dos pilarcillos verticales y dos piezas de madera horizontales, en una de las cuales se clavan, ó se empotran ó embuten, escarpas de hierro ó de madera, para colocar en ellas ropa ú otras cosas. E igualmente se llama *colgador* á un palo largo, torneado ó sin tornear, con pie para que descanse en el suelo y escarpas desde el extremo superior hasta la mitad. Este último *colgador* se usa generalmente en los corredores de las casas inmediatos al zaguán, y junto á la puerta de la sala, para colocar los sombreros.

¿De dónde se deriva *tocador*? Del verbo *tocar* (Diccionario de la Academia Española, primera acepción), que significa «*peinar el cabello, componerlo con cintas, lazos y otros adornos*».

(*) En el Diccionario de la Lengua Castellana compuesto por don Elías Zerolo, don Miguel de Toro y Gómez y don Emiliano Isaza, se encuentra la palabra *butaque*, textualmente así:

«BUTAQÜE. m. Amer. C. Butaca».

Esta C es la abreviatura indicada en la obra para denotar á Colombia, y la circunstancia de encontrarse allí la palabra *butaque*, da á entender que es de uso general en la República vecina, tanto como en Venezuela.

Dicho Diccionario se publicó en 1895.



LAGUNA DE SINAMAICA — Boca del Caño

¿De dónde se deriva *colgador*? Del verbo *colgar* (Diccionario de la Academia Española, primera acepción) que significa «suspender, poner una cosa pendiente de otra sin que llegue al suelo». ¿Hay alguna semejanza entre la formación de *tocador* (activo) y la de *colgador* (también activo)? Semejanza nó, exactitud. Pues entonces yo no sé por qué razón á *tocador*, siendo en la realidad pasivo, se le active en el nombre, y á *colgador* se le haga pasivo en el nombre y en la realidad; ni menos me entra fácilmente en la cabeza que *colgador* sea un sucio é indecente barbarismo, y *tocador* un vocablo muy culto, muy castizo, muy oloroso á perfumes y muy civilizado. ¿Que no debe decirse *colgador*, sino *colgadero*, porque él no cuelga ni es capaz de colgar nada, sino que en él se cuelgan la ropa, los sombreros y otras cosas? Pues tampoco debe decirse *tocador* sino *tocadero*, porque él no toca ni es capaz de tocar á ninguna muchacha, por bonita y sandunguera que sea, sino que delante de él es donde se tocan las señoras y las señoritas. Pero como á *tocador* ya se le ha dado entrada y puesto en el Diccionario de la Lengua, y hoy sería injusto arrebatárle sus derechos, es necesario dejar las cosas como están, para evitar un conflicto. Peor sería menearlo y colgarle á *tocador* el feo nom-

bre de *tocadero*, porque—me atrevo á asegurarlo—contra él protestarían primero que nadie las mujeres, levantando el somatén más espantoso. No he visto alboroto de gallinero más tremendo, ni más formidable vocerío. Y como las leyes se han hecho para todos los ciudadanos en la República de las Letras, y *colgador* pide justicia por medio de su apoderado en este asunto, y la Academia se expondría á que la acusasen por no aplicar las leyes con la austeridad y honradez con que deben aplicarse, creo yo—salvo el mejor parecer del Tribunal—que á *colgador* es preciso abrirle las puertas del Diccionario y sentarlo en el puesto que ahí le corresponde, con los mismos fueros y prerrogativas que tiene *tocador*.

Y pasemos adelante, mi querido don Julio, porque tengo algo más que decirle. En la página 588 de su obra asienta usted: «Y pues de maracaiberrismos hablo, bueno es condenar el término *flacuchento*. Con *flacucho* hay de sobra. Picón Febres, que gusta de empedrar sus novelas con venezolanismos y barbarismos, trae tan vulgar término (Capítulo VII de *¡Ya es hora!*)» Y lo señala usted con admiración y y todo, lleno de espanto inexplicable en un hombre de la ilustración y de la competencia de usted, como si realmente yo hubiese cometido el más pavoroso de los crímenes.

Primero que nada sepa usted que el despectivo *flacuchento* está sumamente generalizado en Venezuela, como el sustantivo *colgador*, y que, por consiguiente, tiene la sanción del uso. A propósito del cual ha dicho el señor García Ayuso, académico de la lengua, lo que sigue: «Es empresa poco menos que imposible desterrar las voces que han recibido la sanción del pueblo soberano»; y don Eduardo Benot, académico de la lengua también: «La Academia tiene que obedecer á una autoridad inapelable, que es la del uso, supremo legislador en materia de lenguaje». Si porque *flacuchento* sólo se usa en Venezuela (en el caso de que no se use en las demás repúblicas hispano-americanas) usted lo burla, lo maltrata y lo rechaza, yo le contesto que, en la penúltima y en la última edición del Diccionario de la Academia Española, se les ha dado personalidad legal, en cuanto ciudadanos del idioma, á términos como *jojoto*, *malojal*, *malajo*, *tinaja* y *tinajero*, que no se usan sino en Venezuela. Usted mismo, en su utilísima obra, ha escrito un capítulo entero referente á venezolanismos, y buen número en otro de modismos, proverbios y refranes completamente venezolanos, con el propósito de hacer valer su propiedad ante la Academia Española, y de que ella los acoja y los incluya en el Diccio-



MAZEPPA. — Por A. Wagner

nario, aun cuando algunos académicos—según la terminante afirmación de don Ricardo Palma—crean y sostengan que la Academia no debe sancionar sino las voces que hagan falta ó que resulten muy conocidas en España.

Que un término sea vulgar, no es razón para que se le marque en la frente con el estigma del desprecio. Vulgares han sido primero los idiomas, y después se han hecho cultos; porque en ellos se verifica el mismo natural proceso que en los pueblos, los cuales se van levantando poco á poco de las tinieblas de la salvaje y la barbarie á los esplendores de la civilización. El idioma se habla primero que la literatura se escribe, y todos los términos son vulgares antes de llegar á la aristocracia de la gramática, del diccionario y del arte. ¿De dónde nace *flacuchento*? De *flacucho*, que á su vez nace de *flaco*; y si estos adjetivos son perfectamente castizos, y *flacuchento* lo es también, sin que se transforme ni se alargue sino en la desinencia despectiva, nada de extraño tiene que se le use en buena ley, y que él aspire, siendo muy culto en realidad, á que se le guarden las consideraciones que merece por su cuna, por su educación y por su manera correcta de desenvolverse. ¿Riñe, acaso, *flacuchento* con la indole del castellano? Nó, porque *flacuchento* significa muy flaco, como *granujiento* que tiene muchos granos; y usted no me negará la profunda analogía que existe entre el adverbio de cantidad *muy* y el adjetivo determinativo *muchos*. ¿Que con *flacucho* hay de sobra? Pues si usted no acepta á *flacuchento*, que es diminutivo de *flaco* y se forma del mis-

mo modo que *flacucho*, sin violentar la indole del castellano, entonces suprima del idioma á *hombrazo*, *hombracho* y *hombrote*, porque con *hombrón* hay igualmente de sobra. Verdad es que—según enseña la gramática de la Academia Española—las desinencias aumentativas tienen diferentes significaciones, «porque *on* basta para aumentar la idea del positivo, conteniéndole en límites justos; *azo*, para expresar lo diforme ó extremado, y *acho* y *ote*, para lo monstruoso ó ridículo»; ó lo que es lo mismo, que «la forma del aumentativo se determina por la idea que nos proponemos dar á entender variando la desinencia del positivo», mientras que «la terminación diminutiva se decide por la estructura material de la palabra positiva cuya significación modificamos». Pero usted sabe muy bien que las terminaciones diminutivas de una misma palabra positiva tienen también diferentes significaciones, y que si *iglesuela* da la idea de una iglesia pequeña, *iglesilla* hace pensar en una iglesia pobre, ruinosa y descuidada. Por consiguiente, si *flacucho* significa muy flaco, nada tiene de particular, ni mucho menos de bárbaro, que á *flacuchento* se le tome por *grotesca* ó *irrisoriamente* flaco. ¿Me negará usted que en Castellano hay aumentativos de aumentativos, como de *hombrón*, *hombronazo*, y también diminutivos de diminutivos, como de *plazuela*, *plazoleta*? ¿Y por qué no podría tomarse á *flacuchento*, en todo caso, como diminutivo despectivo del diminutivo despectivo *flacucho*?

Y no me diga usted que *flacuchento* no puede aceptarse de ninguna manera, porque en la gramática no exis-

te su terminación ó desinencia. Tampoco existe la de *butaque*, y usted ha dicho que *butaque* tiene aspecto de despectivo de *butaca*, más bien que de diminutivo, y que así podría pasar. Por otra parte, usted sabe que no todas las terminaciones aumentativas y diminutivas son netamente castellanas, y que si siendo algunas extranjeras se les ha dado carta de naturaleza en el idioma, no hay motivo para no introducir y sancionar en él nuevas terminaciones que fácilmente se acomoden y concierten con el genio de nuestra lengua, tanto menos, cuanto que la Academia Española dice en su gramática, prestándole su autoridad al capricho y luego á la costumbre, lo que sigue: «El caprichoso lenguaje de familia, queriendo achicarse con el de los niños y extremar la expresión de la ternura é íntimo afecto, rompe las leyes de los diminutivos ó las inventa nuevas».

¿Que con *flacucho* hay de sobra? Pues eso no es razón, aunque lo diga usted, como tampoco lo es, para rechazar á *butaque*, «que si por *butaca* no se encontrase en un periódico que tuvo sobre mil suscriptores, á buen seguro que se escapara de ser repugnante vulgaridad», aunque lo diga el eminentísimo don Rufino José Cuervo. ¿Que con *flacucho* hay de sobra? Pues eche usted del Diccionario á *langaruto*, que vale tanto como *larguirucho*, porque con *larguirucho* hay también de sobra. En otros tiempos se podía dar como razón *Porque sí*, y los ignorantes se callaban, porque el maestro lo decía. Ahora nó: ahora los ignorantes preguntan la razón de *Porque sí*, y los maestros están en la cristiana obliga-

ción de darla, aunque no sea sino para cumplir con una de las obras de misericordia: *enseñar al que no sabe*.

Pero á pesar de todo lo que acabo de exponer, yo puedo estar completamente equivocado, y quizás la razón no la tenga sino usted, por lo mismo que yo soy un ignorante y usted un sabio hablista y varón docto en la materia en que me ocupo; mas como usted me ha llamado barbarizador en su libro, y á mi no me conviene cargar con semejante negro sambenito sin estar completamente seguro de que realmente lo merezco, suplico á usted se digne resolverme estas cuestiones, no sólo para aprender bien lo que debo, sino asimismo para no seguir barbarizando.

Su afectísimo amigo y colega,

GONZALO PICON-FEBRES.

A MARIA

Abre las puertas de tus hogares
Al bardo errante que llega aquí,
Viene á ofrecerte con sus cantares,
Lirios azules del Almendares
Y blancos nardos del Yumurí.

Yo soy el bardo errante,
Y mis canciones
Anhelo que suspiren
En tus salones,
Y en blandos giros
Susurren el idioma
De los suspiros.

Se alberga en el alma la estéril pereza:
Perdí de los sueños la rica ilusión;
Mi musa llorando profunda tristeza
Se muere á los gritos que da el corazón
La nieve del tiempo que lúgubre rueda
Llevóse mis ansias de gloria y amor,
Mi verde corona, mi banda de seda,
Y el arpa que un tiempo pulsó el trovador.

El torbellino de los azares
Sobre sus alas me trajo aquí,
Para ofrecerte con mis cantares
Lirios azules del Almendares
Y blancos nardos del Yumurí.

Yo quisiera la esencia dulcísima y ligera
Que lleva entre sus pliegues el céfiro gentil,
La cadenciosa nota del ave montañera,
Y el velo transparente de luz que reverbera
En las serenas tardes del mayo y del abril:

Yo quisiera los mirtos
De mi Bayamo,
Para tejer, María,
Brillante ramo,
Y satisfecho
Colocar lo galante
Sobre tu pecho:

Quisiera que los versos que brotan de mi mente
Vertieran en tu seno, temblando de rubor,
El germen de un ensueño sutil y transparente,
La esencia misteriosa de un éxtasis de amor.
Quisiera que soñaras gentiles trovadores,
Que huyeron de esta tierra al són de su cantar,
Que habitaban en palacios tejidos de vapores,
Brillantes como el éter, azules como el mar.

Yo quisiera que el hada
De la fortuna,
Te encerrara en un tenue
Rayo de luna;
Que en él vivieras
Soñando de otros mundos
Dulces quimeras.

Salvé los montes, crucé los mares,
Viejas ciudades yo recorrí,

Conté novelas, lloré pesares,
Y el torbellino de los azares,
Sobre sus alas me trajo aquí;
Para ofrecerte con mis cantares
Lirios azules del Almendares
Y blancos nardos del Yumurí.

Me dicen todos, gentil María,
Que fueras reina por tu beldad,
En los palacios de Andalucía,
En los castillos de Normandía
Y en los alcázares de Bagdad.

Me dicen que tu acento
Vibra sonoro,
Como exhalada nota
De un arpa de oro,
Que en suave calma
Hiriendo dulcemente
Traspasa el alma.

Me dicen que en tus ojos de tórtola cubana
Fulguran de sus largas pestañas al través,
Los rayos melancólicos del cielo de la Habana,
Los lánguidos fulgores del cielo bayamés.
Me dicen que en tu boca sin alas y encendido
Reposa en su crisálida, tu beso virginal,
Cual silfo enamorado que vive adormecido
En perfumada urna de perlas y coral.

¡Feliz el caballero
Noble y galante,
Que en tus labios sorprenda
Tu beso amante,
Y adorne ufano
Con el nupcial anillo
Tu blanca mano!

Tórtola errante de los palmares
De aquella tierra donde nací,
¡Por qué cruzaste los verdes mares
Si aquí no tiemblan los luminare
De nuestro cielo de azul turquí?
Y sollozando tristes pesares
El alma enferma se hiela aquí,
Sin ver los lirios del Almendares
Sin ver los nardos del Yumurí.

Las flores de la patria, mi virgen desterrada,
En extranjeras playas, cual talismanes son,
Sus pálidas corolas, su aroma delicada,
Reviven los recuerdos de dicha malograda,
Reviven los recuerdos que guarda el corazón.

Quisiera darte muchas
Flores hermosas:
Ligeros colibríes
Y mariposas,
Que por sus galas,
Cuando vuelan parecen
Flores con alas.

Sobre tu limpia frente relampagueando pasa
Del genio de los trópicos la ráfaga inmortal,
Cual pasan de las nubes por la flotante gasa
Los rayos encendidos del sol primaveral.
Tú tienes en el alma tesoros de ternura,
Mas vives en un clima sin fuego y sin amor,
Cual noble castellana de ingénita hermosura,
Soñando al caballero, soñando al trovador.

Sueña, mi dulce niña,
Con las regiones
Donde viven del alma
Las ilusiones:
Que en este suelo
Sólo se ven soñando
Cosas del cielo.

Cuando la maga de mis pesares
Sobre sus alas me traiga aquí,
Con los susurros de mis palmares
La guzla de oro de algún *raví*,
Será la esencia de mis cantares
La tierna magia que existe en tí,
Y haré que broten en tus hogares
Lirios azules del Almendares
Y blancos nardos del Yumurí.



HUMORADAS

Van y vienen, por sitios alfombrados
con hojas de los árboles caídas,
la grey de engañadores engañados,
unas cuantas esposas aburridas
y otros tantos maridos fastidiados.

*

Sólo recuerdas de tu edad pasada
lo que hubo de infeliz en tus amores.
¡Qué quieres, prenda amada!
El dolor nos recuerda otros dolores,
pero un placer no nos recuerda nada.

*

Todavía, perjura,
mi corazón se goza en la amargura
de tus falsos amores,
como una sepultura
que, con restos de un muerto, cría flores.

*

Cuando dudaba de ella, vacilaba;
pero ya no vacilo:
su amor, mientras dudé, me atormentaba;
hoy sé que me es infiel, y estoy tranquilo.

*

Sin la fe la conciencia es un abismo
y el peor compañero es uno mismo.

*

A eterna fe nuestra alma condenada
los que no creen en Dios creen en la nada.

*

Me dijo «Sí,» con tan discreto modo
que no lo oyó ni Dios, que lo oye todo.

*

Les falta algo de amor, á los amores
que no son un infierno de dolores.

*

Hay sabio, de impiedad tan candorosa,
que no tiene fe en Dios, y cree en su esposa.

*

Me han hecho sufrir tanto, que he dudado
si el amor será un odio disfrazado.

*

Eres el tipo raro
de esas que hacen un velo del descaro.

*

Tu mano de marfil, que antes ardía,
ya me suele quemar de puro fría.

*

¡Por qué saben las gentes que has pecado!
Lo saben porque rezas demasiado.

*

Se hace también, merced á la conciencia,
en los lechos de pluma, penitencia.

*

Ya tanto tu virtud exteriorizas,
que á fuerza de pudor escandalizas.

*

¡Cuán feliz es el que oye eternamente,
el mismo ruido de la misma fuente!



JOSEFA SALCEDO (centenaria)

Esa viejecita que véis ahí, bajo la redada de su rústico jardín, es quizás la última reliquia femenina del tiempo heroico y ceremonioso en que Antonio José de Sucre, vestido con casaca de terciopelo y chaleco de seda, tendía su fina mano, para bailar una lenta danza de antaño en los salones de Cumaná. En su casa el Canónigo Madariaga tomó vinos de España, chocolate y bizcochos. El sábado santo de 1812, Miranda la llevó en sus brazos para salvarla de una tapia que se derrumbaba. El 22 de noviembre de 1901, entre sus flores, sus imágenes extáticas y sus recuerdos, va a celebrar su Centenario.

Esa viejecita ha visto pasar cien años; sus ojos lloran las generaciones desaparecidas, las urnas que se han cerrado en su presencia, pero hay en sus labios una perpetua sonrisa de bondad y en su voz un perenne candor; diríase que las mil arrugas de su cuerpo emanan una fragancia interior, y que la sangre que ha visto correr no ha salpicado su alma.

Los Salcedos de Fuentenovilla, hoy pequeña ciudad medio arruinada de la provincia de Guadalajara, son de antiquísima cepa española. El árbol genealógico de la familia señala que los de apellido Salcedo, proceden del Rey Alonzo el Quinto de León, muerto de un flechazo

en el sitio de Viseo el año de 1028 de nuestra era. Los padres del conde Don Rubio de Arangutía de Salcedo fundaron casa solar en las cercanías de Vizcaya, y así dice orgullosamente el verso heráldico, al pie del escudo que corona un casco empenachado,

Panelas y el salce son
Estas armas sine dubio
Del Excelente Varón
Nieto del Rey de León
El claro Conde Don Rubio,
Hijo de la Noble Infanta
Y de el Señor de Norona
Del Real Estirpe y planta,
En campo de Oro se estampa
La grande y alta Corona.

En el siglo XVIII vino á Venezuela, el Brigadier Salcedo, padre de Josefita, y como el Rey mirara con ojeriza y desconfianza su matrimonio con una distinguida criolla de Cumaná, Francisca María Acuña, encarósele al Rey el Brigadier, quien al fin púsose al lado de los patriotas desde el 19 de abril de 1810. Su altivez fue castigada con el presidio y el destierro, y más tarde con la decapitación de su hijo Luis, cuya sangre juvenil tiñó las cristalinas aguas del Manzanares.

Con María Josefa Sucre, Josefita Salcedo, sus hermanas y otras ilustres patriotas fueron encerradas dentro de las fuertes murallas de una prisión, por orden de Gaspar Miguel Salaverría, Gobernador de la ciudad. El Canónigo Llamozas fué á visitarlas, y allí improvisó la seductora hermana del más tarde Maris-

cal de Ayacucho, estas ingenuas estrofas, llenas de una exquisita aroma añeja.

No sé qué cierta confianza
Nos causa vuestra presencia
Dándole á nuestra dolencia
Algún rasgo de esperanza.
Antes de vuestra partida
Vuestra intercesión oída
Será del Gobernador.
¡Que movido de dolor
Pidáis por tanta afligida!

Después de trágicos é interminables días, Morales exclamó: ¡«Yo no priendo mujeres»; y entre una doble fila de soldados fueron restituidas á sus hogares. La madre de Josefita murió cinco días después, Teresa la hermana mayor perdió el juicio, y Francisca, bajo la brutalidad de la espada que la maltrataba, abofeteó su propio rostro diciendo: ¡Oh, nobleza para qué nos sirves!

Morillo las desterró. Desde San Thomas escuchaban las victorias republicanas, hasta que Bermúdez las condujo desde Pampatar á la playa bien amada. Fue en San Thomas donde Josefita Salcedo bordó con hebras de sus cabellos un pañuelo para el Libertador.

¡Adorable anciana, cobijado por el árbol de tus recuerdos siento renacer la fe perdida; por tí me siento unido á un pasado glorioso; sobre tus rodillas aprendí á leer y en tus canas he encontrado siempre una fuente de juventud! ¡Adorable viejecita, tu alma niña de cien años vierte un celeste rocío sobre mi alma vieja de treinta años!

¡Bendita seas, bajo la reseda de tu jardín!

PEDRO-EMILIO COLL.

Noviembre 15 de 1901.

REVISTA DE REVISTAS

La vida y la doctrina de Jesús, según Tolstoi.—La baraja y la política.—Los modelos italianos.—CUESTIONES SOCIALES: Las mujeres de los condenados y el divorcio.—IMPRESIONES Y NOTAS: Renán y Julio Simón.—Laboremus, de Bjornson.



En la *Revue Bleue* aparece un trabajo de Tolstoi, doblemente interesante por la firma que lo avalora y por el asunto de que trata. Es algo así como una reconstitución de la vida y de la doctrina de Jesús, desde el

punto de vista de la concepción cristiana de Tolstoi, en el que se encuentra, como en casi todas las obras del ilustre ruso, afirmaciones paradójicas, vistas geniales, conceptos sublimes y explicaciones de hechos, á veces atinadísimas y otras veces desacertadas, como todo lo que es producto de una idea preconcebida á la que se quiere subordinar todo.

Jesús llamaba de niño su Padre á Dios. Habiendo oído las predicaciones de San Juan Bautista, se retiró á meditar al desierto, y después de permanecer en él varios días sin alimento, pensó: «Yo soy hijo de un Dios omnipotente y debo ser tan poderoso como él; pero tengo hambre y mi voluntad no puede proporcionarme pan; luego no soy omnipotente. No puedo convertir en pan las piedras, pero puedo abstenerme de comer pan; luego soy omnipotente por el espíritu, porque puedo vencer la carne; luego soy Hijo de Dios, no por la carne, sino por el espíritu; mi carne debe, pues, servir al espíritu, que es mi Padre».

La cláusula principal del convenio entre los hebreos y su Dios, era la observación del sábado; pero Jesús dijo: «El sábado es institución humana; una buena acción debe ejercitarse siempre, y si el sábado se opone á ello, es por ser una mentira». Otra cláusula versaba sobre la separación del pueblo hebreo de los infieles; pero Jesús dijo que Dios mandaba que los hombres se amasen y no se sacrificasen unos á otros. Otra cláusula imponía las abluciones y purificaciones; pero Jesús dijo que el hombre no se mancha exteriormente, y que sus verdaderas máculas no pueden proceder sino de lo que piensa y de lo que hace.

Habiendo ido á Jerusalem, entró en el

templo y dijo que no debía honrarse á Dios en un sitio determinado, siendo inútil el templo, y el culto exterior un engaño nada más. No conocemos á Dios, creador del mundo exterior, principio y fin de todas las cosas. Todo lo que podemos comprender de El es que ha sembrado en nosotros el espíritu como un labrador siembra en su tierra; y la semilla que ha caído en un terreno fértil germina, y la que ha caído en un terreno árido perece. El espíritu es el único que da la vida, y de nosotros depende conservarla ó perderla; el mal no existe para el espíritu: no hay más que la vida y la no-vida.

Jesús enseñaba en qué consistía la verdadera dicha diciendo: «Dichosos los que no tienen bienes, ni honores, ni cuidados de todo eso: felices los que cumplen la voluntad del Padre». El primer mandamiento es el de no ofender á nadie ni provocar el mal ajeno, porque el mal engendra el mal; el segundo, el de no desear mujeres ni abandonar á aquella con quien se vive; el tercero, no jurar, porque el hombre no puede prometer nada; el cuarto, no resistir al mal, sufrir las ofensas y hacer más todavía de lo que exigen los hombres; el quinto, no distinguir entre sus compatriotas y los extraños, porque todos somos hermanos. Estos cinco mandamientos deben observarse, no para merecer la aprobación de los hombres, sino por el propio bien. Por eso no se debe tampoco orar ni ayunar en público; Dios sabe todo lo que necesitamos, y no tenemos nada que pedirle, bastando con que cumplamos su voluntad. Para vivir, el hombre no tiene que cuidarse del alimento ni del vestido; Dios proveerá á todo.

Jesús pidió un día de beber á una mujer de otra secta que la suya, y aquella mujer se negó so pretexto de que tenía otra religión; Jesús la dijo: «Si comprendieses que quien te pide de beber es un hombre en quien reside el espíritu del Padre, no te negarías á darle agua». Cuando volvió á Jerusalem encontró junto á una piscina á un enfermo que no quería hacer ningún remedio, esperando su curación de un milagro. «No esperes—dijo Jesús—á que un milagro te cure; vive mientras tengas fuerzas y no te equivoques sobre el sentido de la vida». Y el enfermo se levantó y se fué.

Otra vez, habiendo ido al desierto seguido de gran multitud, los discípulos le preguntaron: «¿Cómo alimentar á tanta

gente?» Entonces Jesús dijo á sus discípulos: «Dadme todo el pan que tengáis». Tomó el pan, lo repartió á sus discípulos, éstos lo dieron á los demás, los demás imitaron el ejemplo, y todos comieron, y sobró pan, porque con lo que unos tenían de sobra, se satisfizo la necesidad de los que no habían llevado nada. «Obrad siempre así—dijo Jesús—dando á los demás lo que tengáis».

La muerte corporal no debe ser temida, porque la verdadera vida no depende del cuerpo. No hay cuidado alguno, ni la salud corporal, ni los placeres, ni la familia, que pueda impedir al hombre vivir por el espíritu. Cuando Marta reconvino á María porque no la ayudaba á preparar la comida, absorta en escuchar á Jesús, éste la dijo: «Haces mal en regañar; cuidate tú de lo que te da cuidado, pero deja á los que desdeñan las satisfacciones del cuerpo, ejecutar la única obra necesaria para la vida».

Del mismo modo sigue interpretando Tolstoi los Evangelios hasta llegar á la crucifixión, reconstituyendo una figura de Jesús conforme á su concepción del Cristianismo.

Entre las peticiones presentadas á la Cámara francesa últimamente, figura la del señor Guillemard, maestro retirado, que quiere acabar con el monarquismo hasta en las barajas, reemplazando los cuatro reyes, reinas y lacayos por los cuatro primeros Presidentes de la República: Thiers sería el rey de *pique* con Ceres de dama; Mac-Mahon, rey de *carreau* con Juana de Arco por dama; Grevy, rey de *trèfle* con la República de pareja, y Carnot, rey de *cœur* con Francia de compañera; los cuatro pajes (solos) serían reemplazados por agentes de policía. menos Mac-Mahon, que tendría un ayudante.

No es Guillemard el primer republicano á quien se le ocurre la idea de suprimir los reyes de baraja, como dice Enrique Frichet. Proyectos semejantes han existido, no ya sólo á cada cambio de régimen, sino con motivo de sucesos menos importantes, como por ejemplo, la muerte de Víctor Hugo: una baraja de 1888 estaba destinada á conmemorar la gloria del inmortal poeta, que figuraba en ella en el puesto de honor, como rey de *cœur*, teniendo de compañeros á Thiers, Mac-Mahon y Grevy; las damas representaban la Ciencia, el Comercio, la Indus-



Escena de L'Assommoir — Teatro de la Port-Saint Martin

tria y la Agricultura, y los *valets* ó sotas eran Moliere, Voltaire, Racine y Gambetta.

El año 1889, centenario de la Revolución, no podía pasar sin inspirar á alguien el propósito de inventar algo nuevo en materia de barajas y en son de protesta contra la realeza destronada; y en efecto, un tal Lenoir, propuso lanzar al mercado las «verdaderas cartas republicanas». En este nuevo ensayo los palos eran designados con los nombres de Libertad (*cœur*, oros), representada por una estrella; Igualdad (*carreau*, copas), representada por un compás y una escuadra; Fraternidad, (*trèfle*, bastos), figurada por dos manos, y Socialidad (*pique*, espadas), simbolizada en el gorro frigio; los reyes se llamaban *fundadores*, y eran Guillermo Tell, Washington, Bruto y Camilo Desmoulins; las damas ó reinas se llamaban *virtudes* y eran las cuatro que daban su nombre á los palos, Libertad, Igualdad, Fraternidad, Socialidad; y los pajes ó sotas, con el nombre de *sostenes*, eran los símbolos de la Agricultura, la Justicia, el Ejército y el Tra-

bajo. El decreto de 28 de marzo de 1889 prohibiendo la fabricación de cartas diferentes de las reconocidas como oficiales puso fin á estas tentativas, teniendo que contentarse los enemigos de la tradición con llamar á los reyes *tiranos* y á los pajes *lacayos*, diciendo con mucho énfasis al jugar: «¡Catorce de tiranos y tres lacayos!»

Las cartas, como el ajedrez, proceden de Asia y han sido introducidas en Europa á fines del siglo xiii por los bohemios, conocidos en Oriente con el nombre de Sah Indos, y llamados gitanos en España, egipcios en Escocia, zingaros en Italia, y tziganos á orillas del Danubio. Ellos son los que han traído de Oriente las barajas *tarot*, que luego se han modificado entre nosotros. El loco, los reyes, los caballeros son piezas del juego de ajedrez, que es indio. El papel del loco, análogo al de la cifra cero, es prueba de su origen oriental, como es oriental la idea de desgracia afecta al número 13, siendo la carta de la Muerte la que lleva el número 13 en la serie de los símbolos. El tarot consta de 78 cartas, de las que, descon-

tado como cero el loco, las 77 restantes están basadas en combinaciones con el número cabalístico 7. Las primeras barajas chinas están también basadas en el mismo número; pero en Europa, si es que aparecieron al principio con el carácter profético y adivinatorio del tarot oriental, no tardaron en convertirse en simple juego, que ha dado lugar á mil ingeniosas combinaciones para entretener más ó menos desinteresadamente á los hombres.

Todavía no se ha olvidado—dice en *La Revue Paulucci di Calboli*, Secretario de la Embajada de Italia en París—la frase mortificante pronunciada por un escritor del segundo Imperio: «Italia, que antes era un modelo de países, es ahora un país de modelos». Italia inunda, en efecto, de modelos los talleres de los artistas de todos los países, siendo Francia la nación que mayor consumo hace de los mismos.

El origen de los modelos se confunde con el de la pintura y la escultura; baste recordar el ejemplo clásico de Zeuxis y su retrato de Elena, depositado en el templo de Juno, de Crotona, y formado por el conjunto de perfecciones que el artista tomó de cada una de las más hermosas vírgenes de la ciudad que le sirvieron de modelo. Entonces, sin embargo, no se trataba de una verdadera profesión, sino de servir de modelo por puro amor al arte y á la religión, como en el ejemplo citado, ó de simple vanidad, como en el caso de Lais al permitir á los escultores moldear su turgente seno, ó bien de afecto al artista, que era el caso más frecuente, como lo prueban Elpinicia con Polignoto, Campaspes con Apeles y Gliceria con Pausias.

El estudio del natural desaparece con el paganismo. El artista cristiano sólo se preocupa de santos y de mártires y desdén el estudio del cuerpo humano, sobre todo del desnudo, y principalmente de la mujer, causa del pecado. Italia fue la primera en volver por los fueros de la naturaleza, ignorándose si fue Giunta ó Cunabe quien resucitó la práctica del estudio del natural, que no tardó en generalizarse. El modelo no se niega ya al pincel ó al cincel del artista, y sus tipos suelen ser, como antiguamente, su hija, su mujer, y, sobre todo, su amiga: Fra Filippo Lippi se inspira en el bello contorno del rostro de Lucrecia Buti, Andrés del Sarto en la graciosa abertura de la boca de Lucrecia del Fede; el Ticiano en las hermosas curvas de las carnes de Violante, y el Perugino y Rafael en la radiante belleza de Clara Fancelli y de la Fornarina. Todavía no existe la profesión de modelo, ni se conocen hasta el siglo xvii modelos de oficio, que coinciden con la fundación del premio de Roma por Luis xiv, desarrollándose especialmente en la segunda mitad del pasado siglo. El sistema de los *padroni* mostró lo mucho que podía ganarse con la exportación de la mercancía, y París, que hasta entonces apenas había visto más que modelos romanos, importados por los artistas premiados de la escuela francesa de Roma, se vió inundado por centenares de jóvenes de ambos sexos de la Campaña y la Basilicata, hasta que la ley de 1873 vino á poner coto á semejante explotación. El impulso, sin embargo, estaba dado, y la corriente siguió su



DEFENSA DEL PUENTE. — Por M. Berne-Bellecour

curso, sólo que, en lugar de venir los modelos consignados á sus *padroni*, vinieron con sus padres, emigrando en masa las familias.

Al lado del modelo italiano, que ha monopolizado durante un siglo el oficio, ha surgido el modelo francés, y merced por una parte al jingoismo, y por otra á la nueva dirección del arte, que prefiere la mujer histérica, neurótica, á las formas clásicas, los modelos italianos han pasado al segundo rango, aunque pintores y escultores amalgaman las perfecciones de unos y otros, dando al rostro de la parisién de Montmartre los senos de mármol de la italiana, y recibiendo la cabeza de madona de la Trasiberina, el talle esbelto y el elegante corte de la parisién.

Contra la opinión general, el oficio de modelo es más difícil de lo que parece. Hay que sufrir físicamente el tormento de la inmovilidad absoluta durante muchas horas, con el solo descanso de diez minutos de hora en hora; hay que comprender al artista á media palabra que diga, dando así prueba de tener el alma de un artista y el juego de actitudes de un músico. En cambio, si el oficio es difícil, el aprendizaje es fácil: se empieza á trabajar apenas se nace, ganándose la vida á los pocos meses haciendo de amor ó de angelito para subir poco á poco la escala, acabando por representar al Padre Eterno. Las sesiones de bebés duran afortunadamente poco, y para el premio Chenavard se emplean modelos italianos de dos años, á quienes se concede amplios descansos; pero cuan-

do el niño tiene ya tres años, se le suele obligar ya á un trabajo de cuatro horas diarias, demasiado fatigoso para él. La vida empieza para estas criaturas de bien triste modo.

Por numerosos que sean los modelos que llaman á las puertas de las Academias, son muy pocos los elegidos; y el famoso cuadro de Fortuny, *La elección de modelo*, nos muestra el suplicio refinado de la pobre criatura desnuda, estudiada minuciosamente por todos lados por aquellos viejos profesores. La mercancía desechada por los grandes consumidores, se ofrece entonces al pequeño negociante y se convierte en objeto regular de un mercado abierto, pues en París hay verdaderos mercados de modelos como el de la calle de la Grande Chaumière y el de la plaza Pigalle.

¿Qué suelen ganar los modelos? La mujer—caso raro—gana en París generalmente más que el hombre, porque las Venus son más escasas que los Hércules ó los Apolos. En Italia é Inglaterra ganan ambos sexos lo mismo, y en el Japón se ha fijado la tarifa de seis *sen* diarios (medio real) por un bebé, 40 por una joven, y 60 por un joven. En París, la Academia de Bellas Artes, aunque no llega á la esplendidez de la de Londres, que abona 10 chelines por dos horas, es más generosa que la del Japón; las mujeres reciben 36 francos semanales por cuatro horas diarias de trabajo; los hombres cobran 30 francos, y los niños 15. En las Academias particulares suelen percibir de 20 á 21 francos si trabajan cuatro horas de la mañana, de ocho á doce, y 18 ó 20

francos si la sesión es por la tarde. Los hay que teniendo otras ocupaciones por el día, trabajan de ocho á diez de la noche por el salario semanal de 12 francos; pero son muy pocos, porque para poder servir á la luz artificial, necesitan tener hermosas y bien marcadas líneas. Entre los artistas, el precio corriente es el de cinco francos la mujer y cuatro el hombre, por cada sesión de cuatro horas; sólo hay tres modelos varones, franceses los tres, que cobran también cinco francos. Claro es que tratándose de verdaderas bellezas no hay precio fijo, y así se explican fortunas como la del célebre Duboce, que llegó á formarse en cincuenta y cinco años de trabajo un capitalito de 200.000 francos, y como la de la bella Francesca, que consiguió retirarse á Italia con un capital de 500.000 francos.

Además de la competencia que los modelos se hacen entre sí, hay que contar con la competencia de los *blak-legs*, ó modelos de ocasión, frecuentemente preferidos; y no hay que olvidar la estación *muerta*, desde los envíos al Salón de Abril, hasta el invierno, época de huelga forzosa, en la que los pobres modelos tienen que dedicarse á otro oficio, haciendo de zapateros, limpia-botas, organillistas y cantores. Esta inestabilidad del oficio y estos apuros no son los más á propósito para garantizar la moralidad de las costumbres de los modelos, especialmente de las mujeres. Estas, sin embargo, suelen ser de reconocida probidad y honradez, en lo que toca á las leyes de derecho común; pero en su vida privada

dejan no poco que desear. ¿Qué va á pedirse á una joven, obligada por su oficio á ser instrumento de tentación? Sus padres las vigilan por codicia, pues si su cuerpo se deforma, el modelo se inutiliza; pero si á veces conservan la pureza material, ¿cómo exigirles que conserven la del espíritu? Convencidas todas de la verdad del axioma de Diderot, de que lo indecente no lo hace el desnudo, sino el vestido, jamás se visten ni se desnudan en presencia del artista.

¿Qué vida hacen los modelos? ¿Cuál es su presupuesto de gastos? Los que lo pasan mejor, comiendo en su casa, se alimentan con macarrones, sopa de cebolla, pimientos y tomates, y á veces con fritos, pescado y queso, regalándose los domingos con el clásico plato de cabeza de cordero. Los hombres comen peor que las mujeres, tomando un poco de pan y fruta al ir al trabajo, ó bien gastándose siete ú ocho sueldos en un *ordinario*, compuesto de caldo, carne y legumbres. Los hay tan pobres, que van por la mañana al mercado á rebuscar como los perros su alimento entre los desperdicios. A veces una familia entera de cinco á siete personas, tiene que vivir con lo que gana un solo individuo, que muchas veces no encuentran trabajo más que dos ó tres días por semana.

En cuanto á viviendas, generalmente habitan cuartos compuestos de una sola pieza, que hace de alcoba, sala y comedor para todos; para ganar sitio han inventado las camas de dos pisos, poniendo los catres al revés y colocando unas tablas encima. Los cuartos son pintorescos, porque los modelos tienen colgado su repertorio de trajes de las paredes; pero está todo tan sucio, y los modelos mismos están tan llenos de suciedad, que se hace repugnante visitarlos. El número de los modelos italianos existentes en París, que en 1888 calculaba en 500 Hugues Le Roux, se hace hoy ascender, por los cálculos de los modelos mismos, á 1.000 ó 1.200, estimando di Calboli algo exagerada esta cifra, y optando con arreglo á sus datos y averiguaciones por la de 800 á 850, la mayor parte procedentes de la Campania y de los Abruzzos.

*

Un hombre—dice en la *Revista de Diritto penale e Sociologia criminale*, de Pisa, el magistrado de Sanctis—se rebela contra la ley y ofende al prójimo; la ley afirma el derecho ofendido, y prende, juzga y condena al rebelde. El condenado expia su culpa en la cárcel, donde nada falta de lo que es indispensable para la vida; pero muchas veces no es él el único que sufre el castigo de su crimen, sino que tiene una mujer y tiene hijos á quienes falta, con su encarcelamiento, el pan aportado por su trabajo. ¿Qué hace la sociedad por la mujer del delincuente? El Código la entrega la autoridad del jefe de familia, de que despoja al reo, pero eso es todo; y eso es muy poco. La mu-



Il'entres libertando á Hesione. — Por Jean-Paul Laurens

jer puede administrar sus bienes; pero ¿qué bienes, si no tiene ninguno? La ley asegura al culpable el sustento, y prepara á su inocente mujer la senda del precipicio.

Aun tratándose de mujeres á quienes la prisión del marido no condena á la miseria y á la prostitución, el Código resulta injusto é incompleto. El amor es el efecto de la unión del egoísmo con el altruismo; necesita que cada individuo concorra con su gentileza, con su gracia, con sus virtudes, con su propio sacrificio al bienestar del otro; el amor es deseo de posesión entera, espiritual y material. Alejado uno de los esposos, falta á la sociedad conyugal el primer elemento de vida; el alejamiento, que se comprende y se soporta cuando urgentes necesidades lo imponen de un modo transitorio, se hace insoportable cuando es duradero y lo impone la ley como castigo; la causa que lo produce suele ser debida á la con-

ducta del esposo, y es además deshonorosa, llevando aparejada la desestima; y cuando una persona deja de estimar á otra, el amor muere.

Un hombre, y es el caso más frecuente, se entrega al juego y al vino, é indiferente ante las lágrimas de su mujer, se pervierte con malas compañías y llega un día en que comete un crimen, y la ley le condena á veinte años de reclusión. Está bien; pero ¿y la mujer? La mujer es joven y bella, tiene corazón, nervios y sangre; el marido está encerrado, y ella queda en medio de la vida, con todas sus asechanzas, seducciones y estímulos; ella, que va habiendo luchado contra sus impulsos de rebelión al ver á su marido despreciar sus lágrimas, no puede ya estimarle, y con la estimación siente perder su antiguo amor; y piensa que veinte años son una eternidad, son toda su juventud, con sus sonrisas y entusiasmos, sus delirios y sus misterios.

Y no se invoque la virtud del sacrificio, porque el sacrificio sólo se ejercita por quien lo merece: se comprende la joven viuda, atrofiando sus sentidos con incansantes lágrimas, y permaneciendo fiel de alma y de cuerpo al marido difunto; se comprende también la mujer del delincuente ocasional, que en un momento de arrebatado comete un crimen, y á quien la esposa conserva fielmente su estimación y su afecto; pero, aparte de que ni aun en estos dos casos son frecuentes los ejemplos de fidelidad, ¿cómo puede pretenderse el sacrificio en mujeres para quienes el nombre del marido es sinónimo de ofensa y de deshonra, mucho más cuando se trata de mujeres generalmente incultas, poco avezadas á exquisiteces ideales? No, no es posible que la ley imponga á la mujer tamaño sacrificio.

Y luego está la miseria. En vano preguntan los niños: «¿por qué no viene papá? ¿Dónde está papá?» Papá no vuelve y el blanco mantel no se extiende sobre la mesa, y los niños desgarran el corazón de la madre pidiendo pan, el pan que falta. Y pasan los días, y la pobre mujer trabaja como esclava, sin lograr casi nunca atender á las necesidades de la casa por lo mal retribuido del trabajo mujeril; y ocurre casi siempre que la esposa del condenado, después de haber empeñado y vendido lo poco que tiene, se rinde en la heroica lucha. Y hé ahí el hecho inmoral; pero ¿quién lo ha producido?

Y no se crea que estas son escenas pintadas de propósito para impresionar: de cien mujeres de penados, jóvenes y bellas, ochenta por lo menos caen vencidas de este modo. ¿Quién no conoce la suerte de las mujeres de los criminales? Casi siempre su calvario comienza con la prisión misma del marido, obligadas á buscar defensores y recursos; y como si esto no bastara, el marido mismo, con sus cartas gemebundas, pidiendo mejora de sus alimentos, viene á empujarlas por la fatal pendiente; porque ¿de dónde va á sacar una pobre mujer recursos y medios, no sólo para vivir ella misma, sino para atender á tales exigencias?

El marido, sin embargo, después de quince ó veinte años de ausencia, al volver libre á su casa, tiene la pretensión de encontrar á su mujer pura é intacta, volando á su encuentro, como las damas de los tiempos heroicos salían á recibir á sus maridos de regreso de las Cruzadas. Y ocurre con frecuencia que el marido, sabiendo ó viendo la infidelidad de su mujer, arma su brazo y mata... y la sociedad aplaude... y los jurados absuelven... ¿No es esto sumamente inmoral y atrocemente vil?

Tomada de *Los primeros años de Julio Simón*, memorias del eximio moralista que la piedad de sus hijos ofrece al público, hé aquí una anécdota histórica digna de ser recogida en estas páginas, por la valía de los personajes y por su fondo mismo:

Una mañana en que Julio Simón, ya ilustre, estaba en su despacho, se le presentó un joven eclesiástico, de aspecto tí-

mido y aire embarazado, que después de haberse dado á conocer con el nombre de Ernesto Renán, declaró que había ido á consultar con Julio Simón un asunto muy grave.

—¿Cuál, Dios mío?—preguntó el autor de *La Moral*.

—He perdido la fe—respondió Renán lanzando un profundo suspiro.

—¿Y vaciláis sobre el partido que debéis tomar?

—Absolutamente. Estoy enfermo de ello.

—La cosa, sin embargo, me parece muy sencilla: desde el momento que no creéis, no podéis permanecer en el seminario de San Sulpicio.

—Sí, eso es lo que yo me digo á mí mismo; pero tengo escrúpulos que me detienen.

—En conciencia no debéis tenerlos.

—¡Son de naturaleza tan delicada!... Tengo un tío hermano de mi madre, y él es quien ha pagado hasta aquí los gastos de mi educación. A la muerte de mi pobre padre, mi madre quería sacarme del seminario: mi tío no quiso, y dijo que él se encargaba de todo, y que más tarde, cuando fuese yo cura, le reembolsaría como pudiera de sus gastos. De modo que si ahora renuncio á la vida eclesiástica, me pregunto cómo podré devolverle lo que ha gastado por mí, y si no está mal hecho frustrar así sus esperanzas.

—Os repito—le dijo Julio Simón, que escuchaba conmovido y confundido aquella confesión—que no podéis continuar en San Sulpicio sin cometer un sacrilegio. La cuestión de intereses nada tiene que ver en este asunto. Sois deudor de vuestro tío, desde luego: pero sería un crimen persistir en lo que vuestra conciencia rechaza. Volved al siglo, y ya reembolsaréis á vuestro tío cuando podáis y como podáis.

—Está bien—dijo Renán llorando.—Acabáis de descargarme de un peso enorme. Voy á hacer lo que decís. Hasta la vista, y gracias.

En la *Grande Revue*, de París, ha publicado la señora Remusat la traducción de la última obra del dramaturgo nórdico Bjornson.

El argumento es muy sencillo: una mujer que adoraba la música estaba enferma, y creyendo su familia que la música podía curarla, hicieron venir á una gran pianista que todos los días consagraba á la paciente una sesión deliciosa, gracias á cuyos efectos logró aliviar su padecimiento. Desgraciadamente, con los progresos que hacía la curación, coincidían los que hacía la conquista del corazón del marido de la enferma por la pianista; el marido, prendado del arte y de la artista, olvida sus deberes, y la pobre enferma muere sin poder resistir aquel terrible golpe. El espectro de aquella desgraciada y la aparición de otros personajes, turban el alma de los culpables, y los tres actos del drama se desarrollan sin encadenamiento ni trabazón entre brumas de observaciones y análisis psíquicos, situaciones lánguidas y diálogos sin movimientos.

FERNANDO ARAUJO.

DORMIDA!

(DE PAILLERON)

Duerme aún. Es muy temprano.....
Apenas luce la aurora.....
Y ha adelantado la hora
Mi revoltosa ilusión.....
Cerca del lecho lleguemos
A sentarnos dulcemente.....
No turbe el beso inclemente
Su poético sopor.

Mi fragante ramillete
No vale lo que su sueño
¡Cuánto paisaje risueño
Dormida contemplará!
Han de aguardar impacientes
Los matutinos fulgores
Y mi amor lleno de flores
Su riente despertar.

Perezosa! No se escucha
Casi el latir de su pecho
Y entre las gasas del lecho
Se la puede apenas ver.....
Al mirar bajo el encaje
Su hermoso cuerpo rosado
¿Cómo dudar que han formado
De nieve y lilas su piel?

No han sentido sus pestañas
Al sueño posarse en ellas.....
En sus labios de grosellas
La sonrisa vive aún.
Es tan bella como el beso
Que con alegre murmullo
Ronda en torno del capullo
De su regia juventud!

Al mirar enamorado
Las gloriosas desnudeces
Que en los azares me ofrecen
De tu sueño encantador,
Siento en mí que no estás sola,
Y miro tejer tus velos
Con áurea luz de los cielos
A la Gracia y al Pudor.

Admiro los sueños de oro
Radiar en tu frente pura
Cual refleja su hermosa
El cielo en el lago azul.....
¿No es verdad que en esos sueños
Y en el joyel de tu risa
De nuestro amor se divisa
Filtrarse un rayo de luz?

Duerme en paz, mi dulce amada
Bajo mis ojos felices:
Sólo quiero eche raíces
La ventura que soñé;
Que tus horas sean tan bellas
Que al despertar de tu sueño
Crea tu espíritu risueño
Pasa de uno á otro vergel.

FELIPE VALDERRAMA.

PRESENTE DE BODA

La secular pobreza que asedia á los poetas
hace que sólo ofrezca un ramo de violetas
á vuestra grácil novia, pues en cuestión amores
una epopeya ha sido siempre un ramo de flores.

Vuestra novia es graciosa y muy dulce, muy bella:
lo galante sería ofrendarle una estrella,
ó un cordero blanco con grandes lazos rosas,
ó sobre una azucena un par de mariposas;
y en su defecto fuera un obsequio cumplido
dos tórtolas albísimas sobre un plumón de nido.

Mas como enviaros eso no puedo por mis penas
aunque haya mariposas, estrellas y azucenas,
luciendo una sonrisa va el ramo de violetas
como la pobre ofrenda que usamos los poetas.

GOYCOECHEA MENÉNDEZ.
(Argentino).

El señor Remy Montauban, fallecido en Caracas la noche del 24 de octubre próximo pasado, era uno de los más cabales representantes del triunfo de la virtud y de la laboriosidad en las nobles luchas de la industria y de la integridad de carácter.

De nacionalidad francés, vino á establecerse en Venezuela, muy joven todavía, lleno el espíritu de las fortalecedoras ansiedades del trabajo, y aquí se reunió con uno de sus hermanos que le había precedido y fundado en esta capital el importante establecimiento industrial que luégo fue conocido bajo la razón mercantil de Montauban, Augé & Ca., y hoy Montauban & Ca.

Ha muerto á los sesenta y cinco años de edad, circundado por aquel nimbo de honorabilidad, respeto y estimación que son el privilegio envidiable de quienes no fueron en la vida sino modelos de consagración al deber y á la práctica de los elevados principios morales.



Señor Remy Montauban

Así, no solamente su hogar respetable, sino la sociedad toda, en cuyo seno lo fundó y lo robusteció en el merecido y general aprecio, lamenta su fenecimiento con la honda pena de haber visto desaparecer á uno de sus miembros más útiles y más dignos de su constante veneración.

Ejemplo fue su existencia de cuánto pueden los esfuerzos de las virtudes sociales y la aplicación laboriosa á las lides del trabajo honrado para obtener el lauro de respetabilidad que le ha acompañado hasta la tranquila morada del eterno sosiego; y no fácilmente podrá borrarse su limpio recuerdo en el sentimiento de sus innumerables apreciadores.

En homenaje á esa meritoria existencia y á tan grata memoria, EL COJO ILUSTRADO se asocia con la ofrenda de sus justos encomios al dolor general producido por la muerte de tan estimable individuo de la sociedad venezolana.

LOS VERSOS



o quiero el verso tosco, sencillez y natural, que brota ingenuo del pensamiento y al papel lleva la pluma sin aplicarle el cincel de la retórica. Que el cincel labra, el bloque.

verdad, pero menoscaba

Quiero el verso libre de la forma y elegancia que le abigarran y estira constituyéndole en un *dandy* gomoso; libre de las influencias que le hacen sonar como música de órgano. El verso pálido de las almas mustias; el verso que hace gemir los nervios y llorar los ojos, no es jamás el verso que yo adoro.

Bella es la estrofa cuando sabe á tempestad y sus versos fulminan como el rayo; bello el verso cuando se abre cual inmensa flor de la montaña; bello, cuando cada palabra es un ariete ó cada frase un albor de la mañana.

Grande el Himno del Sol, que nace entre lujo de colores y se hunde entre el ropaje esplendoroso de los crepúsculos del trópico.

Grande la Epopeya del Océano que ruge enfurecido, asestando sus golpes ciclópeos que retumban sobre la roca enhiesta que se corona de espumas.

Grande la Tragedia del Visionario que, *clamanti in deserto*, de redención habla á los pueblos en la Eterna Voz Universal!

Así quiero los versos: incultos, naturales, sin frases rebuscadas ni sollozos: verso que indómito nazca en el cerebro y libre fulgure en las estrofas. La semilla que del corpulento árbol se desprende al soplo de los vientos, cae en el suelo, y sin riego, sin desyerbo y sin arado, germina, crece y fructifica, y hé aquí, ¡oh, Buen Dios! un Poema sonoro y esplendente de la sabia y feraz Naturaleza!

Qué hermoso el verso rudo; el que traduce la cólera del luchador ultrajado, el odio de la turba enfurecida, los celos de la mujer; el amor de las fieras, los olores salvajes de la hembra, el horrible fragor de los volcanes; el verso que no ve en el Tirano el castigo de Dios sino la abyecta, inicua corrupción de un hombre, y que lo ataca, lo acecha y lo fustiga con lodo, con sangre, con escarnio, con fuego y con puñal!

Ese es el verso digno de los hombres: verso escudo, verso dardo, verso cauterio; verso que se agita como un ramal de látigos y deja por siempre cardenales en los cuerpos innobles; verso himno soberano, tras del cual se ve un carácter que lucha y «al necio que sin castigo viva le arroje en el rostro la saliva, la saliva infamante del desprecio!»

Pero, el verso que aduerme el corazón y nos lleva á soñar con la quimera, el verso tras del cual se ve un hipócrita arrullando tristezas que no existen y llorando dolores que no siente; verso como canto de sirenas; verso de baratijas, multicolor y relamido; verso enervador que nos lleva á la infecundidad del idealismo romántico y nos trae el cansancio de lo real; verso embustero, engañador

é incorruptible, no es el verso que la época reclama: es el verso de una edad remota. Imposible que él pueda traducir las locuras y las luces de esta humanidad carnavalesca y trágica que la vida pasa entre el delirio de la Afrodísia y la majestad del Partenón, tributando himnos á Venus, absolviendo Frinés, perdonando Magdalenas, canonizando Porcias, amando á las mujeres de sitibundos labios rojos y de pupilas amplias, nostálgicas de vértigo; adorando el mármol de alma y derribando el fetiche; descubriéndose ante Edipo que pasa, saludando al Quijote que cae y arrodillándose ante el Cristo que muere!

Verso borrascoso y luchador, verso de invencibles! ¡Salve, salve!

Salve, estrofa inmortal á golpes de orgullo fabricada! fuerte habéis de ser como el pecho de un valiente; brutal como coraje de centauro; sonora como tumbo de mar embravecida: aliento de tormenta habéis bebido y olor de selva americana habéis de esparcir por doquiera!

..

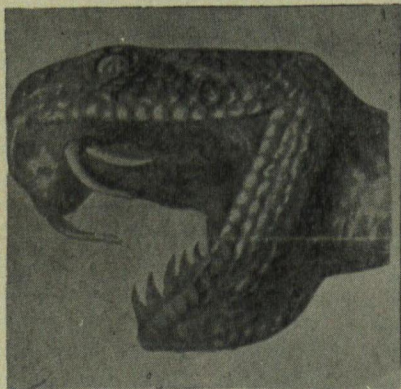
Y sobre la tumba perfumada del romanticismo cantemos el himno de las rudas victorias, desafiando la ira de los déspotas, de los déspotas-almas de cuervo—que parece que llevan anidado en las paredes torácicas un murciélago en vez de un corazón—lechuzas que necesitan de la sombra—y luchemos, luchemos sin descanso por la Gloria y el Derecho, por la Mujer, por la Patria y el Honor.

JUAN LISCANO.

Caracas.

Sobre la serpiente de cascabel

Las serpientes de cascabel no abundan tanto ahora en Texas como hace algunos años, pero no dejan de existir bastantes en el día, en distintas partes del Estado de la Estrella Solitaria, para aumentar los peligros del caminante que viaje por las llanuras y orillas de los ríos. Se dice que las lluvias fuertes durante los últimos años han aumentado de un modo considerable el número de estas serpientes, principalmente al Este de Texas. El hecho de que la serpiente de cascabel tenga su valor en el mercado es lo que ha contribuido indudablemente á que la tribu haya declinado un tanto. Miles de ellas se matan todos los años para obtener sus pieles y aceite. El año pasado una firma acreditada de San Antonio vendió más de 2.000 culebras de cascabel. Se venden lo mismo muertas que vivas.

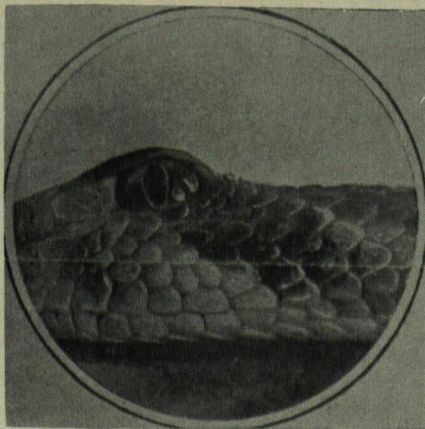


Cabeza de una culebra de cascabel

Todas las serpientes expuestas en nuestras ilustraciones fueron cogidas cerca de San Antonio por el doctor Rodolfo Menger, médico prominente de esa ciudad. La más interesante de éstas es la del águila mexicana sosteniendo en su pico una serpiente. El águila y la serpiente las cazaron á unas treinta millas al Sur de San Antonio y las diseccionaron exactamente en la misma posición que tenían cuando murieron. Estas águilas parecen tener una afición especial por las culebras. El doctor Menger relata haber visto una vez á ocho de ellas en el acto de devorar á una serpiente de siete pies de largo. Otra de las fotografías representa la cabeza de una serpiente monstruo con los colmillos y dientes envenenados. Esta serpiente tiene cuatro colmillos envenenados, y se le considera de una especie rara.

A propósito de este asunto sobre culebras de cascabel, debe mencionarse la manifestación hecha por el profesor Edmundo J. James, de la Universidad de Chicago, de que es una rareza la muerte ocasionada por una mordedura de esta clase de serpientes. Ha trabajado, según dice, por espacio de veinte años para encontrar un caso de muerte bien auténtico, ocasionado por dicho motivo. Se cuentan muchas historias de personas muertas á consecuencia del veneno de la culebra, pero sin fundamento después de investigados. Un caso genuino descubierto recientemente en Georgia, lo considera el profesor James como muy notable. Un «domador de serpientes fue mordido por una de cascabel, grande, de una variedad conocida en el Sur como el «cascabel diamante». El hombre murió de parálisis en el corazón, ocasionada por la mordedura, después de haber sufrido una agonía de diez y ocho horas.

Refiriéndose á la relación del profesor James, el doctor Menger dice, que sus propias experiencias y la de muchos de sus asociados profesionales indica que la muerte ocasionada por una mordedura de serpiente de cascabel no es cosa tan rara como el profesor de Chicago



Ojo de una culebra de cascabel

hace creer al mundo. «Las mordeduras de culebras de cascabel, dice el doctor Menger, no son en todos los casos mortales; esto depende de la parte dañada, de la cantidad de veneno inyectado, de la susceptibilidad, etc. A veces el diente de la culebra se rompe al golpe, ó penetra en la tela ó en el zapato etc., antes de que el colmillo llegue á la carne, y en estos no produce más que heridas muy superficiales y poco penosas, quizás con síntomas muy ligeros de veneno.

Cuando el colmillo que contiene el veneno da en una parte vital, especialmente en los vasos sanguíneos, los síntomas de envenenamiento son entonces alarmantes y generalmente en estos casos viene la muerte. El miedo durante un encuentro repentino con una culebra de cascabel y la paralización de la sangre al oír el «silbido» de sus cascabeles y el choque consecuente en el sistema nervioso, especialmente en el corazón, ha producido sin duda muertes repentinas.



Águila mexicana con una culebra de cascabel en el pico

El doctor Menger añade que durante su propia experiencia como oficial de Sanidad de San Antonio, y en su práctica privada ha conocido lo menos seis casos de muerte producidas por el veneno de la serpiente de cascabel. En una ocasión un campesino de Medina, á veinte y cinco millas al Oeste de San Antonio, arando sus terrenos, se le presentó una culebra cascabel, á la que dividió en dos partes con su arado, dejando solamente seis pulgadas de cabeza y pescuezo del animal. Creyéndola muerta, el hombre siguió su arado. Volviendo del extremo opuesto donde había caído el arado sobre el reptil notó como un pedazo de rana de un árbol entre las semillas, y al recogerlo levantó, desgraciadamente, el cuello dividido de la culebra. Con un golpe repentino clavó la

culebra sus colmillos en la mano del campesino y antes de cinco horas yacía el hombre muerto.

La velocidad del pensamiento

Hablando de velocidades, suele emplearse el dicho vulgar «más veloz que el pensamiento», pero pocas personas sabrán que, á pesar de su gran velocidad, se ha conseguido medirla.

Los primeros ensayos de medición de velocidad de los impulsos nerviosos procedentes del cerebro bajo la acción de la voluntad, los hizo hace bastante tiempo Halle.

Comprobó, leyendo en voz alta con gran rapidez, el término medio de letras que podía pronunciar en un minuto, y después calculó el largo del nervio desde el cerebro hasta los músculos de la lengua y de la boca.

Considerando que cada letra necesitaba un impulso nervioso, multiplicó el número de letras pronunciadas en un minuto por el largo del nervio. Este cálculo le dió por resultado que la velocidad de la transmisión nerviosa del cerebro es de 46 metros por segundo. El experimento de Halle, sin embargo, era defectuoso, porque no había tenido en cuenta el hecho de que el acto de la voluntad y el de la contracción muscular requieren tiempo.

Investigaciones más recientes y más precisas han dado resultados diferentes. Helmholtz, después de muchos experimentos, dice que la velocidad del pensamiento es de 34 metros por segundo. Este cálculo se acepta por muchas personas como el más aproximado, y demuestra que la velocidad del pensamiento no excede de mucho á la de un tren expreso.

Las ranas y sus rarezas

No se puede ver á una rana nadando sin que sorprenda el extraordinario parecido que en aquel acto tiene con la forma del cuerpo humano, y la perfecta identidad de sus extremidades inferiores con las del hombre cuando éste hace los mismos movimientos en las mismas posiciones. Pero no hay hombre que, en proporción á sus dimensiones, pueda igualar el desarrollo muscular y la prodigiosa fuerza que tienen las ranas en sus patas de atrás. Un hombre que dispusiera de ese desarrollo y de esas fuerzas, daría fácilmente saltos de 30 metros de altura, y salvaría de un solo salto distancias de 76 metros.

La rana, es en cierto modo, una especie de compendio viviente de la doctrina de la evolución de las especies. Principia su vida como pez, nadando debajo del agua y moviéndose con ayuda de la cola; su sistema circulatorio, sus órganos de respiración y su corazón, son los de los peces. No tiene ni rastros de miembros. En ese estado se alimenta de substancias vegetales. Después la rana cría pulmones y patas, pierde gradualmente la cola, aprende á comer alimentos animales, y en su forma adulta se parece al hombre. Si no conociéramos sus transformaciones, jamás sospecharíamos que la rana había sido pez.

Otro parecido, y éste es de carácter moral, tiene con el hombre.

La vida de los animales se concentra ge-



Un macho de rana de las islas Seychel

neralmente en los deberes de la reproducción de la especie y de la maternidad. Únicamente las ranas, y algunas veces el hombre y muy raros animales, descuidan el cuidado de la prole. Las ranas no sólo se limitan á poner los huevos, que luego abandonan, sino que se les hacen agua sus enormes bocas al contemplar un renacuajo ó una ranita joven: las crías son para ellas el manjar más exquisito.

Si se quiere experimentar esto, colóquese una vasija de cristal llena de renacuajos junto á las paredes de un acuario donde haya ranas; se verá á éstas lanzarse hacia las crías, no para hacerlas caricias, sino para devorarlas, y tan rabiosa llegan á ponerse á fuerza de dar topetazos contra las paredes



Una rana de las que hacen nido llevando el macho á cuestras

de cristal, que acaban por morderse unas á otras.

Sus amores son tan breves como los de los peces.

En determinada época del año el instinto junta á los machos con las hembras é inmediatamente se separan hasta que vuelve el mismo período. Los huevos, una vez puestos, quedan abandonados á su suerte.

Sin embargo, no siempre sucede así. El instinto de la maternidad se desarrolla en las ranas según el número y el tamaño de los huevos que ponen. Si el número de los huevos es grande y el tamaño de éstos pequeño, la rana no se cuida, ni con mucho,



Ranas del Africa oriental

de la cría; pero si el número de huevos es pequeño, éstos suelen ser grandes, y entonces la rana cuida de ellos. En general, de cada mil huevos que ponen las ranas que no cuidan de sus hijos, sólo sobrevive uno; los demás son devorados ó se pierden por accidentes naturales.

Entre las ranas que ponen huevos gordos y que cuidan de ellos, la más interesante es quizá una descubierta no hace mucho y que hace verdaderos nidos. Es la «ferreiro» ó «herrera» (*Hyla faber*) del Brasil.

Su descubridor, el doctor Goeldi, que le ha estudiado cerca de las costas de la bahía de Río Janeiro, describe así la manera que tiene de hacer sus nidos: «Vimos moverse el agua y asomar á la superficie una masa de lodo empujada por una rana, la cual no sacó fuera más que las dos manos. Zambullóse otra vez, y después de algunos momentos trajo otra carga de lodo y la echó junto á la primera. Repitió esto muchas veces, y el resultado fue que quedó construída una muralla circular. De vez en cuando la rana aso-

maba la cabeza y la parte delantera del cuerpo al traer alguna carga.»

Pero lo que nos sorprendió grandemente, fue la manera que tenía de hacer uso de las manos para dar forma á la pared de barro y alisarla, lo mismo que pudiera hacerlo un albañil con su paleta, sobando cuidadosamente la parte alta del muro y dejando sin alisar la parte externa. El nido ya construído podía compararse á un cráter de un volcán en miniatura ó á una cazuela de un pie de diámetro llena de agua.

«La hembra es la que hace toda la obra, y lo más curioso es que, mientras la verifica, lleva á cuestras al marido.»

Cuatro ó cinco días después de terminado el nido circular, la hembra deposita en él los huevos, y allí los renacuajos se crían en relativa seguridad, sirviéndoles el muro de barro de defensa contra los enemigos exteriores. El movimiento del agua no tarda muchas semanas en derruir los muros, y entonces los renacuajos, ya fuertes y en muchos casos ya convertidos en ranitas, se encuentran en el agua libre cuando ya están en disposición de huir con rapidez ó de defenderse. Sabido es que otras ranas llevan los huevos á cuestras hasta que su desarrollo es completo; esta tarea incumbe, por lo general, á los machos.

De tales clases de ranas la más interesan-



La rana nadando



El hombre nadando

te es la *Anthroleptes seychelenses*, que se cría en las islas Seychel. La hembra pone los huevos en terreno húmedo ó maderos podridos, y en cuanto salen los renacuajitos se suben encima de su padre, el cual los lleva consigo á todas partes; estos renacuajitos salen ya con rudimentos de patas y tienen tanta fuerza adhesiva que se pegan á un cristal ó á las paredes de una vasija de barro con tanta fuerza como á los lomos de su progenitor.

En otra especie descrita por el doctor Goeldi, la *Hylagoeldii*, la hembra tiene en la espalda una depresión parecida á una cuchara, dentro de la cual recoge sus propios huevos, hasta que se crían.

Mucho se ha hablado de la facultad que tienen las ranas de hincharse de un modo desmesurado, lo cual dio origen á una fábula famosa. El fabulista debió conocer á la rana que ha sido descubierta, hace poco, en el Africa Oriental y que se llama *breviceps*. Es la rana que más se hincha: Su color es pardo oscuro, casi negruzco, y cuando quiere se le dilata la piel hasta el extremo de que el animal parece una bola de goma hinchada, hasta el punto de reventar.

Por último, entre las altas yerbas de las llanuras argentinas se encuentra otra rana de gran tamaño y muy atrevida que se lanza contra sus enemigos, se coge á ellos con la boca y con las patas con la tenacidad de un perro de presa, y á lo mejor lanza sonidos que parecen enteramente el ladrido de un perro.

Tiene la costumbre de enterrarse en el suelo, no dejando expuestas más que las espaldas.

Allí aguarda pacientemente á que pasen las presas, tales como otras ranas, pájaros, ratones de campo, etc., sobre las cuales se precipita, y en el acto los devora.

Algunas veces le sucede saltar contra alguna lechuza ó alguna serpiente, y entonces se entraba la cuestión de quién es el que se come á quién.

Las últimas hazañas de antropófagos

UN MILLONARIO Y UN MISIONERO COMIDOS—LOS DEVORADORES DE NARICES

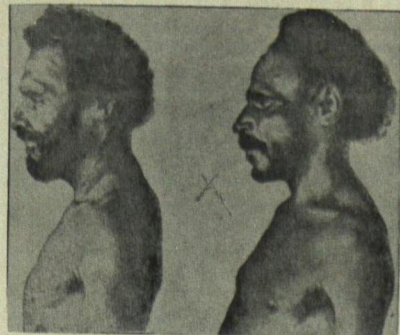
Papua ó Nueva Guinea, una de las islas mayores del mundo, viene sirviendo de refugio á los caníbales más empedernidos que se conocen.

Ultimamente estos antropófagos han realizado dos fechorías que probablemente serán la causa decisiva de que las naciones civilizadas acaben con aquella raza de salvajes.

Se han comido á un millonario alemán, gran explorador, que había ido á estudiar aquellos países y á sus habitantes; en un tris-ha estado que no se coman igualmente nada menos que á un soberano europeo, aunque de menor cuantía, al príncipe de Mónaco, y han guisado y han devorado igualmente á un misionero famosísimo por sus obras describiendo á aquellos salvajes, y que había vivido entre ellos nada menos que treinta años, y había hecho constantemente su apología, diciendo que lo de comer carne humana era falta leve que no impedía que los papuanos fuesen personas muy decentes, muy carifosas y muy agradecidas.

Por el asesinato del explorador y millonario alemán, Bruno Mencke, el Emperador Guillermo, hombre de resoluciones enérgicas y rápidas, dispuso en el acto que vaya á tomar venganza, bombardeando las costas de Nueva Guinea, un poderoso barco de guerra alemán.

Bruno Mencke era hijo de uno de los grandes potentados industriales de Alemania. Su afición á los viajes de exploración absorbía su vida, y en el que organizó á Nueva Guinea estuvo á punto de acompañarle el príncipe de Mónaco; pero á última hora éste renunció al viaje, y lo único que hizo fue ceder á Bruno Mencke su hermosísimo yate llamado *Princesa Alicia*, en el que había hecho numerosos viajes por todos los mares del mundo. El yate está armado en guerra, está decorado con la mayor suntuosidad y dispone de



Tipos de papuanos antropófagos

los aparatos más ingeniosos y más completos para el estudio de la vida animal y vegetal en el fondo de los mares.

Bruno Mencke salió para Nueva Guinea, y se hizo acompañar de varios hombres de ciencia. El recibimiento que le hicieron los indígenas no fue muy halagüeño: en cuanto el yate echó anclas, se vió rodeado por algunas cuantas docenas de piraguas de guerra de grandes dimensiones, cuyos tripulantes, desnudos como nuestro padre Adán,

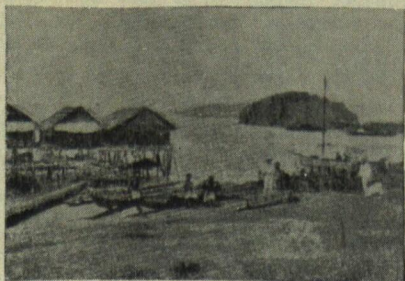


Piragua de guerra

hicieron caer sobre la *Princesa Alicia* un verdadero diluvio de flechas envenenadas. Hubo que disparar unas cuantas granadas para dispersar á aquellos salvajes.

Transcurrieron algunos días, durante los cuales un fogonero malayo que el *Princesa* llevaba á bordo bajó á tierra y entabló negociaciones de paz con los indígenas. Creyóse que todo estaba arreglado, y el Mencke desembarcó con los naturalistas y antropólogos y demás hombres de ciencia que había llevado consigo, y como precaución se hizo acompañar de buena parte de la tripulación del barco.

Llegó la noche, y el Mencke no volvía. Pasó el día siguiente, y la ausencia continuó. Entonces el oficial que había quedado á bordo del *Princesa Alicia* se decidió á operar un desembarco en busca de su jefe. Sólo encontró al médico Heinroth, que, mal herido por una flecha envenenada, había logrado acer-



Puerto Moresby, en Nueva Guinea

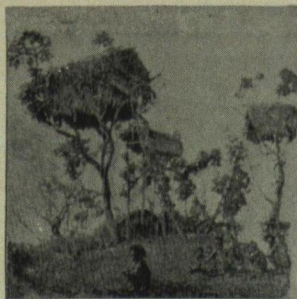
carse hasta la playa y estaba haciendo señales pidiendo socorro al barco.

El doctor contó con todos sus horrores la espantosa tragedia á que había asistido.

Los indígenas, que indudablemente habían sido prevenidos por alguien, dejaron que Bruno Mencke y sus compañeros penetraran bien adentro en el bosque, y cuando los tuvieron á su merced, dispararon contra ellos miles de flechas, desde los árboles donde los canibales se habían emboscado. El doctor vio sucumbir así á todos sus compañeros y amigos, y él tuvo la suerte verdaderamente milagrosa de no ser visto cuando cayó herido. Se hallaba, sin embargo, tan cerca, que pudo ver cómo arrastraban á su jefe y á otros expedicionarios hasta llevarlos cerca de una hoguera que encendieron los antropólogos, y sobre la cual pusieron una inmensa caldera. El joven millonario y los demás europeos fueron despedazados, y sus miembros, todavía palpitantes, echados dentro del caldero.

Otras partes de los cuerpos fueron asadas sobre las brasas, y el color de la carne tostada llegaba hasta el médico.

En cuanto el doctor y el oficial volvieron á bordo no se perdió ni un minuto en apañar para huir de aquellas playas. La tarea no fue fácil, pues sólo quedaban dos marineros hábiles para las maniobras y para mantener encendidas las máquinas.



Casas de papuanos construidas en los árboles

El fogonero malayo había desaparecido, y hay fundadas sospechas de que se había puesto de acuerdo con los antropófagos y les había avisado cuándo pensaba desembarcar Bruno Mencke y hacia qué punto tenía proyectado dirigirse. Bruno Mencke era bastante imprudente al hablar de sus negocios y de su dinero delante de todo el mundo, y un par de días antes de desembarcar había dicho, en sitio donde podía oírlo el fogonero malayo, que á bordo llevaba una gruesa cantidad de dinero y además un cheque por muchos miles de duros que tenía que cobrar en Australia cuando tocara en aquella isla. Sin duda, el plan del fogonero fue matar primero á su jefe y á los principales de á bordo, y apoderarse después del *Princesa Alicia*, ayudado por sus paisanos los antropófagos. Es una tragedia que parece ideada para una novela de Julio Verne y que, sin embargo, ha sucedido en la vida real. Los papuanos pagaron caro el plato del millonario alemán que se han comido. Se conoce que los antropófagos tienen preferencia por la carne de alemán porque, ¿quién no recuerda al alemán en salsa de que se habla en *Los Sobrinos del Capitán Grant*.

El doctor Chalmers, el misionero de quien hemos hablado al principio de este artículo, era un hombre de la mejor buena fe y que parecía ser querido por los antropófagos, entre los cuales se estableció. Y en efecto, tanto lo querían, que se lo han comido. En una de las cartas que había escrito últimamente describiendo aventuras de sus viajes en Nueva Guinea, decía inocentemente:

«Mi despedida de este pueblo para trasladarme á otra parte de la isla, ha sido conmovedora. Estos pobres salvajes, á quienes no sé por qué llaman inmorales, acudieron en masa y me pedían que volviese pronto. Uno de los viejos se acercó á mí enseñándome los restos de una olla y pidiéndome que cuando volviese les llevase otras ollas, y más pucheros, pues la mitad de sus fiestas canibales perdían su encanto, porque no tenían donde recoger la salsa. Otros muchos me pedían que me quitara la camisa y les enseñara el pecho, con objeto de que pudiesen mirarlo y palparlo. No tuve inconveniente en complacerlos, y se asombraban y se extasiaban tocándome las carnes. Todo se les volvía pedirme que por Dios volviese pronto y que no les diese un desengaño con mi ausencia.»

El palpar de carnes fue sin duda lo que abrió el apetito á los canibales, porque en cuanto el misionero regresó á aquel pueblo, lo mataron y lo guisaron. Debí saberles muy bien aquel banquete, porque ya tenían pucheros: los que había llevado la víctima.

En otro párrafo de los relatos de viaje del doctor, se lee:

«He almorzado bastante bien entre estas gentes, y hubiera disfrutado más de la comida si no hubiese tenido alrededor tantos cráneos humanos, algunos de ellos demasiado frescos todavía. Los conservan en la choza que me han dado, porque los están limpiando; pero

en cuanto los tengan bien secos, los colocarán en estacas todo alrededor de ella.

«Estas gentes tienen algunas costumbres bastante sucias. Una de ellas (no puedo describirla más que en parte), consiste en que, cuando en el combate cae un enemigo, todos corren hacia él, y el primero que le arranca de un bocado la nariz, y se la traga, es considerado como mayor héroe y como personaje más importante que el que hirió ó mató al enemigo.»

Médicos envenenadores

El veneno es el instrumento de que se valen la mayoría de los asesinos de nuestros tiempos, y de veinticinco médicos que han figurado en procesos célebres durante estos últimos años, veinte emplearon el veneno para matar á sus víctimas.

Algunos de ellos lo hicieron en condiciones que ningún novelista es capaz de imaginar. Véanse los casos á que nos referimos.

El profesor Beurigard, de Buenos Aires, era en 1894 una de las personas más distinguidas de la capital argentina. Sus demostraciones bacteriológicas le habían conquistado un nombre entre la gente de ciencia. Daba comidas á las cuales concurría lo más selecto de la sociedad. Su cocinero y su mayordomo procedían de París.

Empezó á notarse que algunas de las muchas distinguidas personas de Buenos Aires que habían comido en casa del profesor Beurigard se morían. Cuando se llamó la atención de las autoridades sobre aquella coincidencia, llegaba á quince el número de sus supuestas víctimas. En algunos casos se había hecho la autopsia de los muertos, y los médicos habían declarado que la muerte era producida por fiebre amarilla unas veces, y por cólera otras.

Apareció, sin embargo, un testigo que declaró haber oído á Beurigard jactarse de que podía matar á los habitantes de toda una ciudad sin que le descubrieran, y que comparados con él todos los envenenadores habidos y por haber, incluso los Borgia, eran unos chancletas. Fue preso, y entre los testigos llamados á declarar contra él, figuró su mayordomo. Tanta impresión produjo á Beurigard la aparición de su antiguo criado de confianza, que comprendiendo que no tenía salvación se tragó una dosis de hidrocianuro que llevaba siempre en una cápsula dentro de un hueco que se había hecho en uno de los dientes y murió.

El mayordomo reveló entonces que el doctor Beurigard se había estado entreteniéndolo durante mucho tiempo en inocular á sus convidados gérmenes del cólera y de la fiebre amarilla, experimentando así *in corpore vili* su teoría sobre los bacilos.

Administraba en hielo los gérmenes del cólera, procedimiento que no afectaba su vitalidad, y el hielo infeccionado de este modo se partía en pedacitos y se servía en las copas de crema de menta que tomaban los convidados después del café.

El doctor Palmer, un inglés de buena posición que ejercía á un tiempo las funciones de médico y de juez, fue el primero de los asesinos modernos que hizo uso de la estricnina.

Dícese que los Borgia inoculaban arsénico en el cuerpo de un cerdo, colgaban éste al sol hasta que se pudría é iban recogiendo el líquido incoloro que destilaba la carne corrompida y así formaban su famoso veneno; pero la ciencia moderna hubiera descubierto el rastro del arsénico aun entre lasptomina con que trataban de mezclarle los Borgia, porque los venenos minerales son indestructibles.

Comprendiéndolo así el doctor Palmer, eligió la estricnina como veneno vegetal de los que menos rastros dejan.

Para que sus crímenes no fueran infructuosos aseguraba la vida á sus víctimas tomando pólizas á su favor. Envenenó primero á su madre y á su hermana. Trató de hacer lo mismo con su lacayo, el cual abandonó su servicio en vista de lo mal que se ponía de salud. A otro amigo á quien debía dinero administró también no pocas dosis de estricnina; pero el amigo tuvo la buena ocurrencia de marcharse á Londres á buscar otro médico. Poco á poco el doctor Palmer fue creciendo en audacia, y cuando envenenó su víctima segunda, á su antiguo amigo Cook, le administró el veneno públicamente, como medicina, en un hotel y en presencia de una porción de testigos. Conocía perfectamente las dosis que debía dar y los efectos que iba á producir; y cuando se presentaron las convulsiones por la acción del veneno en la médula espinal, dijo tranquilamente que eran efectos de la demasiada acción de Cook á las bebidas alcohólicas.

En su agonía, Cook, que era un amigo sincero del envenenador, suplicaba á éste que le diese algo para calmar su espantoso sufrimiento. Palmer le administraba entonces con mucha calma otra dosis de estricnina.

Su práctica como médico y como juez y su natural talento no bastaron á salvarle. Se vendió á sí mismo, como ha sucedido á casi todos los criminales ilustrados.

Llegó á confiar tanto en sí, que hasta se atrevió á poner el nombre de *Estricnina* á un caballo suyo de carreras; y aun cuando no sospechaban de él por la muerte de Cook, tuvo la imprudencia de ofrecer una cantidad al criado del laboratorio encargado de llevar á las autoridades el frasco que contenía las vísceras del muerto para su examen después de la autopsia.

El doctor Buchanan, ejecutado en 1895 por envenenamiento de su mujer, era un hombre excesivamente hábil. Baste decir que ideó la diabólica combinación de administrar á su víctima simultáneamente morfina que produce letargo y contrae las pupilas de los ojos, y atropina, que produce delirio y dilata grandemente las pupilas. Las dos sustancias son altamente venenosas y estaban destinadas á sembrar la confusión en el ánimo de los médicos y químicos más expertos. Se hubiera salvado á no ser por sus imprudentes conversaciones que le delataron.

El doctor Freitas era en 1893 uno de los profesores de medicina más conocidos de Lisboa. Cuando sus enfermos se morían, nadie soñaba en la necesidad de hacerles la autopsia. Pero cuando el doctor Freitas empezó á hablar jocosamente sobre la facilidad con que se podían tener herencias, y se recordó que su cuñado D. José de Sampaio, el hijo de éste y dos hijas de D. José y el conocido profesor doctor Goubeilla, habían muerto en poco tiempo, la policía hizo secretamente un registro en casa del doctor Freitas. Encontraron en ella dos vasijas de cristal con los cuerpos de dos niños recién nacidos, que habían vivido, y además, en su laboratorio una cantidad de un poderoso veneno vegetal abisinio. De éste se servía para introducirlo en el cuerpo de sus víctimas por medio de una jeringuilla aparentando que les daba inyecciones de morfina.

Es una fortuna que no abundan médicos como Beaurigard y Freitas.

El doctor Esteban Eotvos, de Hungría, se dedicaba en 1887 á sacar de pena á sus enfermos moribundos administrándoles dosis de ácido prúsico. Era un hombre muy compasivo.

Otros de los casos más notables de la historia criminal de nuestros tiempos, es el del doctor Neill. Era un verdadero Jack el Destripador, pero en vez de cuchillo usaba el veneno. Había hecho un estudio profundísimo y minucioso de la toxicología y la dominaba mejor que Orfila. A consecuencia de un asesinato cometido por él en circunstancias atroces, puesto que á un frasco de medicina recetada por él para una enferma añadió una dosis

mortal de veneno, fue sentenciado á cadena perpetua en el Canadá en 1881. Diez años después, fingió tan á la perfección una grave enfermedad, que creyéndole á las puertas de la muerte los médicos recomendaron su indulto, que le fue otorgado. Trasládose á Londres, después de cobrar la herencia de su padre que ascendía á 16.000 dollars.

Una vez en la metrópoli inglesa, eligió la estricnina como remedio rápido y seguro, y se dedicó á envenenar mujeres públicas en las calles. Dió una cápsula de estricnina á la primera infeliz mujer con cara bonita que se encontró (ni siquiera sabía su nombre), diciéndola que la serviría para aliviarla la borrachera que llevaba. La infeliz murió aquella misma noche en el hospital de Santo Tomás de Londres. Después de tomar té con Matilde Clover, otra mujer de la misma clase, la dió otra cápsula á consecuencia de la cual falleció antes de una hora. Se atribuyó su muerte al alcoholismo.

Ignórase á cuántas mujeres mató en Londres de este modo antes de volverse al Canadá. En Quebec fue acusado de envenenamiento de una joven; logró escapar y regresar á Londres, donde aquel mismo año mató en una sola noche con sus cápsulas á Alicia Marsh y á Emma Shrivell. La autopsia demostró que habían fallecido por la estricnina, pero se atribuyó su muerte á suicidio y no á asesinato.

Para que se vea la locura de este monstruo y de casi todos los envenenadores, referimos que cada vez que una de sus víctimas moría en el hospital, el doctor Neill se reía y decía á sus amigos:

«No se ha matado ella, ni se ha muerto de alcoholismo. La han envenenado y yo sé quien lo hizo.»

Llegó hasta escribir cartas á la policía.

Cuando mató á Matilde Clover, tuvo la audacia de escribir una carta á la condesa Russell diciéndola que su marido, el conde, había administrado estricnina á la desdichada.

El doctor Neill fue ahorcado en Londres en noviembre de 1892.

Muchos otros casos de envenenadores célebres podríamos citar, pero ninguno superaría en interés á los que hemos enumerado.

Antropología

Valor numérico del hombre. — Fórmula sencilla para determinar el vigor y la aptitud física. — Para los soldados y los hombres en general. — Perímetro del pecho, peso y talla.

La fuerza física, el vigor y el estado de salud son cosas tan preciosas, que sería de gran utilidad poderlas apreciar por medidas sencillas, así como también sería muy provechoso conocer á primera vista la aptitud de un soldado para el servicio militar. El doctor Pignet, primer ayudante de 1.^a clase en la 35.^a de artillería, ha ideado, en efecto, un método de apreciación del estado de vigor individual, que puede ofrecer rápidamente datos interesantes.

Con sólo algunas breves medidas, puede definirse al prójimo y darle un certificado de constitución, bueno, pasable ó malo, que representa el «valor numérico» del hombre, según la definición de Pignet. Esta expresión es algo convencional, pero suficiente para definir lo interesante: la resistencia del hombre á las fatigas, á las enfermedades; en otros términos, su capacidad física.

¿Deseáis saber si vuestro hijo tiene buena constitución, si vuestro yerno es robusto y puede desafiar las enfermedades? Tomad un metro, medid el tallo y el perímetro torácico, y en seguida determinad su peso. Tendréis naturalmente tres números. Pues bien, el valor numérico, como lo entiende Pignet, es sencillamente la diferencia entre la cifra que representa el tallo y la suma obtenida sumando el perímetro y el peso.

Ejemplo: Un hombre de veintinueve años de edad, tiene una circunferencia torácica de 80 centímetros y 60 kilogramos de peso. Se suman 80 y 60, y el total 140 se resta del

talle que suponemos de 1 m. 60. La diferencia es de 20: 20 es, pues, el valor numérico de este hombre muy vigoroso. Por el contrario, un hombre que mide 75 centímetros de perímetro torácico, pesa 60 kilogramos y tiene 1 m. 70 de tallo, tendrá un valor numérico de 34. Se deducirá, á primera vista, que siendo el valor numérico del segundo mayor que el del primero, el débil es el más robusto. La fórmula de Pignet tiene el error de presentar números inversos, pero cuando se está prevenido, ya el error no puede subsistir. También una cantidades que no son homogéneas, pero si expresan bien los hechos, pueden perdonarse estas pequeñas irregularidades.

Pignet examinó su fórmula en 510 reclutas y encontró que ofrecía una medida exacta de la aptitud física de todos aquellos jóvenes; y ha hecho el siguiente cuadro, adecuado á la fórmula:

Valor numérico

Inferior á 10—Constitución muy fuerte
De 15 á 15—Constitución fuerte
De 16 á 20—Constitución buena
De 21 á 25—Constitución regular
De 26 á 30—Constitución débil
De 31 á 35—Constitución muy débil

Sobre 35—Constitución muy mediocre

Sobre 35, el valor numérico implica inaptitud completa para el servicio militar. Así, un hombre que no mide sino 76 centímetros de contorno torácico, pesa 50 kilogramos y tiene 1 m. 60 de tallo (valor numérico 34) no tiene ya aptitud suficiente para entrar en servicio; y con mayor razón, si mide 78 centímetros de perímetro, 1 m. 75 de tallo y pesa 52 kilogramos: valor numérico 45. No se encuentran sino rarísima vez jóvenes de veinte años que tengan un valor numérico vecino al cero: por ejemplo: 90 de perímetro, 81 de peso y 1 m. 70 de tallo.

El perímetro torácico tiene el papel preponderante entre los tres factores que representan el «valor numérico» de Pignet: con un pequeño contorno torácico no puede obtenerse un valor numérico conveniente. La influencia del peso atenúa lo que tiene de demasiado absoluta la consideración del perímetro. El estudio en los 510 hombres del regimiento ha demostrado á Pignet que el soldado es tanto más propenso á enfermedades cuanto que su valor numérico es más débil.

Estas observaciones confirman los estudios publicados en 1876 por Vallin sobre los modos de la medida de aptitud de un soldado. Ahora le corresponde á cada uno comprobar la fórmula y asegurarse de su propio vigor y de sus aptitudes físicas.

HENRI DE PARVILLE.

El gran contraveneno

A poco que apuren sus patrocinadores, el remedio que consiste en las tracciones rítmicas de la lengua, va á resultar una panacea completa y absoluta para todos los males de la humanidad.

Ahora, fundándose en que muchos venenos de origen vegetal y animal, tales como los que usan los salvajes de Africa y de Malasia para envenenar sus flechas, producen la muerte por medio de perturbaciones cardíaco-pulmonares, cuya consecuencia definitiva es la afixia, se recomiendan las tracciones rítmicas de la lengua para salvar á los envenenados de ese modo, lo mismo que á cualquier individuo que se esté afixando.

De igual modo, las personas picadas por serpientes venenosas deben recurrir á ese sistema. El doctor Laborde, que es el gran profeta de las tracciones, y que ha publicado acerca de ellas muchos artículos y algunas obras, afirma que durante las campañas de los franceses en el Alto Níger, varios soldados heridos por proyectiles envenenados por los salvajes, se salvaron aplicándoles los procedimientos de la respiración artificial, y sobre todo de las tracciones rítmicas de la lengua.

Anécdotas de Roosevelt

El nuevo Presidente de los Estados Unidos

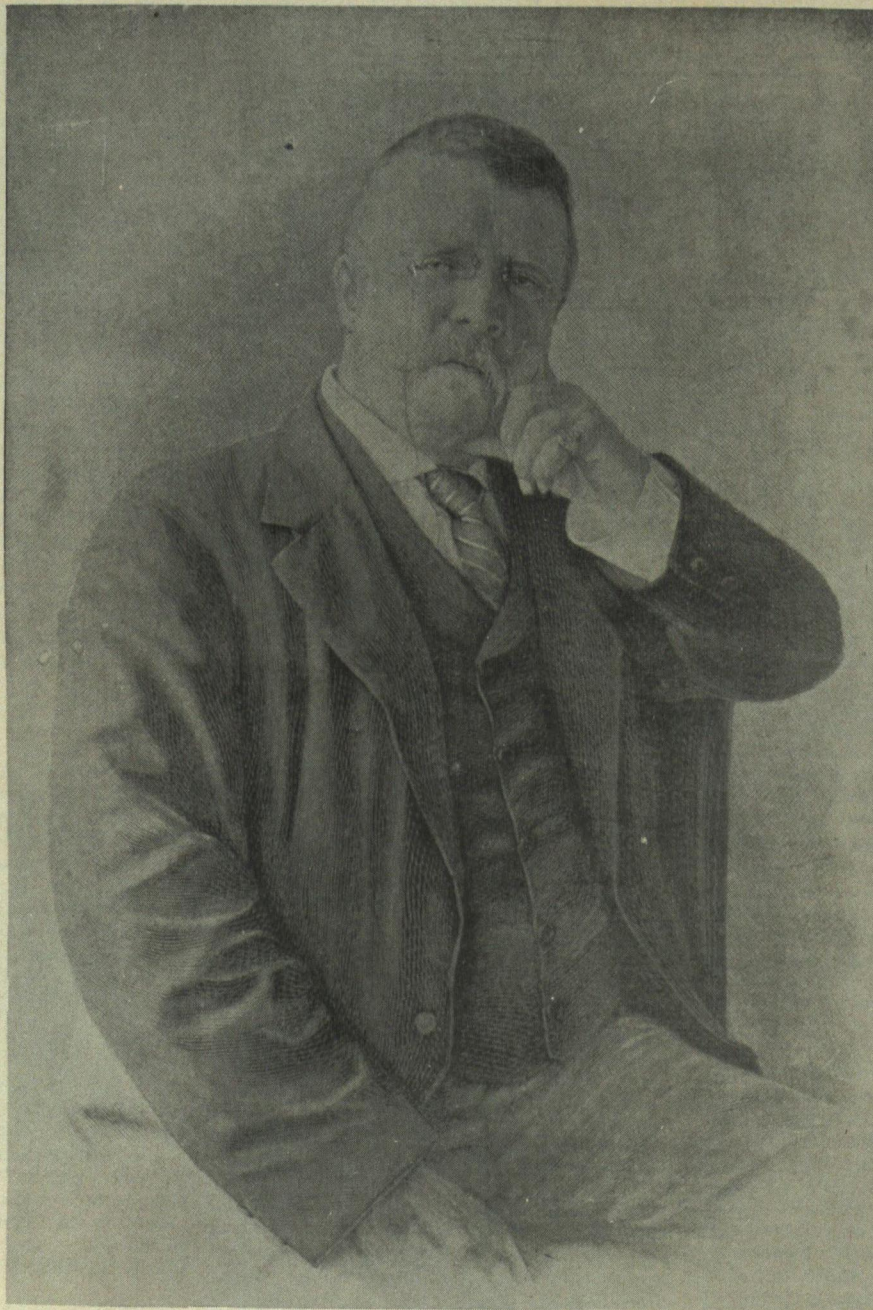
Al salir de la Universidad, á los veintún años, Roosevelt se metió en política, y no tardó en ser el jefe de la minoría en el Parlamento de su Estado. Al mismo tiempo se dedicó á viajar, pues la fortuna de su padre le permitía este lujo, y todos los años iba á Europa y pasaba unos cuantos meses en Inglaterra.

Por aquel entonces se dedicó también á la literatura, y publicó escritos sobre viajes y un estudio histórico titulado *La guerra naval de 1812*.

De repente, el actual presidente de la república norteamericana desapareció del mundo y nadie sabía dónde estaba.

Roosevelt se había ido á las Tierras Malas del West, donde se labró él mismo una casa hecha con troncos de madera, y vivió entre los vaqueros, ó *cowboys*, como allí los llaman, durante una porción de tiempo. Al principio, los cowboys se burlaban de aquel señorito con gafas que había ido á establecerse entre ellos, sin objeto alguno determinado; pero Roosevelt se hizo respetar muy pronto. Aguantó, con buen humor, todas las bromas, algo rudas, pero de buen género, que quisieron darle los cowboys, como se las dan á todo novato; pero en cuanto alguno de los vaqueros quiso imponerse ó insultarle, lo desafió, no á un duelo de revólver ó á carabina Winchester, sino buenamente á boxear con él, y generalmente el estudiante de aspecto delicado venció al fuerte y rudo cowboy. Es que Roosevelt, gran aficionado á todos los deportes y además hombre de carácter combatiente, había aprendido á la perfección, desde muy niño, el arte del boxeo, y no se cansa de contar que, estando en el colegio, había allí un muchachote mucho más grande que él, y muy brutal, que hacía de matón; Roosevelt lo desafió infinitas veces, y siempre fue vencido por él, hasta que un día consiguió dominarle y darle una paliza, que amansó para siempre al perdonavidas. Roosevelt acabó por ser el ídolo de los rancheros de las Tierras Malas, y así se explica que cuando vino la guerra contra España bastó un recado suyo para que en el acto se alistaran á sus órdenes los vaqueros que formaron el núcleo de su famoso regimiento de rough-riders.

Aunque ha tomado parte activísima en la política, no se ha afiliado jamás á ningún partido.



MR. ROOSEVELT, Nuevo Presidente de los Estados Unidos

El *debut* que hizo en el Parlamento pinta perfectamente su carácter, porque su primer discurso fue contra Jay Gould, el potentado archimillonario, contra la tiranía de los grandes millonarios en general, y contra los *trusts* entonces nacientes. Todo el mundo se quedó aterrado, porque hasta entonces nadie se había atrevido á atacar abiertamente aquellos colosos. El, sin embargo, continuó su campaña durante toda la legislatura.

Su carácter de luchador le ha puesto en mil compromisos durante su vida política, y le ha servido de ocasión para alcanzar grandes victorias. Ha puesto siempre el mayor empeño en combatir y hacer desaparecer los abusos. Cuando la corrompida organización política, llamada Tammany Hall, estaba en el apogeo de su poder y era señora de vidas y haciendas en Nueva York, Roosevelt emprendió una campaña tremenda contra ella y se presentó candidato para la alcaldía de Nueva York, con objeto de desmenuzar á Tammany Hall. Fue derrotado, pero pocos años después, habiendo triun-

fado un reformista, Roosevelt se encargó de la jefatura de policía de Nueva York; y de un cuerpo, como aquél, que se componía casi exclusivamente de agentes políticos, á quienes se permitía todo, incluso proteger por dinero á los criminales practicar el *chantaje* de una manera escandalosa, haciendo víctima de él á las personas honradas, hizo un cuerpo sano y perfectamente útil. Durante aquella temporada, Roosevelt visitaba por sí mismo, á horas inesperadas del día y de la noche, las estaciones de policía, las tabernas y los demás establecimientos públicos, y su severidad era proverbial para castigar á cuantos faltaban á las leyes ó á los reglamentos. Los taberneros de Nueva York y los dueños de salones de recreo eran omnipotentes por sus grandes influencias políticas; Roosevelt no los dejaba vivir, obligándoles á cerrar á las horas que disponían las ordenanzas, y permitiéndoles el juego. Todos estos elementos se conjuraron contra el jefe de policía, y jamás se la visto en los Estados Unidos campaña más violenta que la que hizo buena parte de la prensa contra él. Pero Roosevelt salió, al fin y al cabo, triunfante.

Mac-Kinley lo nombró subsecretario del Ministerio de Marina, donde la primera determinación que tomó fue triplicar el crédito que había para compra de municiones destinadas á prácticas de cañón, y ordenó que la marina hiciese constantemente ejercicios de tiro al blanco, comprendiendo la importancia de una puntería acertada en tiempo de guerra.

Al declararse la guerra contra España, Roosevelt, que con sus discursos y con sus actos había ayudado mucho á ella, dimitió la subsecretaría de Marina para ponerse al frente del regimiento de rough-riders, que él mismo había organizado, y que llevó al sitio de Santiago de Cuba. Con tanta valentía se portó en la guerra y tan bien cuidó á su gente, que á su regreso á los Estados Unidos era ya uno de los hombres más populares de la nación; no le costó ningún trabajo ser elegido gobernador del Estado de Nueva York, que es quizá el cargo más importante de la república, después del de presidente. Luego le eligieron vicepresidente, pero contra toda su voluntad. Para nadie eran un misterio las grandes probabilidades que tenía de ser elegido presidente en 1904, pues difícilmente se encuentra en los Estados Unidos

un político de tanta popularidad como la suya.

Es un gran cazador, que se pasa largas temporadas en las montañas rocosas persiguiendo reses mayores, y sobre todo osos. No hace mucho estuvo á punto de perecer bajo las garras de uno de estos animales, á quien no había podido matar en los tres disparos que le hizo, á pocos pasos de distancia. En la fuga que se vió obligado á emprender, Roosevelt tropezó y cayó, y tenía ya al oso casi encima, cuando, incorporándose, pudo meter otro cartucho en el rifle, y disparar con tanto acierto, que mató del tiro al oso, el cual cayó sobre él.

En una de esas expediciones de caza, le sorprendió, como es sabido, la noticia del atentado contra Mac-Kinley.

SUETOS EDITORIALES

TOMAS MASSIANI

Acusamos recibo de la circular de la distinguida familia de Massiani, fechada en Carúpano, en que se nos participa la muerte del señor Tomás Massiani, Agente de la Compañía General Trasatlántica, acaecida en aquella ciudad el día 9 de octubre.

Rogamos á Dios por el descanso de su alma y damos el pésame á los deudos del finado.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

A las trescientas obras publicadas hasta ahora por la CASA EDITORIAL MAUCCI de Barcelona, una de las más infatigables de España en la noble tarea de difundir la cultura, podemos agregar las cinco nuevas publicadas en el mes de septiembre:

La Monja, por Diderot; *Los Cruzados*, por Sienkiewicz; *La Verdadera Vida*, por Tolstoi; *Cinco Años de mi Vida*, por Dreyfus; *Amor y Libertad*, por Tolstoi. *Amor y Libertad* de Tolstoi es donde verdaderamente se penetra el lector de los grandes ideales del incomparable artista, como le llaman los franceses, entusiastas admiradores del severo asceta ruso, y realmente, *Amor y Libertad*, es una obra que deben leer cuantos deseen seguir al gran pensador en el largo proceso de sus obras.

Uno de los mejores capítulos de la obra es el que trata del *Amor*; último trabajo de Tolstoi traducido expresamente del inglés para la Casa Maucci, en el cual se ponen de relieve las mejores enseñanzas del maestro ruso.

Tiene lista ya la obra de Ponson du Terrail, *Los Ladrones del Gran Mundo*, en siete elegantes tomos, con hermosas cubiertas al cromo, titulados: i. *Cartahut ó el Buque Fantasma*. ii. *El Misterio del Pasaje del Sol*. iii. *El Señor de la Montaña*. vi. *El Sacrificio de Juana*. v. *Mousseline la Vengadora*. vi. *Las Celdas de Olimpia*, y vii. *El Desafío de Amor*.

Además, dará á luz también entre otras obras, una en dos tomos, tan notable como el célebre *Quo Vadis?* de Sienkiewicz, titulada *Ben-Hur*, (una historia de Cristo), del afamado autor norteamericano Lewis Wallace, de cuya obra se han vendido ya en Inglaterra, más de cuatrocientos mil ejemplares.

La CASA MAUCCI es una de las más populares de España y acaso la que mayores elementos reúne, en todos los mercados de la América latina, pues contribuye eficazmente á la confraternidad de la ra-

za, en virtud de la activa difusión del idioma español.

Universidad Central de Venezuela.—De la Quiebra en el Derecho Internacional Privado.—Tesis que presenta el Br. Demóstenes Trujillo Gutiérrez, al optar al grado de Doctor en Ciencias Políticas.

Aniversario de Oro de la Sociedad «Vinculo de Caridad de La Guaira».—1851-Octubre 26-1901.

Horizontes.—Revista mensual, órgano del «Centro Científico-Literario de Ciudad Bolívar».

Tenemos á la vista el número 33, correspondiente al 30 de setiembre de 1901.

El Albor.—Nuevo periódico literario y científico. Son sus Redactores los señores Bres. F. A. García y J. M. Mata Silva; se edita en Asunción.

Hemos recibido el número 1º cuyo sumario es interesante.

Clinica de los Niños Pobres.—Número 152 correspondiente al 1º de noviembre de 1901.

Notas de mi lira, por Guillermo T. Ochoa.—La Victoria, 1901.

Damos las gracias á los señores remitentes.

PEDRO A. SOSA

Ya para entrar en prensa las últimas páginas de la presente edición de *El Cojo ILUSTRADO*, nos llega la dolorosa noticia de la muerte del señor PEDRO A. SOSA, Comerciante comisionista de La Guaira, hombre honrado, inteligente y estimado de todos por su carácter afable y generoso. El señor Sosa fue nuestro Agente durante largos años, y sus servicios á nuestra Empresa fueron siempre desempeñados con eficacia y con afecto.

Lamentamos profundamente su muerte y enviamos la expresión de nuestro dolor, á la viuda señora Prisca de Sosa, á la señora madre del finado, á los hermanos de éste y á sus deudos en general.

CURIOSIDADES AMERICANAS

A propósito de la última novela del escritor cubano Martín Morúa Delgado, lanza el señor M. Márquez Sterling, en *El Figaro* de La Habana, este parralito crítico á los simbolistas (?) venezolanos, entre los cuales incluye al autor de *Ibis* (!)

«La sonoridad del lenguaje se traduce entre los escritores venezolanos, en *simbolismo*: libre el cielo al señor Morúa de tales excesos. Sonora es la prosa admirable de don Juan Valera, más hermosa y más rica que la de Vargas Vila (pongo por venezolano) cuya sonoridad la convierte en ruido incongruente y estrepitoso. El señor Morúa Delgado que tiene en *Sofía* páginas más inspiradas que en *La familia Unzuazu*, sabe bien á que atenerse en este punto. Posee, además, el señor Morúa, en su prosa, no por lo que antes he dicho inarmónica, el secreto de amenizarla, más que por el léxico (acaso en donde estribaría todo el detalle de una crítica empuñada y exigente) por la naturalidad con que expresa las cosas ó describe los paisajes ó traza las siluetas de sus personajes. El *simbolismo* venezolano daría al traste con esa virtud del novelista cubano. Mientras *Sofía* encanta al lector, á pesar del leve defecto que señalo, las novelas del señor Vargas Vila tienen la propiedad del cloroformo, adormecen la inteligencia y abren un paréntesis en la vida.»

Nos imaginamos que el mismo señor Vargas Vila se encargará de despertar la inteligencia cloroformizada del autor de esas líneas.

PESAME

Cumplimos el triste deber de presentar nuestro más sentido pesame á nuestro apreciable colaborador y amigo señor Juan E. Arcia, por el sencillo fallecimiento de su padre, el señor General Justo A. Arcia, quien se distinguió en la sociedad venezolana como correcto caballero, excelente padre de familia y honorable servidor público.

¡Paz para su tumba!

« ESCORZOS »

Puesto de honor en los anaques de nuestra biblioteca de escritores venezolanos tendrá el libro de Graterol y Morles, porque es libro de pensador y de artista, como aparece justificado en el brillante «Prólogo» del joven académico Manuel Fombona Palacio, obra que ya vió la luz pública en las columnas de *El Cojo ILUSTRADO*, como anticipada bienvenida de las letras patrias al valioso volumen del notable escritor occidental.

Las sensaciones é ideas consignados en las cuatro secciones intituladas:—Emociones de arte—Reflexiones—Homenajes y Lauros—Reminiscencias,—determinan una personalidad apta para consumir obras de mayor aliento, en las cuales la crítica habrá de rendir tributo de admiración á la alteza del pensamiento, á la oportuna enunciación de los conocimientos metódicamente adquiridos y, por último, al prestigio atrayente de la forma, de todo lo cual hace gala en sus breves estudios é impresiones de juventud el señor Graterol y Morles.

Mientras viene esa obra, que esperamos en no lejano tiempo, porque bizarramente así lo prometen las facultades de Graterol y Morles, saludamos complacidos la aparición de *Escorzos* y damos las más expresivas gracias al autor por el ejemplar que nos ha dedicado.

NOTA COMERCIAL

Disuelta de mutuo y amistoso acuerdo la sociedad mercantil que giraba en la plaza de Calabozo con la denominación de «Farmacia Miranda» y bajo la razón de Carlos Ascanio y Compañía, son hoy propietarios de dicho establecimiento los señores Palacio & Díaz, firma de la cual forma parte nuestro amigo el señor José de Jesús Palacio, eficaz Agente de *EL COJO ILUSTRADO* en aquella ciudad.

A la nueva razón social deseamos el mayor éxito en sus negocios.

NUESTROS GRABADOS

Josefa Salcedo

Nuestro amigo y colaborador Pedro-Emilio Coll exterioriza al pie del retrato las sensaciones que produjo en su ánimo la presencia de la amable centenaria, reliquia del tiempo de la magna guerra.

Primera página

«Mi tarjeta está en blanco; pero la expresión de mis ojos y la sonrisa de mis labios os dicen que canta la primavera en mi alma y que es mi noble anhelo celebrar con vosotros la primavera de la paz, la primavera del amor: la estación feliz en que la inteligencia, ópalos noble, refleja los colores del iris, y en que los corazones, ocultas celdas del bien, invitan á la fiesta de la fraternidad en la naturaleza y en los espíritus.»

“L'Assommoir”

La escena del drama que ilustra una página del presente número, nos recuerda una frase que pinta expresivamente la prodigiosa fortuna que alcanzó la novela, genitora del drama homónimo. De Alexis es la frase y dice así: «Zola, á quien la popularidad no había mimado hasta entonces, no imaginaba, al escribir *La Taberna*, que iba á abrirse paso por la literatura como una bala de cañón». — De *La Taberna*, como de *Nana* más luego, se tiraron en corto tiempo más de cien mil ejemplares: «hecho inaudito y único en la librería francesa».

La Taberna, — publicada con el nombre de *L'Assommoir*, — es un gran estudio acerca del pueblo de los arrabales parisienses. Y Zola pudo brillantemente llevarlo á cabo porque conocía muy bien á ese pueblo. De niño había vivido en casa de un pariente suyo que era obrero; y más tarde, durante sus años de miseria, vivió también mucho tiempo en medio de los obreros de Montrouge, Saint Jacques y Montparnase. A pesar del pleno dominio del asunto, dilatose escribiendo *La Taberna* mucho más tiempo que sus demás obras de aquella época.

En la fuente

Ante el cuadro de Seignac vuelan en la memoria, como mariposas simbólicas, los sentidos versos de Stefan George:

Hermana, toma el cántaro
de tierra gris;
no olvides la costumbre, y vente luego
en pos de mí.
Hoy há siete veranos que lo vimos:
recuerda..... En tanto
que Él hablaba, nosotras en el pozo
hundíamos risueñas nuestros cántaros!
Después..... un mismo día
nuestro novio perdimos. Hoy, hermana,
iremos á buscar en la llanura
la fuente que sombrean
dos álamos y un haya
para que allí
llenemos en silencio nuestros cántaros
de tierra gris.....

La peste en Roma

Hirschl traza con sentimiento poético una de aquellas conmovedoras escenas con que asoló á Europa la peste negra, cuyo recuerdo creó en la literatura italiana una página inmortal: la célebre descripción de Boccacio.

Fort-de-France

Las vistas del presente número corresponden á la serie que desde el año anterior vienen apareciendo en nuestra Revista.

La defensa del puente

Palpita briosamente la nota épica en el lienzo de Berne-Bellecour; y los pormenores determinan que el artista sabe enlazar con sobriedad, para mérito del conjunto, la técnica de la guerra con los accidentes naturales de la acción.

Laguna de Sinamalca

Las salinas por una parte y por la otra la caza y la pesca han sostenido la población de indios que vive en las cercanías y en la misma laguna, en chosas lacustres, que se comunican por medio de canoas.

Mazeppa

Voltaire, en su historia de Carlos XII, refiérenos que Mazeppa fue paje de Juan Casimiro, Rey de Polonia; y que sorprendido en intrigas amorosas con la mujer de un noble, se le castigó atándolo, desnudo, al dorso de un caballo salvaje.

Como el caballo era del país de la Ukrania,

allí regresó llevando á Mazeppa medio muerto de fatiga y de hambre. Salvado por los cosacos, permaneció algún tiempo entre ellos y se distinguió en varios combates contra los tártaros. La superioridad de su inteligencia le grangeó grandes consideraciones entre los cosacos, y su reputación, que cada día se robustecía, obligó al zar á hacerlo príncipe de la Ukrania.

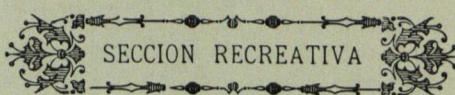
Después de la derrota de Poltava, 1709, huyó á Bender y allí se envenenó.

En esta anotación de Voltaire se basa el bello poema de Byron que popularizó el nombre de Mazeppa. Además de la obra del poeta inglés, contribuyó á acentuar la popularidad del célebre hetman de los cosacos el famoso lienzo de Horacio Vernet, después del cual lienzo han venido otros de relevante mérito, como el de A. Wagner, cuya copia aparece en las páginas de la presente edición.

Hércules libertando á Hesione

Según Ovidio, Laomedonte, Rey de Frigia, concertóse con Neptuno y con Apolo para que, mediante el pago de una cantidad de dinero, le ayudasen á reedificar las murallas de Troya. Concluida la obra, no cumplió el rey su palabra; por cuya razón Apolo, para castigarle, desató la peste sobre el país, y Neptuno envió un monstruo después de una terrible inundación. Los troyanos consultaron el oráculo, y éste les respondió que para que se libertaran de sus daños era necesario reparar la ofensa hecha á los Dioses, exponiendo á Hesione, hija de Laomedonte, á la ferocidad del monstruo. Hércules fue á libertarla con la condición de casarse con ella; pero después de haberla salvado dando muerte al monstruo, Laomedonte rehusó dársela, como lo había prometido. Hércules castigó severamente la perfidia y casó luego á Hesione con Telamón.

Esta página mitológica es la reconstruida por el genio de Jean Paul Laurens, insigne pintor francés, maestro de nuestro inolvidable Arturo Michelena.



Cómo se mide la inteligencia de los niños

APARATOS CURIOSOS

«La letra con sangre entra», es un aforismo que gustaban mucho de repetir y de practicar nuestros abuelos. Hoy día llamamos bárbaros á los azotes y demás castigos corporales que todavía estaban en vigor en tiempos, no ya de nuestros abuelos, sino de nuestros padres. De igual manera nos llamarán bárbaros nuestros hijos por haberlos tachado de tontos y sometido de paso á penas morales en las escuelas cuando realmente no tenían ellos la culpa de las faltas en que incurrían.

Por el sistema que empieza á implantarse en todos los países donde es mayor el progreso de la enseñanza, no se regaña á los niños atrasados ó estúpidos, ni los profesores se quejan de ellos á sus padres, sino que se les somete á una serie de pruebas para ver cuál es su condición física, su fuerza de vitalidad y el estado de su vista y de su oído, y determinar de este modo cuál es la cantidad de trabajo, ó sea de estudio, que puede resistir su condición física y cuáles son sus defectos físicos y mentales, á fin de poder corregirlos.

En muchos casos la mala vista ó algo de sordera han explicado lo que antes era tenido por estupidez; unas gafas ó un tratamiento para los oídos han bastado con frecuencia para convertir en alumno brillantísimo al que se creía tonto.

Estas pruebas se vienen haciendo desde hace tiempo de una manera más ó menos eficaz en muchísimas partes del mundo.

Se ha comprobado que los niños robustos son también por regla general los mejores discípulos y los dotados de mayor energía mental. Los que más pesan, los que tienen más desarrollado el sistema muscular, suelen ser también los que ocupan los primeros puestos en los colegios.

Entre los trece y los catorce años se marca de una manera decisiva si la naturaleza del niño va á ser débil ó robusta. Entonces es cuando principia á adelantarse á sus compañeros ó á quedarse atrás. Esa es la edad en que conviene animar al niño á que emprenda los estudios que se adaptan mejor á sus condiciones física y mental. Otro punto curioso, puesto de manifiesto por las pruebas á que nos referimos, es que la fuerza y la inteligencia de los niños varían mucho según las horas del día. Desde las nueve hasta las diez y media de la mañana, las facultades de los niños están muy despiertas, y entonces es cuando se encuentran en mejor disposición para los estudios más arduos. Después de las diez y media empiezan á decaer. A las primeras horas de la tarde después del almuerzo, aumentan, pero decaen repentinamente una ó dos horas después. De este modo los profesores han averiguado cuál era la parte del día en que conviene hacer descansar á los discípulos y dejarles que jueguen. Es decir, que científicamente se ha podido precisar cuáles son las mejores horas para el estudio y cuáles las más apropiadas para el recreo.

Igualmente se ha visto que los muchachos son más altos que las niñas á la misma edad, cuando entran en las escuelas de primera enseñanza, es decir, á los seis años. Luego las niñas crecen más y son más altas y tienen mayor desarrollo que los chicos, precisamente á los 13 años. Después vuelven éstos á crecer rápidamente, y á los 17 años ya son mucho más altos que las niñas.

Los aparatos que sirven para hacer todas estas pruebas son realmente muy sencillos.

El ergógrafo, por ejemplo, es el instrumento con que se prueba la energía nerviosa de los niños y consiste en una cuerda y un muelle del cual tira de repente el niño con el dedo: el punto hasta el cual estira el muelle revela la fuerza y la firmeza del sistema nervioso del niño. Otro instrumento es el espirómetro, que sirve para probar la fuerza de los pulmones y en general la vitalidad del niño: éste sopla por un tubo, y al hacerlo, una aguja señala en una escala cierto número de grados. El audiómetro es el aparato que sirve para medir la fuerza auditiva de los alumnos. Las pruebas con él se hacen en una habitación donde reina silencio absoluto. El aparato consiste en una clave con baterías eléctricas, á las cuales está unido un tubo con auricular muy parecido al de los fonógrafos. El receptor contiene un diafragma sumamente delicado, y la prueba se hace dando golpes en la clave al abrir la corriente eléctrica. Poco á poco los sonidos van siendo menos perceptibles. Se inscribe el punto en que el alumno deja de oír y así se distingue fácilmente si el oído del niño está ó no en condiciones normales. Se estudia con especial cuidado la vista de los alumnos, porque se ha descubierto que en la mayoría de los casos la falta de atención de éstos, obedece á que no ven lo bastante para leer bien y el esfuerzo les hace aborrecer los libros y las lecciones en el encerado. Las pruebas que se hacen para comprobar el estado de la vista no se limitan á hacer leer al niño á distintas distancias letras de varios tamaños, sino que también se ve si padecen daltonismo y cuáles son los matices de color que no distinguen.

Pesetas 125.000 Pesetas

Concurso Ornitológico

Cosa enteramente nueva ó interesante. Lean ustedes lo que vamos á hacer. Se pueden ganar 125.000 pesetas en especies. Nuestro concurso tiene por objeto saber quién puede hacer la lista más larga de nombres ó especies de pájaros con las letras tomadas en la lista que sigue:

WFOZOCYKQULJACPRTHMS
DRIDGPNILVBRDINWAFHTX

Aceptaremos como pertenecientes á la clase de pájaros todas las especies de las tribus aladas, sea que se hable de pájaros de corral ó otros. Pueden emplearse las letras mencionadas, tantas veces cuantas sean necesarias para formar el nombre de un pájaro, por ejemplo, Becada, Andurio, Bruya, etc.

Quienquiera que haga una lista de 25 nombres ó más, todos diferentes, tendrá absolutamente gratis un magnífico premio del valor de 5.000 pesetas; las personas que hagan menos de 25 nombres, recibirán

PREMIOS IMPORTANTES DADOS CADA DIA

Cuando se haya hecho la lista llénese la fórmula del aviso al pie, mándesenosla en un sobre y estampilla con la dirección del remitente. Entonces si ustedes obtienen un premio y desean recibirlo, tendrán que abonarse á nuestro diario *El Mundo Ilustrado*. Daremos un premio á todas las personas que nos manden una lista de 25 nombres de pájaros, y su distribución se hará como sigue: A la mejor lista llegada cada día, *un reloj de oro*; por la segunda, *un magnífico servicio para té*; por las otras siete que siguen, *un diamante Konrad Sakih* y una *sortija con un rubí*; por la solución subsiguiente, *una pieza de oro*, y por todas las otras, premios de cierto valor. Estos premios serán enviados diariamente. No se tendrá que esperar mucho tiempo para conocer el resultado. No se trata de rifas; todas las soluciones recibidas en el día, sea en la mañana ó en la tarde, toman parte en el concurso de la misma manera.

Lo único que hay que hacer es enviarnos este aviso, con su lista, y si ésta es la mejor entre las que se hayan recibido durante el día, tendrán derecho ustedes á un reloj de oro, ó al servicio para té, ó otros premios conforme á la clasificación que hayan obtenido. Nosotros les garantizamos que ustedes obtendrán un premio. No hay ningún interés en engañarles. Deseamos tener un millón de lectores, satisfechos de nuestro diario, y por esta razón no pedimos el dinero antes que ustedes sepan exactamente cuál es el premio que les tocará por la solución que habrán hecho. Todos los días, á las cuatro, los examinadores se reunirán para juzgar las mejores soluciones recibidas y designar los premios concedidos á los competidores. Les escribiremos en el acto para notificarles el premio que les ha sido concedido, y si ustedes están completamente satisfechos, pueden enviarnos el importe de su abono á *El Mundo Ilustrado* y el premio les será enviado á vuelta de correo, en un paquete postal bien embalado. A las personas incrédulas parecerá imposible que nosotros podamos hacer tan gigantesca oferta, pero como poseemos el dinero, los medios y la reputación, sabemos exactamente lo que hacemos; y si podemos conseguir un millón de abonados, gracias á esta grande idea, no dudamos que este millón de lectores no titubearán en recomendar con ardor nuestro diario *El Mundo Ilustrado* á todos sus amigos, y por consiguiente ayudarán á la difusión del diario. Tenemos la intención de gastar 125.000 pesetas para estos concursos, y cuando esta cantidad esté acabada, nos reservaremos el derecho de hacer publicar un aviso anunciando que el concurso ha terminado. No tardén demasiado. Este concurso estará abierto hasta el 1º de enero de 1902.

Daremos un premio especial de 1.250 pesetas, independiente de todos los otros premios, á la persona que nos envíe la lista reconocida como la mejor y más artísticamente hecha. Nuestro Comité hará cada día la distribución de los premios indicados arriba, pero el premio especial de 1.250 pesetas solamente será acordado en el mes de marzo de 1902. Aceptamos todos los nombres de pájaros que se encuentren en el diccionario. *El Mundo Ilustrado* tiene muy buena reputación, y es conocido como cumplidor de sus promesas. Las referencias pueden ustedes tenerlas en todas las agencias de publicidad y por negociantes en Londres.

Nombre.....

Dirección: "EL MUNDO ILUSTRADO," 626, Chiswick High Road, Londres, W., Inglaterra.

Una ilusión óptica notable

En varias ocasiones hemos publicado artículos ilustrados describiendo ilusiones ópticas curiosas.

Una de las más notables quizá es la que encierra el grabado que acompaña á estas líneas.

Es la fotografía de una caldera de gigantescas proporciones, con sus clavos ó remaches bien visibles, y en la cual se ven abolladuras producidas por no sabemos qué accidente, pero que parecen de proyectiles.

Se observa la ilusión óptica, que como hemos dicho, es verdaderamente notable, invirtiendo el grabado, es decir, poniéndolo «patas arriba», como se dice vulgarmente.

Entonces se ve con asombro que las abolladuras aparecen como salientes ó chichones, y que los clavos ó remaches parecen abolladuras.

La ilusión es muy fácil de explicar.

Estamos acostumbrados á que la luz venga de arriba, y produzca sombra en la parte alta de las abolladuras, y luz en la misma parte de los salientes.

Invirtiendo el grabado se invierte igualmente el punto de donde nuestra vista está acostumbrada á que llegue la luz á los objetos.

La planta llamada de «carne y sangre»

Antiguos viajeros de China y Tartaria hablan de una «planta de carne y sangre» que tiene la forma y la apariencia de un cordero, con pies, cabeza y cola perfectamente formados y con el pellejo cubierto de lana finísima. Este cordero nace sobre un tallo de unos 90 centímetros de altura y gira y se inclina hacia donde hay hierba que, según dicen los chinos y tártaros, le sirve de alimento. Cuando le falta hierba se debilita y se seca.

Tan extraña historia tiene algún fundamento, porque en Europa existe una planta muy singular que también está cubierta de una especie de lana. Los indígenas de la China y de Tartaria, para producir más efecto, arreglan y peinan los pelos de la planta y los disponen de tal modo, que parece enteramente una res de ganado lanar.

La *potentilla tormentilla*, ó sea la *tormentilla* común de la familia de las rosáceas, se llama en Inglaterra también «planta de carne y sangre», pero este nombre quizá se derive del hecho de que esta planta se administra á los que padecen de disentería.

En España florece en verano y habita en las regiones montuosas del Norte y del centro.

Recreo científico número 1

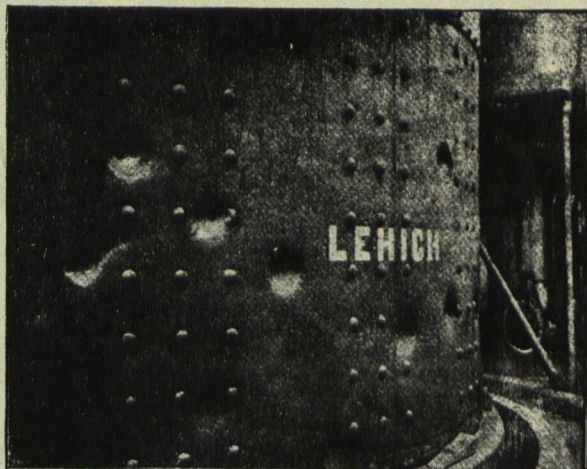
¿Cómo clavaría el lector una *chinche* en el techo (techo de obra limpia) sin subirse á ningún mueble, ni valerse de varas que alcancen, ni escalera, ni martillo?

(Se entiende que la *chinche* á que nos referimos, no es el animalito de ese nombre, sino á las *chinchas* que usan los dibujantes para fijar el papel en el tablero.)

La planta que ciega

Hay una planta que ciega. Es muy diminuta y pertenece al orden de los hongos.

Su propagación se hace subdividiéndose, y se efectúa con una rapidez asombrosa. En poco tiempo, los honguitos cubren el globo de los ojos, irritándolo y congestionándolo. Si no se acude al remedio instantáneamente, llega á mo-



rir el nervio óptico y se produce la ceguera en un intervalo de unos cuantos días, cuando más, y algunas veces sólo en unas cuantas horas.

Pleito mayúsculo

Trátase de una familia originalísima:

El cabeza Pedro Luis Jiménez, era viudo; pero luego, no obstante las advertencias saludables de su hijo Juan Ramón, se volvió á casar.

Como era de suponerse, esto dió motivo á constantes disgustos en la familia.

Juan Ramón, cansado ya de esa vida se casó también.

Las esposas de éstos tuvieron un hijo cada una, que se llamaron Juan Temístocles Jiménez el uno y Pedro Roque Jiménez el otro.

Resulta que Pedro Roque es tío y sobrino á la vez, de Juan Temístocles, y por consiguiente Juan Temístocles, tío y sobrino de Pedro Roque.

Actualmente Juan Temístocles, que es hermano de Juan Ramón y cuñado de su misma abuela quiere reconciliarse con Pedro Roque con cuya familia ha tenido desagradados incesantes.

Pedro Roque que resulta ser cuñado de su propio abuelo y hermano de la mujer de Pedro Luis Jiménez, también desea hacer las paces y en eso está.

Van á concluir, pues, las rencillas tan impropias de parientes en tantos grados.

Pero al leer nosotros esta noticia nos hemos dicho: ¿pero bien, cómo son parientes ellos en los grados dichos?

Mientras ellos hacen las paces, el lector se ocupará en explicarse porqué tienen ellos entre sí tales parentescos.

Valencia, Venezuela, mayo 6 de 1894.

Señores Scott & Bowne.

Nueva York.

Muy señores míos: Tengo el gusto de manifestar á ustedes que hace tiempo vengo haciendo uso en mi práctica médica de la Emulsión de aceite de hígado de bacalao con hipofosfatos de cal y de sosa que ustedes preparan y que siempre me ha dado satisfactorios resultados en las afecciones consuntivas, y muy especialmente en la tuberculosis crónica.

Lo que me complazco en certificar para satisfacción de ustedes y como una recomendación para los pacientes, que estoy cierto encontrarán en dicha medicina un agente poderoso contra aquellas afecciones, por ser de reconocida eficacia y fácil tolerancia.

Soy de ustedes atto. seguro servidor,

DR. EUDORO LÓPEZ, JR.

Pollos de estufa

Los pollos de estufa son la última novedad en los restaurants lujosos de París y Londres y de Nueva York.

Cuesta cada uno tres ó cuatro fuertes; pero al verdadero *gourmet* no le parece caro.

El pollo nace en una incubadora, y desde que rompe el cascarón hasta su prematura muerte, lleva una vida de sibarita. Se le encierra aisladamente en una jaula que le deja poco sitio para hacer ejercicio. Se le alimenta

CREMA y POLVO CHARMERESSE

HIGIENE y HERMOSURA de la **TEJ**
DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau PARIS
 Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazar

con maíz y con trigo hervidos, con gachas de estos mismos cereales y con otros alimentos propios para hacerle engordar rápidamente. Llega un momento en que se pone tan gordo, que no tiene fuerzas en las patas para sostener su peso.

Aleanza entonces las proporciones de un pichón y pesa de una libra á libra y media.

Es cuando está á punto, y se le mata sin misericordia.

Los *gourmets* dicen que este es uno de los bocados más sabrosos que existen.

El origen de la pena de horca

El caso conocido más antiguo de ahorcar á un hombre se narra en el Génesis hablando de la ejecución del primer dispensero del Faraón. La ejecución de Maman prueba también que este castigo es muy remoto, aun cuando no lo practicaban en tiempo de los celtas y de los romanos.

El dios principal de los países del Norte, Odin, dios del viento y del sol, era una deidad muy cruel, á la cual había que hacer sacrificios humanos, y se acostumbraba á colgar á los sacrificados de las ramas de los árboles para que el dios del viento los rozase.

En Dinamarca, cada nueve años eran ahorcados noventa y nueve hombres en honor de Odin, y en Upsala se colgaban las víctimas humanas del cuello de la gran estatua del dios.

Los cimbríos y teutones, después de sus victorias sobre los romanos, ahorcaban á los prisioneros en honor de Odin, y cuando escaseaban los prisioneros de guerra tomaban criminales para los sacrificios humanos.

De los pueblos del Norte cundió á los del resto de Europa la pena de horca.

Los beneficios del calor

Desde el punto de vista de la salud, todas las estaciones del año tienen sus ventajas. El invierno, por ejemplo, con sus lluvias ó sus cambios repentinos de temperatura y sus fríos, provoca enfriamientos, catarros, trancazos, pulmonías, etc., y agrava la eczema, los catarros crónicos y el reuma. Mas, por otra parte, las temperaturas bajas del invierno están destinadas por la naturaleza á servir de estímulo al organismo y á hacer que éste se fortalezca para resistir mejor á sus enemigos. Las personas que padecen mucho durante el verano ó que habitan de ordinario países cálidos, se reponen al poco tiempo en cuanto pasan una temporada en países más al Norte y, por lo tanto, más fríos.

De igual manera, el verano sirve también para fortalecer la salud.

Bajo la influencia del calor se activa la eliminación de sustancias del cuerpo, especialmente por conducto de la piel. En cir-

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre

el Sello de Garantía

PILDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

40, Rue Bonaparte, PARIS

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N.B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

EXAMINSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES
 Estas píldoras con base de Extracto de Elixir del Dr. GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas, y Pernisíacas, la Gripe, ó Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.
 Depósito Cener. 1, Dr. Paul GAGE Hijo, Fº de 1º cl., 8, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

circunstancias ordinarias eliminamos algo menos de una onza de fluido por la piel cada hora; pero bajo el estímulo del calor del verano, las glándulas del sudor llegan á emitir muchas onzas de fluido en pocos minutos.

Ocurre con frecuencia que los reumáticos y las demás personas que sufren las consecuencias de otras formas de autointoxicación, se mejoran notablemente durante el verano. Esto no es debido á la ausencia del frío, sino que el calor excita la eliminación de la substancia venenosa que tienen en la sangre y que expelen con el sudor. Además, por una asociación de fenómenos muy común en la naturaleza, el sudor excita á beber, y sabido es que el agua introducida en el cuerpo ayuda grandemente á renovar y, por lo tanto, á fortalecer los tejidos.

Los efectos debilitantes del calor excesivo y del sudar mucho durante el verano, pueden ser neutralizados en circunstancias ordinarias, tomando sencillamente una vez al día, ó más frecuentemente si las circunstancias lo exigen, baños cortos de agua fría.

Especies de plantas que pueden vivir más tiempo sin agua

La chumbera, á la cual un escritor llamó, con mucha razón, el «camello vegetal del desierto», no solamente puede vivir muchos meses sin agua, sino que al cabo del período puede sacarse de sus raíces más de una copa de jugo refrescante.

La planta llamada *kurrajong*, de las regiones secas de Australia, puede vivir sin agua durante períodos que á veces alcanzan años.

En el relato del viaje de la embajada de Lord Macartney á China, se habla de unas plantas que florecieron en una sequía que duró tres años, en las islas de Cabo Verde, donde la expedición se detuvo. Entre éstas se citaban algunas especies de palmeras, entre otras, la *asclepias gigantea*, y cierta especie de mimosa. Las plantas cultivadas, como el trigo, la caña dulce y los plátanos, perecieron por completo durante la misma sequía.

Piedra Filosofal.

La Emulsión de Scott es un preparado que ha venido á llenar un gran vacío en la terapéutica moderna.

Por las cualidades del aceite y por su excelente emulsión supera á cuantos medicamentos similares se han preparado hasta hoy.

La prioridad de esta forma farmacéutica pertenece únicamente á Scott, y las demás emulsiones sólo son meras imitaciones sin que ninguna llegue á igualarla.

No hay reconstituyente alguno que obre como la

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de Bacalao con Hipofosfitos de Cal y de Sosa,

especialmente en los casos de tisis, bronquitis crónica, raquitismo, es-crófula, ciertas formas de anemia y sobre todo en el asma crónica y estados consecutivos producidos por un exceso de trabajo físico y mental.

Obrando á manera de antiséptico arroja de la economía los micro-organismos que vician la sangre, contribuye á la formación de la hemoglobina, regenera los tejidos, y en una palabra, viene á ser la piedra filosofal de la medicación tónico-reconstituyente.

Exíjase la legítima que lleva la contrasena del hombre con el bacalao á cuestas.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.
De venta en las Droguerías y Farmacias.

6 A

CREME DE LA MECQUE DUSSEY

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICIA
 Da al cutis la blancura nacarada del marfil.
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazar

LA VELOUTINE Polvo de Arroz especial preparado con Bismuto
HIGIÉNICO, ADHERENTE, INVISIBLE
MEDALLA DE ORO, Exposición Universal PARIS 1900
CH. FAY, Perfumista, 9, Rue de la Paix, Paris
 (Guardarse de las Imitaciones y Falsificaciones. — Sentencia del 8 de Mayo de 1875).

FÁBRICA ESPECIAL de AFEITES de TOCADOR para PASEO y TEATRO
CREMA VELOUTINE, nuevo Coldcream.
CREMA CAMELIA, CREMA EMPERATRIZ
ROJO y BLANCO en chapetas.
 Los Productos de **CH. FAY** se encuentran en el Mundo entero, en casa de los Principales Perfumistas y Droguistas.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.
 Exigase el verdadero nombre
 Rehúse los productos similares
J. SIMON
 13, r. Grange butelière, Paris



BAÑOS HIDROTERAPICOS

Baños de todos los sistemas: ducha, regadera, círculo, asiento, dorsal
SITUADOS DETRAS DE SANTA INES
 Agua fría á 4 atmósferas de presión

A este importante Establecimiento, fundado por el Doctor Dubrenil según todas las prescripciones científicas, se le han hecho convenientes modificaciones en el sentido de proporcionar mayores comodidades, tanto á los bañistas que allí concurren por prescripciones médicas, como á los que van sólo por placer.

El baño es indispensable para la buena salud.

Y los baños de placer son siempre beneficiosos.

Precios módicos. Se aceptan abonos desde 10 hasta 100 baños, con descuentos de consideración.

Hay 2 departamentos separados: uno para caballeros; y otro para familias, servido por una señora.

Propietario, E. A. RENDILES.

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirlos cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

Las termas más antiguas del mundo

Helwan (Egipto) es famoso por sus baños, que ha descrito con todos sus detalles el doctor Federico Peterson.

En dicha población existen doce fuentes cuya temperatura es de 25 á 30 grados centígrados, y sus aguas son sulfurosas y salinas. Las casas de baños están construidas perfectamente y sus habitaciones son cómodas y elegantes.

Casas de cristal

El químico francés Henrivaux ha hecho una casa toda de cristal, material que considera como el más higiénico y el más útil para construcciones. Sujeta los bloques de cristal en marcos de hierro, y ha colocado en la casa tuberías para agua fría y caliente, hilos eléctricos y todo cuanto se necesita para el confort.

Las escaleras, los techos, la decoración de las paredes y hasta las chimeneas, todo es de cristal.

La decoración, sobre todo, es notable por

el dibujo y por el color; está hecha con cristal opaco, dispuesto en pirámides, cuyas facetas brillan como piedras preciosas.

Las sillas y las mesas son de cristal también.

La superficie de toda la casa, desde el piso bajo hasta las guardillas, y lo mismo paredes que techos y suelos, pueden limpiarse con jabón y agua, y se seca en pocos minutos. Así no se aglomera polvo ni se crían telarañas.

Las paredes son de cristal opaco, que no dejan pasar absolutamente ninguna luz.

Henrivaux es un entusiasta del cristal, y predica su especialidad diciendo que no hay materia más útil ni más barata; se le puede fabricar con arena; no hay desgaste; fácilmente se le funde en moldes en la forma que se quiera, y se hace tan inrompible, que en París se ha empezado ya á pavimentar las calles con cristal.

Es más: actualmente se está empleando el cristal para sustituir á muchas piezas en las maquinarias de acero.

¿ En qué idioma todas las palabras terminan en vocal ?

A los naturales de las islas de Sandwich les es casi imposible pronunciar dos consonantes juntas, así como pronunciar una palabra que termine en consonante.

Mr. Hale, en su *Gramática Polinesia*, dice:

« En los dialectos de la Polinesia todas las sílabas deben terminar en vocal, y no pueden pronunciarse dos consonantes sin poner entre ellas una vocal. A esta particularidad se atribuye la dulzura de este idioma. Las sílabas más largas sólo tienen tres letras, y muchas sílabas se componen solamente de una vocal.»

Varia

En muchos sitios donde se crían limones se usan éstos en vez de jabón. En la India in-

Pasta y Jarabe de NAFÉ DELANGRENIER
 los mas agradables y eficaces de los Pectorales contra:
la Tos, el Catarro y la Bronquitis
 19, rue des Saints-Pères, Paris, y Farmacias

apenas se despierta, llora pidiendo su Racahout



Racahout de los Arabes Delangrenier
 El mejor alimento para los niños

glesa, tanto hombres como mujeres, para lavarse exprimen el jugo á un par de limones, y se les pone el cutis tan suave como con el jabón.

Es un error suponer que las bebidas frías son necesarias para quitar la sed. La experiencia demuestra que las bebidas calientes refrigeran mejor y además ayudan á la digestión, mientras que las frías producen debilidad en el estómago.

En tres años ha aumentado cinco veces el precio del platino de los montes Urales. Débase esto á la gran demanda que hay de este metal para aparatos eléctricos. Hoy casi cuesta tanto como el oro, y si así sigue llegará á ser más caro que éste.

Hace pocos días ocurrió un fenómeno notable en Padona (Italia).

Descargó sobre la ciudad una gran nube de mariposas blancas, y tan grande era el número de éstas, que parecían una nevada, que cubrió rápidamente las casas, las calles y los árboles, poniéndolos blancos.

Las mariposas penetraron hasta el interior de las casas y hubo que cerrar á toda prisa las ventanas.

Los hombres de ciencia no han podido explicar todavía este raro fenómeno.

En París empezó á publicarse un periódico para las suegras. El editor decía que su objeto era defender los intereses sociales de las suegras y al mismo tiempo corregir sus faltas por medio de críticas amistosas.

Después de numerosos experimentos, algunos hombres de ciencia han sacado la conclusión de que es completamente imposible que un ciclista alcance 350 kilómetros por hora de velocidad.



RECOMPENSA NACIONAL de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.



*Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.*

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc
Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO

Contra
las

ENFERMEDADES NERVIOSAS

**VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.**

no hay mejor Remedio que las
CÁPSULAS DEL D^R CLIN
al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR - PARIS
y en las Farmacias.

GOTA

LICOR
DEL DR.
LAVILLE

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS

REUMATISMOS

GARGANTA

VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendada contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación y produce el Tabaco, y especialmente a los SM. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.

Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

POBREZA

DE LA
SANGRE
VINO DE BELLINI
con QUINA y COLUMBO

Este VINO fortificante, febrifugo, antinervioso, cura las Afecciones escrófulosas, Fiebre, Nevroses, Palidez y regulariza la Circulación de la Sangre; conviene especialmente a los Niños, a las Señoras delicadas y a las Personas debilitadas por la edad, las enfermedades ó los excesos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

Trasero 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TIÑAS, ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUJOS, PÁECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso.

GADESE et Co. 25 St-Denis, 16

Los sordos oyen.—El número 27 de *El Mundo Ilustrado*, 626, Chiswick High Road, Londres, W., Inglaterra, contiene la descripción de una curación maravillosa de la sordera y del zumbido en las orejas, la cual puede hacerse en casa, y es considerada como infalible. Este número se enviará gratis á las personas que manden su dirección al editor de dicha Revista.

Está probado que los mejores caballos son los de color oscuro. Los de colores claros no son tan buenos ni tienen tanta resistencia.

Cada disparo de un cañón de Krupp de 130 toneladas cuesta 22.000 bolívares, á los cuales hay que añadir el precio del proyectil, que no baja de diez mil; de manera que cada bala puesta en el aire cuesta 32.000 bolívares. El precio de los cañones es de 1.300.000 bolívares próximamente, y sólo puede hacer 60 disparos.

Durante cada minuto estos cañones sólo

pueden hacer dos disparos, y si hacen muchos seguidos se inutilizan al cabo de media hora. El alcance de los proyectiles de esta clase de cañones es de 27 kilómetros, y el proyectil pesa 1.180 kilos.

Está completamente probado que los hijos de padres muy jóvenes nunca son tan vigorosos ni se desarrollan tanto como los hijos de padres que han pasado de los treinta años.

Flammarión dice que la contemplación de las estrellas alarga la vida. En una de las últimas sesiones de la Sociedad Astronómica Francesa hizo notar la longevidad maravillosa de casi todos sus compañeros. Francisco Michou tenía diez y nueve años cuando se dio la batalla de Waterloo y aún vive, y la decana de la Sociedad, Mlle. de Lisle du Pief, tiene ahora ciento cinco años.

Casi todos los miembros de esta Sociedad son nonagenarios.

En los teatros del Japón, cuando un actor trabaja bien, los espectadores gritan: «Diez riyo» ó «Cien mil riyo.» (El riyo es una moneda de plata que vale unos quince reales.)

De este modo evalúan la estima en que tienen al actor.

No hay nada que produzca tanta impresión en el espíritu de los niños como el color negro. Es curioso el hecho de que los niños chicos suelen negarse á aproximarse á una persona vestida con ropa negra, mientras que no titubean en recibir un beso si esta misma persona va vestida de blanco ó de color claro.

En China son muy curiosas las relaciones que existen entre años y criados.

Si el criado es de la clase militar, se le admite en la sociedad de su amo. A la hora de comer se sienta á la mesa con él y toma parte en la conversación, aun cuando haya convidados de alto rango; pero en cuanto la comida se concluye, el criado se retira y no puede usar del privilegio hasta la otra comida.

Dice un médico que la carne y el pescado son más digeribles crudos que guisados; que la carne de vaca se digiere mejor que el pescado, y que éste es más digerible ahumado que condimentado de otro modo.

Es un caso notable el de que la mina más rica y más productiva del mundo no sea ni de plata ni de oro. Es sencillamente la mina de cobre de Columet y Hecla. El último dividendo repartido entre los accionistas ascendió á 108 por 100. Todos los beneficios obtenidos en un año importaron más de 70 millones de bolívares.